

ISSN 0120-0216



aleph



abril/junio, 2025. Año LIX

Nº 213



ISSN 0120-0216

Resolución No. 00781 Mingobierno



El Quijote - Antonio Díaz

Consejo Editorial

Luciano Mora-Osejo (✉)
Valentina Marulanda (✉)
Heriberto Santacruz-Ibarra
Lia Master
Marta-Cecilia Betancur G.
Carlos-Alberto Ospina H.
Andrés-Felipe Sierra S.
Carlos-Enrique Ruiz

Director

Carlos-Enrique Ruiz

<http://www.revistaaleph.com.co>

e-mail: carlosaleph@gmail.com

Carrera 17 N° 71-87

Manizales, Colombia, S.A.

Diagramación:

Martha-Lucía Salazar M

Impresión:

Xpress - Estudio Gráfico y Digital

abril/junio 2025

aleph

"Aleph" una Revista de Excelencia

Pr
Dño de gracia del 2025. La consagrada revista "Aleph" ha llegado al n° 212. La labor de penosa magnitud e intensidad, este alfarero de sueños, letras y libros, se descubre e inclina, con la convicción de que, en el ámbito de la cultura colombiana, esta publicación periódica, más, mucho más que una simp. revista se ha constituido en el compendio, extenso e intenso, de múltiples saberes y variados temas de la más alta calidad intelectual.

Congratulaciones a su ilustre gestor y director Carlos Enrique Ruiz y a los distinguidos miembros del Consejo directivo.

Cuando me satisface y enorgullece que, entre dicho consejo directivo, figure dos amigos y coterráneos. Uno, del lejano ayer, Luciano Morz Gago, compañero de estudios en los bancos del Colegio San Francisco Javier, de Pasto.

Vicente Pérez-Silva

- 2 -

Luciano Mora Osyo, a quien me unió
una grata amistad, un ser humano de un
carácter impetuoso y de un talento
desbordante. De aquí, sus títulos pro-
fesionales y honoríficas distinciones
académicas, junto al fruto de sus
valiosas obras de carácter científico.

Y de la actualidad, el consagrado
filósofo Herberto Santacruz Barrera,
a quien me unen lazos de una
especial amistad y aprecio.

Justo Pínguez

Bogotá, 3 de marzo del año 2025.

Vicente Pérez-Silva



Antonio Díaz

José-Eustasio Rivera

autobiográfico, cauchero y soñador(*)

Vicente Pérez-Silva

Con motivo del centenario de la publicación de *La vorágine*, que se cumple a finales del presente año, nos hemos deleitado una vez más, con la lectura de esta obra de tan reconocidos merecimientos. En esta vez, nos han cautivado las manifestaciones autobiográficas que, a lo largo de sus páginas, el autor las enhebra de manera tan espontánea y llamativa como altiva y patética de su personalidad.



Si, como es sabido, la biografía es la historia o el testimonio de la vida de una persona, la autobiografía no es más que la vida personal, escrita por uno mismo. Es una expresión privativa de quien la refiere, ya con carácter estrictamente histórico o bien con sabor netamente literario. A la postre, esta modalidad revela los secretos más íntimos o las vivencias más recónditas de quien nos hace partícipes de su propia vida.

Pero, además, como lo dice el escritor Georges May: *la autobiografía es quizás la forma literaria en la que se establece la más perfecta armonía entre el actor y el lector.*

(*) Conferencia pronunciada por el Dr. VICENTE PEREZ-SILVA, en la Academia Colombiana de la Lengua, el día 15 de Julio del año 2024, con motivo de la conmemoración centenaria de la publicación de la novela *La vorágine* de José Eustasio Rivera, el 6 de noviembre de 1924. Dada su relativa extensión y el peso de los años de su autor, este encomendó a su hijo Vicente Leonardo Pérez-Quimbaya la lectura de las manifestaciones autobiográficas de Rivera. Es decir, caso único, esta conferencia fue pronunciada a dos voces.

Con esta convicción, y afectos como hemos sido de este género literario , creemos que nada mejor ni más apropiado en esta ocasión , que sea el mismo José Eustasio Rivera, quien nos hable de sí mismo, de sus vivencias personales, de sus virtudes y defectos, de sus aciertos y desaciertos, de sus ideales y experiencias. En fin, que sea el creador de *Tierra de promisión* y *La vorágine*, quien nos transmita la intimidad de sus sentimientos, de sus pensamientos y de sus sueños.

Para este empeño, sobra decirlo, en primer término lo hacemos espigando las expresiones autobiográficas que afloran a lo largo y ancho de la novela, y, en los textos escritos por Rivera, con motivo de las polémicas que se suscitaron , luego de la publicación del mencionado libro de sonetos *Tierra de promisión* y, de la novela *La vorágine*, entre José Eustasio Rivera y Eduardo Castillo, Manuel Antonio Bonilla y Ricardo Sánchez Ramírez, este último , escudado con el seudónimo de Luis Trigueros; y, el segundo de los nombrados, con los seudónimos de Atahualpa Pizarro y Américo Mármol. Unos y otro, atacantes y defendido, habían entablado un duelo de considerables proporciones intelectuales, en el que nos es dado apreciar la calidad de las armas empleadas, a veces, punzantes como una daga de doble filo, en el arte de la ofensa y la defensa por medio de la palabra escrita. Así lo expresamos en el libro *José Eustasio Rivera Polemista*. A sus acrisoladas y reconocidas dotes de poeta, Rivera había agregado la de ágil y muy versado polemista.

Son tantos los rasgos personales que brotan de las exuberantes páginas de *La vorágine* que, al igual que ha sido valorada como la novela por excelencia de la selva, también ha sido considerada una obra narrativa de carácter autobiográfico . Que este aspecto aparece de manera constante en el discurrir de su protagonista, lo demuestra plenamente el fragmento de la carta de Arturo Coba, el alter ego de José Eustasio Rivera, que abre las páginas de *La vorágine*. Breves líneas de un epígrafe que, a mi parecer, condensan el sumun y compendio de una vida. Voces tan sentidas y expresivas que es preciso escucharlas con la unción y atención que merecen:

...Los que un tiempo creyeron que mi inteligencia irradiaría , cual una aureola de mi juventud; los que se olvidaron de mí apenas mi planta descendió al infortunio ; los que al recordarme alguna vez piensen en mi fracaso y se pregunten por qué no fui lo que pude haber sido, sepan que el destino implacable me desarraigó de la prosperidad incipiente y me lanzó a las pampas, para que ambulara, vagabundo, como los vientos, y me extinguiera como ellos sin dejar más que ruido y desolación.

Transcurrido el fragor de las polémicas, vuelve la medida y la serenidad. Consecuente con una actitud de este alcance *Manuel Antonio Bonilla*, el otrora furibundo atacante, en ponderado ensayo, reivindica y enaltece la personalidad de *Rivera* y la sustancia de sus obras. Allí, a semejanza de la autobiografía de don Quijote, “*este que veis aquí ...*”; nos traza el perfil de su imagen:

Este hijo del Huila, robusto de cuerpo, de temperamento sanguíneo, de estatura más que mediana, de facciones severas, despejado de frente y de ojos vivaces, franco y altivo de carácter, era un hombre, en la verdadera acepción del vocablo y que como tal procedió en todos los actos de su vida; que en Ibagué vivió por algún tiempo con cargo oficial y cultivando las letras; que mereció premio en un concurso literario para celebrar el centenario de nuestra Independencia, y que representó a su pueblo en el Congreso. Y poco más necesitamos saber para su gloria.

Ante una figura de semejante portento, se impone preguntarnos ¿Quién fue realmente José Eustasio Rivera? Sin más dilaciones, nadie mejor ni más autorizado que su misma persona, la que satisfaga plenamente este interrogante:

Mi sensibilidad nerviosa ha pasado por grandes crisis, en que la razón trata de divorciarse del cerebro. A pesar de mi exuberancia física, mi mal de pensar, que ha sido crónico, logra debilitarme de continuo, pues ni durante el sueño quedo libre de la visión imaginativa. Frecuentemente las impresiones logran su máximo de potencia en mi excitabilidad, pero una impresión suele degenerar en la contraria a los pocos minutos de recibida. Así, con la música, recorro la gama del entusiasmo para descender luego a las más refinadas melancolías; de la cólera paso a la transigente mansedumbre, de la prudencia a los arrebatos de la insensatez. En el fondo de mi ánimo acontece lo que en las bahías: las mareas suben y bajan.

Dos lugares de nuestro grandioso país, desde muy joven atrajeron y subyugaron sobremanera, el espíritu de José Eustasio Rivera: Los Llanos orientales y la Selva amazónica, en los sitios de Casanare, Vaupés y Putumayo. Al punto y medida que la primera parte de *La vorágine* está dedicada a la inmensidad de los llanos y las dos restantes a la majestuosidad de la selva. De este primer espacio geográfico, lo hace con la siguiente descripción:

Al descender el barranco que nos separaba de la curiara, torné la cabeza hacia el límite de los llanos, perdidos en una nébula dulce, donde las palmeras me despedían. Aquellas inmensidades me hicieron, y, no obstante, quería abrazarlas. Ellas fueron decisivas en mi existencia y se injertaron en mi ser. Comprendo que en el instante de mi agonía se borrarán de mis

pupilas vidriosas las imágenes más leales; pero en la atmósfera sempiterna por donde ascienda mi espíritu aleteando, estarán presentes las medias tintas de esos crepúsculos cariñosos, que, con sus pinceladas de ópalo y rosa, me indicaron ya sobre el cielo amigo la senda que sigue el alma hacia la suprema constelación .

Durante este recorrido del más deslumbrante encantamiento, según el mismo aventurero lo dice, todo pasión y arrebató , fueron sus hermanos el sol, el viento y la tempestad.

Cabe anotar que de esta experiencia nos queda el texto de una carta de fecha 22 de febrero de 1916, que Rivera dirigió a sus amigos Elías Quijano y Guillermo Arana. Un documento de carácter netamente autobiográfico e instructivo, en el que apreciamos sus más intensas y variadas vivencias descriptivas, propias del viajero atento, vidente y sensitivo.

Y ante el gran portento de la selva, misteriosa y embrujadora, nos cautiva con un canto que brota de la inspiración de un auténtico poeta:

¡oh selva, esposa del silencio , madre de la soledad y de la neblina! ¿Qué hado maligno me dejó prisionero a tu cárcel verde? ... Tú eres la catedral de la pesadumbre , donde dioses desconocidos hablan a media voz, el idioma de los murmullos, prometiendo longevidad a los árboles imponentes, contemporáneos del paraíso

Tú tienes la adustez de la fuerza cósmica y encarnas un misterio de la creación. No obstante, mi espíritu sólo se aviene con lo inestable, desde que soporta el peso de tu perpetuidad, y, más que a la encina de fornido gajo, aprendí a amar a la orquídea lánguida, porque es efímera como el hombre y marchitable como su ilusión.

Déjame huir, oh selva, de tus enfermas penumbras, formadas con el hálito de los seres que agonizaron en el abandono de tu majestad. ¡ Tú misma pareces un cementerio enorme donde te pudres y resucitas! ¡ Quiero volver a las regiones donde el secreto no aterra a nadie, donde es imposible la esclavitud, donde la vida no tiene obstáculos y se encumbra el espíritu en la luz libre! ¡ Quiero el calor de los arenales, el espejo de las canículas, la vibración de las pampas abiertas! ¡Déjame tornar a la tierra de donde vine para desandar esa ruta de lágrimas y sangre que recorrí en nefando día, cuando tras la huella de una mujer me arrastré por montes y desiertos, en busca de la Venganza, diosa implacable que sólo sonríe sobre las tumbas!

En medio de la selva el impenitente explorador se ha connaturalizado con el torbellino o con el lento correr de los ríos; con el fuego canicular del sol; con la fuerza incontenible de los vientos o los huracanes; con el caudal tenebroso de las tormentas o las tempestades; con la acogida de los árboles. La frondosidad de sus ramas le infunden tanto ánimo que el mismo transeúnte en brotes de sublimación, se considera un hombre árbol. Ah! La vida de los bosques; Ah! la vida de sus árboles, de quiénes el narrador de marras, hace estos admirables reconocimientos:

El Alma es como el tronco del árbol que no guarda memoria de las floraciones pasadas sino de las heridas que le abrieron en la corteza... ¿Por qué los árboles silenciosos han de negarse a decirle al hombre lo que debe hacer para no morir?

Aún más, es tanto el apego con los árboles que, con el convencimiento que le asiste, no repara en decirnos:

Nadie ha sabido cuál es la causa del misterio que nos trastorna cuando vamos en la selva. Sin embargo, creo acertar en la explicación: cualquiera de estos árboles se amañaría, tornándose amistoso y hasta risueño, en un parque, en un camino, en una llanura, donde nadie lo sangrará ni lo perseguirá; más aquí todos son perversos, o agresivos, o hipnotizantes. En estos silencios, bajo estas sombras, tienen su manera de combatirnos: algo nos asusta, algo nos crispa, algo nos oprime, y viene el mareo de espesuras, y queremos huir y nos extraviamos, y por esta razón miles de caucheros no volvieron a salir nunca.

La experiencia y la sabiduría de don Clemente Silva, no debían callar, cuando aconseja:

No mirar los árboles, porque hacen señas, ni escuchar los murmurios, porque dicen cosas, ni pronunciar palabra, porque los ramajes remedan la voz.

Y refiriéndonos a los secretos que esconden los árboles, no tardemos en recapacitar o recordar que Rivera vivió entre los árboles del caucho y convivió con los caucheros. Imposible, entonces, no allegar estas vivencias autobiográficas de tanta expresividad y relevancia:

¡Yo he sido cauchero! yo soy cauchero. Viví entre fangosos rebalses, en la soledad de las montañas, con mi cuadrilla de hombres palúdicos, picando la corteza de unos árboles que tienen sangre blanca, como los dioses.

A mil leguas del hogar donde nací, maldije los recuerdos porque todos son tristes: ¡el de los padres, que envejecieron en la pobreza, esperando apoyo

del hijo ausente; el de las hermanas, de belleza núbil, que sonríen a las decepciones, sin que la fortuna mude el ceño, sin que el hermano les lleve el oro restaurador!...

*¿Quién estableció el desequilibrio entre la realidad y el alma incolmable?
¿ Para qué nos dieron alas en el vacío? ¡Nuestra madrastra fue la pobreza, nuestro tirano, la aspiración! Por mirar la altura tropezábamos en la tierra; por atender al vientre misérrimo fracasamos en el espíritu. ¡Sólo fuimos los héroes de lo mediocre!...*

Mas yo no compadezco al que no protesta. Un temblor de ramas no es rebeldía que me inspira afecto. ¿ por qué no ruge toda la selva y nos aplasta como reptiles para castigar la explotación vil? ¡ Aquí no siento tristeza sino desesperación! ¡Quisiera tener con quien conspirar! ¡ Quisiera librar la batalla de las especies, morir en los cataclismos, ver invertidas las fuerzas cómicas! ¡ Si Satán dirigiera esta rebelión!...

¡Yo he sido cauchero, yo soy cauchero! ¡Y lo que hizo mi mano contra los árboles puede hacerlo contra los hombres!.

Como lo dijimos en un comienzo, a raíz de las publicaciones de *Tierra de Promisión* y *La vorágine*, como era de esperarse, José Eustasio Rivera fue el sujeto de las más duras críticas de distinguidos escritores e intelectuales, en favor y en contra, más en contra que en favor: al punto de haberse desatado fuertes enfrentamientos en ofensa y defensa de dichas revelaciones. Ante una situación de estas características que, desde luego, tanto repercutieron en la opinión pública, apenas natural que el autor justificara su defensa hablando de sí mismo. En realidad así lo hizo, sin titubeo alguno, mediante las consideraciones con las cuales fundamenta el contenido y desarrollo de sus obras.

Dicho lo anterior, proseguimos con nuestra inquietud de espigar algunos rasgos autobiográficos del autor, relacionados con su libro *La vorágine* y *Tierra de Promisión*. Este último, que vio la luz pública en el año de 1921, sobre el cual, creemos pertinente destacar las siguientes manifestaciones:

No me disgusta, y por lo contrario, conquista mi agradecimiento, toda crítica de mi libro, sean cuáles fueren sus conceptos y sus conclusiones. Al ofrecer mi primera obra al público, no ambicioné otra cosa distinta de que se me discutiera amplia y libremente, pero al menos con relativa justicia. Por esto saldré a la defensa de mi labor; no por vanidad, toda vez que en el ataque a ella esos principios de equidad no hayan sido, en mi concepto, tenidos en cuenta.

Yo no espero tener formada mi personalidad, en ese campo, antes de veinte años. Apenas estoy en el periodo de la iniciación. Pero por lo pronto, en estos momentos adelanto, y antes de pocos días finalizaré, el contrato para la publicación de un nuevo libro.

En una de sus réplicas que dirige a uno de sus contradictores, lo hace con esta contundente reflexión.

Querido Atahualpa, todas mis culpas podrán enmendarse; pero esta de la independencia de criterio, ha formado en mí una segunda naturaleza y nunca saldrá de mi condición. Admiro a los literatos de mi país, sin que la amistad desvíe mis conceptos ni el entusiasmo por sus obras enloquezca mi lengua, haciéndola hablar en circunstancias inoportunas.

Aún más, rechaza el procedimiento de “inventariar las deficiencias de mi obra, pues olvidándote de “ como soy, me juzgan por lo que se les antoja que debiera ser; y has tenido la peregrina ocurrencia de medirme con la vara que se les aplica a los escritores de primer orden... ¿imaginas que en edificar se gasta igual tiempo que en destruir y que la piqueta y la pluma tienen la misma virtud?”.

Más adelante hace incontenible este anhelo:

La novela, mi querido amigo, es el género literario más difícil de someterse a normas especiales. Narrar una acción fingida en todo o en parte, donde entren en juego personajes que si son reales pasen por legendarios, y si imaginados, adquieran ciudadanía en la realidad; infundirles pasiones y crearles por razón de ellas conflictos interesantes dentro del medio en que se muevan; poner en armonía o en oposición sus almas, entre ellos mismos y la naturaleza circundante, que influye en la vida humana

como el “fatum” de los antiguos; darles rostro, estatura, lenguaje, es algo tan complejo y a la vez tan satisfactorio, que aunque todos probamos a intentarlo sólo a pocos es dado cumplirlo porque el don de crear almas es un don de Dios...

Luego de otras consideraciones de similar temor que Rivera estima convenientes en defensa de su obra poética, concluye:

La perfección ha sido siempre una quimera, tras de la cual encamina el hombre sus aspiraciones, sin que nunca la realidad sepa corresponder a la grandeza del empeño.

Imperdonable dejar a un lado el hondo sentido que entrañan estas expresiones que a nuestro parecer valen tanto o más que un tratado de estética literaria:

Con la belleza no se razona... el buen gusto y la belleza no admiten códigos.

¿Para qué más?

Tres años después de Tierra de Promisión, a fines de 1924, José Eustasio Rivera publica una obra con el tan sugestivo como sugerente título de La vorágine; es decir, “Un remolino impetuoso”.

Una obra que, a cien años de su alumbramiento, todavía nos envuelve una incontenible racha de violencia. Con sobrada razón, el convencido protagonista al despuntar tan sobrecogedor emprendimiento, nos sorprende con esta justificación: *Antes que me hubiera apasionado de mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me le ganó la violencia.*

El azar, el destino, la suerte, o los hados inescrutables que fueren, le abrían un nuevo camino y muchos horizontes. El personaje a quien lo ha sorprendido un cambio tan violento, se ha constituido en un visionario de la misma violencia, la de ayer, la de hoy y la de siempre.

¿Acaso, no estamos ante una humanidad violenta, en sus más diversas dimensiones y manifestaciones? Violencia con las armas, violencia con las imágenes tenebrosas que despliegan los noticieros de la T.V., violencia con las armas, violencia con las palabras. Quién lo creyera, las palabras también matan. Increíble, pero también anidamos violencia en los espíritus.

Digámoslo de una vez por todas. No obstante el tiempo transcurrido, contamos con una novela de la más honda raigambre histórica y de un carácter eminentemente social. Una obra que nace en las propias entrañas de la selva. En breves palabras, el creador nos entrega su personal apreciación de inconformidad:

Va para seis semanas que, por insinuación de Ramiro Estévez, distraigo la ociosidad escribiendo las notas de mi odisea, en el libro de Caja que el Cayeno tenía sobre su escritorio como adorno inútil y polvoriento. Peripetias extravagantes, detalles pueriles, páginas truculentas forman la red precaria de mi narración, y lo voy exponiendo con pesadumbre, al ver que mi vida no conquistó lo trascendental y en ella todo resulta insignificante y perecedero.

Bogotá, año de 1924. La vorágine no fue recibida con beneplácito; por el contrario, fue comentada con desdén e indiferencia. Al extremo de que un

distinguido integrante del grupo intelectual, llamado Los Nuevos, de manera despectiva escribió:

Ante todo les diré que siento una repugnancia invencible por lo que ha dado en llamarse género vernáculo en el que los tipos populares y los aspectos de una naturaleza lujuriosa le dan un tinte de tropicalismo dudoso.

De otra parte, Luis Trigueros, el crítico más impetuoso contra Rivera, también terció con su cuarto de espadas, con esta arremetida:

La vorágine es un enredo novelesco que carece de método, de orden, ilación.

Sin tardanza alguna, el ofendido saltó a la palestra con esta altiva recriminación:

Yo creo haber realizado una hazaña en las descripciones, encerrando grandes panoramas en dos o tres rasgos, o exhibiendo detalles, con un solo epíteto, o condensando en una sola frase toda una situación. Creo que, sin mermar le eficacia y sentido, reduje a pocas líneas lo que a primera vista requería extensas páginas. Tengo derecho a saber si esto es meritorio y si estoy en lo cierto. Creo que en fuerza, color, luz y paisajes, mi novela no tiene que envidiarle a ninguna otra colombiana.

La acerada pluma de Rivera, concluye con la plena motivación y, justificación de su labor, cristalizada en una obra centenaria que cobra entera vigencia:

Mas lo que no puedo perdonarte nunca, le impreca a Trigueros, es el silencio que guardas con relación a la trascendencia sociológica de La vorágine, que es el mejor aspecto de la obra, según lo declara el doctor Gil Fortuol. ¿Cómo no darte cuenta del fin patriótico y humanitario que la tonifica y no hacer coro a mi grito en favor de tantas gentes esclavizadas en su propia patria? ¿Cómo no mover la acción oficial para romperles sus cadenas? Dios sabe que al componer mi libro no obedecí a otro móvil que al de buscar la redención de esos infelices que tienen la selva por cárcel. Sin embargo, lejos de conseguirlo, les agravé la situación, pues sólo he logrado hacer mitológicos sus padecimientos y novelescas las torturas que los aniquilan. “cosas de La vorágine”, dicen los magnates cuando se trata de la vida horrible de nuestros caucheros y colonos de la zona amazónica. Y nadie me cree aunque poseo y exhibo documentos que comprueban la más inicua bestialidad humana y la más injusta indiferencia nacional. Tú, que fuiste Cónsul en Manaos cuando los crímenes de la selva llegaron a su apogeo, ¿por qué callas hoy como ayer, en vez de comentar mi denuncia destacándola nítidamente a la faz del país, y te ocupas solo en minucias y trivialidades?

El frondoso árbol autobiográfico de José Eustasio Rivera, despliega atractivos y atrayentes ramales que nos hacen entrever sus raíces. Las raizales virtudes de un hombre enhiesto como un roble. De ellas emana la altivez de su personalidad; la verticalidad y entereza de su carácter; la viveza de su temperamento, la fortaleza de sus ideas y convicciones. Un exponente que hizo gala de su modestia y de su sencillez; del todo ajeno a las frivolidades y a la ostentación “*Desecho los pergaminos y las mentiras sociales... No se avergüenza de lo que escribe, piensa, sueña y desea*”...

Aunque ya lo hemos dicho, no sobra repetirlo. Nuestro objetivo no ha sido otro que José Eustasio Rivera hable de sí mismo, inseparable de su “amigo mental”. Con este deseo, imposible omitir esta su personal reflexión:

Amaba de la vida cuanto era noble: el hogar, la patria, la fe, el trabajo, todo lo digno y lo laudable. Arca de sus parientes, vivía circunscrito a su obligación, reservándose para así los serenos goces espirituales y conquisando de la pobreza el lujo real de ser generoso. Viajó, se instruyó, comparó civilizaciones, comprendió a hombres y a mujeres, y por todo aquello adquirió después una sonrisilla sardónica, que tomaba relieve cuando ponía en sus juicios la pimienta del análisis y en sus charlas la coquetería de la paradoja.

De suma ponderación y trascendencia sus reconocimientos corresponden íntegramente a sus convicciones y a sus íntimos sentimientos:

Poseía viveza en mis ojos, ingenio en mis palabras, ardientia en mi decisión... Sé cuánto me falta, sé a cuánto aspiro. De allí mi esquivas al exhibicionismo, mi tibieza por lo pasajero y convencional...

La quimera que persigo es humana, y pienso que de ella parten los caminos para el triunfo, para el bienestar y para el amor... El ideal no se busca, lo lleva uno consigo mismo... El hombre de talento debe ser como la muerte que no reconoce categorías.

Tema de especial atención, detenimiento y atracción en la vida de José Eustasio Rivera, es el relacionado con el amor y la mujer. Uno y otra fueron parte de su vida. De su mayor anhelo el “amor ideal”. El amor en su vida, en sus sueños y en la urdimbre natural de su inspiración. El amor y la mujer durante la errancia en la inmensidad de los Llanos Orientales; Y, en sus aventuras en medio del embrujo de la selva.

Una y otra vez, es preciso no olvidar que, el creador de *La vorágine*, fue ante todo y sobre todo un poeta. Bien sabemos que “el amor es poesía, como

toda creación es un acto de amor”. Y, ni qué decir de la mujer, “ la creadora del universo... el fundamento del mundo”. En fin, la Encarnación del amor y de la vida.

A un lado de todo cuanto se ha dicho y se ha escrito a lo largo de los tiempos, en torno al eterno tema del amor, y el inseparable de la mujer, nada mejor que escuchar las sentidas confesiones, propias de quien vivió entre las madejas fugaces del amor:

Fama de rendido galán gané en el ánimo de muchas mujeres, gracias a la costumbre de fingir, para que mi Alma se sienta menos sola. Por todas partes fui buscando en qué distraer mi inconformidad, e iba de buena fe, anheloso de renovar mi vida y de rescatarme a la perversión: pero donde quiera que puse mi esperanza hallé lamentable vacío, embellecido por la fantasía y repudiado por el desencanto. Y así, engalanándome con mi propia verdad, logré conocer todas las pasiones y sufro su hastío, y prosigo desorientado, caricatureando el ideal para sugestionarme con el pensamiento de qué estoy cercano a la redención. La quimera que persigo es humana, y bien sé que de ella parten los caminos para el triunfo, para el bienestar y para el amor. Más han pasado los días y se va marchitando mi juventud sin que mi ilusión reconozca su derrotero; y viviendo entre mujeres sencillas no he encontrado la sencillez, entre las enamoradas el amor, ni la fe entre las creyentes. Mi corazón es como una roca cubierta de musgo, donde nunca falta una lágrima. Hoy me ha visto usted llorar, no por flaqueza de ánimo, que bastante rencor le tengo a la vida: ¡ llore por mis aspiraciones engañadas, por mis ensueños desvanecidos, por lo que no fui, por lo que ya no seré jamás! ...

Hay más todavía. En arrumacos y ternuras del amor, el tiempo vale más que el precioso metal.

¡Indudablemente la madona Zoraida Ayram era extraordinaria! Intenté quererla, como a todas, por sugestión. ¡La bendije, la idealicé! Y recordando las circunstancias que me rodeaban, lloré por ser pobre, por andar mal vestido, por el sino de tragedia que me persigue...

Calamidades físicas y morales se han aliado contra mi existencia en el sopor de estos días viciosos. Mi decaimiento y mi escepticismo tienen por causa el cansancio lúbrico, la astenia del vigor físico, succionado por los besos de la madona. Cual se agota una esperma invertida sobre su llama, acabó presto con mi ardentía esta loba insaciable, que oxida con su aliento mi virilidad.

Y la odio y la detesto por calurosa, por mercenaria, por incitante, por sus pulpas tiranas, por sus senos trágicos. Hoy, como nunca, siento nostalgia de la mujer ideal y pura, cuyos brazos brinden serenidad para la inquietud, frescura para el ardor, olvido para los vicios y las pasiones. Hoy, como nunca, añoro lo que perdí en tantas doncellas ilusionadas, que me miraron con simpatía y que en el secreto de su pudor halagaron la idea de hacerme feliz.

Nada, nada que extrañar. ¿Acaso, Cervantes durante el cautiverio de Argel, no estuvo locamente enamorado de una bella mora, de nombre Zoraida?

Yo estoy por creer, a pie juntillas que, el soneto *Adiós*, publicado en octubre de 1923, es decir, un año antes del alumbramiento de *La vorágine*, fue inspirado por la madona Zoraida, como él mismo alucinado lo reconoce, una mujer “extraordinaria”. Zoraida, nombre de origen árabe, cuyo significado corresponde plenamente al calificativo de “extraordinaria”: una mujer que cautiva. En arrebatos de amor, el subyugado sabía muy bien, por qué lo decía; y, más intensamente, porque así lo sentía.

*Todo muere en nosotros con esta despedida;
los dos desde este instante cambiaremos también... sombra serás mañana
por mí desconocida,
distinto seré entonces del que tus ojos ven.*

*El viento que hoy deshoja la rama florecida, luego de los retoños alegrará
el vaivén.*

*Se estrechan nuestras manos antes de la partida, que pronto a extraños
seres les brindarán sostén.*

*¡Adiós! cruenta palabra que inventó la tristeza, eco de lo que acaba, grito
de lo que empieza, súplica de los ojos que no quieren llorar...*

*Me abrazas y vibramos en un solo gemido
tú por la angustia efímera del recuerdo querido, yo por la certidumbre de
que voy a olvidar.*

Nuestro propósito se ha cumplido, aunque en temas tan protuberantes y complejos, quizás de manera insuficiente. Con todo quedan aquí consignados ciertos rasgos autobiográficos que mejor nos dan a conocer quién fue José Eustasio Rivera, fallecido en la plenitud de su vida, de sus proyectos y de sus sueños.

No obstante este fatal suceso y el paso del tiempo ¡una centuria de años!, La vorágine sobrevive, porque ella contiene la historia de funestos episodios, la reivindicación de la justicia social, el repudio de la esclavitud y la explotación humanas, y lo que es más, vuelve por el sostén y defensa que debemos tener y mantener por la naturaleza.

Damos término a las reminiscencias autobiográficas antes referidas, con una breve y muy sentida expresión en la que transluce la frustración de sus ideales, de sus sentimientos y de sus sueños.

¿José Eustasio Rivera, un soñador? La respuesta no admite duda alguna. Creemos que lo fue de ambiciosas y fundamentadas proyecciones, en beneficio y justiciera reivindicación de los explotados y esclavizados indígenas, de los colonos y caucheros. Un soñador, asimismo, de la soberanía nacional y la defensa de las más apartadas fronteras de nuestro país.

En fin, un soñador que disfrutó de otros mundos lejanos e ignotos; que se acercó al alma de unos seres humanos de vida denigrante e inmerecida; que conoció costumbres y ritos indígenas ancestrales nunca imaginados. Infortunadamente, circunstancias de diverso orden, y lo que es peor, de indiferentes voluntades del gobierno, del parlamento y de la ciudadanía en general, le fueron adversas. Para qué más lucubraciones, ni qué lamentaciones, ¿si la desolación de estas contadas líneas lo dice todo?

¡Sueños irrealizados, triunfos perdidos! ¿ Por qué sois fantasmas de la memoria, cual si me quisierais avergonzar? ¡ Ved en lo que ha parado este soñador: en herir al árbol inerme para enriquecer a los que no sueñan; en soportar desprecios y vejaciones en cambio de un mendrugo al anochecer!

En un día ya muy lejano, que resiste el ímpetu del tiempo, el infatigable narrador y visionario de La vorágine, le implora al diestro rumbero, conocedor y orientador de los caminos en medio de la selva, y por más señas pastuso:

Don Clemente, cuide mucho esos manuscritos y póngalos en manos del Consul. Son la historia nuestra, la desolada historia de los caucheros ¡ cuánta página en blanco, cuánta cosa que no se dijo!

José Eustasio Rivera, ya lo hemos dicho, y, él mismo lo confiesa, fue un hombre altivo y de carácter. La verdad fue su escudo de lucha. Desechó las actitudes sombrías. Ante el cúmulo de adversidades vividas y padecidas, le faltaron cosas por escribir. Al contrario, en las páginas de La vorágine, hay silencios que gritan y estremecen, “con ímpetu de tormenta”.

Ciertas páginas, con visos enigmáticos, es preciso leerlas entre líneas, para ver de desentrañar, o cuando menos, imaginar cuantas cosas que el mago cauchero vio y oyó, vivió, sintió y padeció en carne propia, durante sus travesías, que mejor fuera no recordarlas. Tantas y tantas inequidades y crímenes inhumanos que causan estupor y desgarran el alma del más irracional e insensible de los humanos. Oportuno e imperdonable no apropiarme honradamente de esta lacónica frase que define de modo objetivo *La vorágine*, “una novela cortada de la carne viva” de su autor.

En esta forma, hemos tributado el homenaje que merece la memoria de José Eustasio Rivera, convertido en símbolo de la naturaleza. Un explorador con substanciado con el esplendor de la naturaleza en los sitios en donde vivió, se extasió y también escribió; un soñador connaturalizado con la selva telúrica en donde padeció, fue víctima de la desolación, y también amó y quiso morir.

Cuánto más por decir de *La vorágine*, un legado por excelencia que sobrevive y nos convoca en este centenario de su advenimiento, no solamente a la lectura y análisis, crítica y valoración de su contenido, sino a la reflexión de sucesos que atañen o coinciden con las circunstancias de adversidad, terror y violencia que vivimos y por las que atraviesa la humanidad.

Como culminación de este recorrido, así sea de manera fugas, debo agregar que, en la floración poética de José Eustasio Rivera, tampoco faltan los raptos alusivos a su misma persona. Otro aspecto que, desde luego requiere mayor detenimiento. Para corroborar esta manifestación, nada mejor que deleitarnos con el sentimiento íntimo y premonitorio de su delicada inspiración:

*Hoy que diviso el valle de la vejez me asiste
El fracasado anhelo de lo que nunca he sido;
Y al ver la senda sola y el cielo atardecido
me siento más humano puesto que soy más triste.
Sí efímero es el triunfo, perdido fue el empeño;
Y así voy declinando con esta pesadumbre:
¡cuán corta fue mi vida para tan grande ensueño!*

Ciertamente, qué corta fue la vida de José Eustasio Rivera. Pero cuán larga, cuán intensa la vida creativa y fecunda de su esclarecido talento.

Dijimos en un comienzo que José Eustasio Rivera abre las páginas de *La vorágine* con un epígrafe netamente autobiográfico; y, coincidentemente las concluye con esta confesión que brota de las más profundas hondonadas de su ser, confesión que nos conmueve el alma:

¡Santa Isabel! En la agencia de los vapores dejé una carta para el Cónsul. En ella invoco sus sentimientos humanitarios en alivio de mis compatriotas, víctimas del pillaje y la esclavitud, que gimen entre la selva, lejos de hogar y patria, mezclando al jugo del caucho su propia sangre. En ella me despido de lo que fui, de lo que anhelé, de lo que en otro ambiente pude haber sido. ¡Tengo el presentimiento de que mi senda toca a su fin, y, cual sordo zumbido de ramajes en la tormenta, percibo la amenaza de la vorágine!

Cuánto va de ayer a hoy. Mientras José Eustasio Rivera percibe “una amenaza de la vorágine”, nosotros padecemos, no una, si no otras vorágines que se suceden una tras otra y nos alteran el ritmo ordinario de la vida que tanto merecemos.



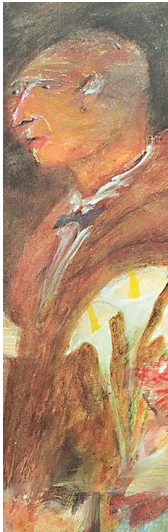
Antonio Díaz

El gran incendio de Manizales en el cine y la literatura

Adriana Villegas-Botero y Fernando-Alonso Ramírez

En julio de 2025 se cumple el centenario del más pavoroso de los tres grandes incendios que cambiaron para siempre la fisonomía de Manizales en la década del 20 del siglo XX.

El primero ocurrió el 19 de julio de 1922 en el centro de la ciudad. Se quemaron cuatro viviendas, así como numerosos locales comerciales. Sobre este incendio el padre Fabo escribió en su Historia de Manizales: “La manzana encerrada entre las carreras 10 y 11 y las calles 14 y 15¹ vomitaba llamas que recordaban el incendio de Roma descrito en *¿Quo vadis?* Era como una bocanada inmensa de algún espíritu infernal. Crepitaba y rugía la hoguera con temblor trágico; toda la ciudad estaba iluminada lívidamente, envuelta en cenizas que caían del cielo. Por fortuna, no se movía ni un soplo de brisa; la columna de humo y de llamas ascendía sin vaivenes; y como las construcciones son tan tenues y livianas, a las pocas horas, las llamaradas habían desaparecido ante la consternación de los habitantes que procuraron con heroísmo atajar la quema. ¿Qué hubiera sido de la ciudad de guadas si el soplo de la cólera divina hubiera avivado el incendio? Muchos atribuyeron a la intervención natural el rápido desenlace” (Fabo de María, 1926, pág. 251).



1. La nomenclatura de la ciudad cambió después de los tres grandes incendios.

En 1924, con ocasión de los 75 años de Manizales, el Concejo Municipal convocó un concurso que produjo los dos grandes libros sobre la historia inicial de la ciudad: el del padre Fabo, publicado dos años después, y Manizales, de Luis Londoño Ospina, impreso en 1936.

Londoño incluyó en su libro un registro aún más detallado sobre el incendio de 1922:

La rapidez de las llamas no permitió salvar casi nada de esas mercancías. La imprenta de la empresa periodística “La Patria” quedó envuelta por las llamas, y por lo tanto fue totalmente destruida (...) Para atajar el fuego por ese lado, que ya había empezado a invadir otros edificios contiguos, se destruyó casi en su totalidad la magnífica casa de habitación de don Marco Gómez, jefe de la firma Gómez Hermanos. Así mismo sufrieron grandes daños una casa de don Nepomuceno Jaramillo, la del señor Álvaro Jaramillo y otra de don Jesús Montes Ramírez. En estas tres últimas habitaciones los daños fueron ocasionados, no por las llamas, sino por la destrucción de parte de sus techos, para ver de contener el fuego, propósito que se consiguió. La estrechez de las calles facilitó a las llamas, cuando subieron a los aleros de la casa donde principió el fuego, pasar a la casa del frente (Londoño Ospina, 2017, pág. 234).

Los libros del Padre Fabo y Luis Londoño son la principal referencia bibliográfica sobre el comienzo del siglo XX en Manizales, pero como ambos se escribieron en 1924 no alcanzaron a documentar los otros dos grandes incendios de la ciudad. La última de estas conflagraciones ocurrió el 20 de marzo de 1926 y quedó registrada con fotografías y textos en el diario La Voz de Caldas que Eudoro Galarza Ossa había fundado dos meses atrás. En esa ocasión se quemaron dos manzanas, además de la antigua Catedral de Manizales, cuya réplica corresponde a la actual iglesia del barrio Chipre.

Este último incendio, que motivó una enorme cruzada por la reconstrucción del centro de la capital de Caldas, llegó en momentos en que Manizales aún no se reponía del gran incendio de 1925. Pasadas las 9:00 p.m. del 3 de julio de 1925 se desató el fuego, en la Droguería Andina, en el centro de Manizales, y rápidamente se propagó a casas vecinas, y de allí a cuadras adyacentes. De acuerdo con el historiador Albeiro Valencia Llano, se quemaron 229 edificaciones en 32 manzanas, de las cuales 21 quedaron completamente arrasadas. “¿Por qué se quemó casi toda la ciudad? Porque una cosa es manejar velas de parafina con pabilo, para alumbrar la noche, y carbón vegetal para las cocinas, y otra cosa bien distinta utilizar “cables, fusibles y resistencias”;

llegó la luz eléctrica, pero sin buenas redes de energía. Tampoco había un buen acueducto, ni cuerpo de bomberos, ni agua suficiente” (Valencia Llano, 2023, pág. 129). De hecho, entre el segundo y el tercer gran incendio se presentaron otros 38 conatos, según lo registró Emilio Correa A. en *La Voz de Caldas* (Correa A., 1926).

Para la fecha de este incendio Manizales tenía aproximadamente 50.000 habitantes, de los cuales 30.000 vivían en el área urbana. El incendio de 32 manzanas en una ciudad de esas dimensiones generó un impacto notorio en todos los ámbitos: el social, el económico y por supuesto el cultural. Los ecos del incendio saltaron de la prensa al cine y la literatura, en una época en la que el periodismo no era aún un campo autónomo, sino una extensión o variación del oficio literario.

Las tragedias han sido parte de la historia de Manizales e ingrediente del carácter previsivo casi de aversión al riesgo. El escritor Dukardo Hinestrosa Castrillón lo plantea así, en su libro *A la sombra de la Catedral*:

Las primeras edificaciones fueron hechas con madera, en parte por el factor económico y en parte también por el temor a los temblores. No tuvieron en cuenta que los incendios serían el otro lastre que los azotaría; entonces, cuando no temblaba, habría que esperar un fuego arrasador. Y cuando no era ni lo uno ni lo otro, llovía a cántaros, y eran los deslizamientos. De manera que no les quedó a los manizalitas (sic) otra alternativa que aprender a conjugar el verbo “Reconstruir” en todos sus tiempos. (Hinestrosa, s.f., pág. 106).

El incendio en el cine

Manizales vivía fiebre de cine al momento de ocurrir el gran incendio de 1925. Tan solo un año atrás se había estrenado *Madre*, una película escrita y dirigida por Samuel Velásquez Botero, un autor antioqueño radicado en Manizales. El filme fue producido por la compañía Manizales Film Company y rodado en zona rural de la ciudad durante el segundo semestre de 1923. El estreno tuvo lugar en la capital de Caldas entre el 11 y el 13 de marzo de 1924 y posteriormente se proyectó en Bogotá (Gil Montoya & Villegas Botero, 2021).

Tras el entusiasmo despertado por la película, la compañía Manizales Film Company se embarcó en un nuevo proyecto cinematográfico: un documental sobre los 75 años de la ciudad, dirigido por Félix R. Restrepo.

A diferencia de *Madre*, película de la que sólo hay disponibles algunos fragmentos, de *Manizales City*, de 1925, se pueden ver los 70 minutos completos en plataformas a través de Internet. Además de su valor histórico y cultural la película es también uno de los principales documentos que evidencian los estragos que causó el incendio del 3 de julio de 1925 y la ciudad que se perdió entre las llamas.

El documental es una producción de cine mudo diseñada para ser presentada con música en vivo. Se inicia con el registro de gentes, calles y edificios de Manizales. Se aprecian el desfile y las fiestas del carnaval conmemorativo de los 75 años de fundación del municipio, y aparecen algunos automóviles, caballos, un baile, un festejo taurino y la vida cotidiana en el centro de la ciudad, la plaza de mercado y la Avenida Cervantes. Se trata de un documental descriptivo con cierta pretensión de promoción turística. Este primer fragmento de más de 40 minutos corresponde a la versión original que se presentó el 5 de marzo de 1925 en el Circo España de Medellín. No obstante, con ocasión del incendio del 3 de julio, su director añadió un fragmento final que se inserta con un aviso en pantalla en el que se lee:

La Colombia Film Company, para llamar al corazón de los buenos hijos de la patria, presenta las ruinas, humeantes aún, a que quedó reducida la bella y noble ciudad de Manizales, por el devorador incendio que se produjo en la noche del día 3 de julio de 1925 (Restrepo, 1925).

A continuación, la audiencia se encuentra con un material audiovisual desolador, que contrasta con la primera parte del documental. Donde hubo fiesta y gente, ahora la cámara muestra las ruinas de edificios y calles. Se ven personas trabajando entre los escombros y se aprecia el humo que aún sale de las construcciones derruidas. Los planos generales permiten dimensionar el tamaño de la devastación, mientras que primeros planos se detienen en detalles como una máquina de escribir destruida por el fuego, o en el estado en que quedó el Teatro Olympia o la Calle de la Esponsión. La película se detiene en la fachada de “la hermosa iglesia catedral, símbolo de la fe de los valerosos hijos de Manizales, que se alza en medio de las ruinas como mudo testigo del coraje de ese pueblo vigoroso, que puso el pecho para defender la casa del Señor contra el furor devastador del fuego”.

La Catedral ardería en las llamas del tercer gran incendio, siete meses después. El contraste entre el tono festivo del inicio del documental y la des-

trucción que se observa en las imágenes posteriores se cierra con un mensaje esperanzador que se lee en la pantalla al final de la película:

Esta espantosa tragedia, nunca vista en el país, que causó la ruina de varias familias, que produjo una pérdida de más de veinte millones de pesos, que destruyó en pocas horas el fruto del trabajo de muchos años, no ha podido vencer la energía indomable de los hijos de Manizales, que se aprestan ya a reconstruir la ciudad y a rehacer la riqueza. Ha servido, en cambio, para conmover el alma colombiana y demostrar que la unidad nacional es un hecho. Manizales surgirá nueva y más hermosa; y, como el ave fénix, de sus cenizas se alzarán con más bríos para la lucha y seguirá ocupando su puesto en primera línea entre las ciudades de Colombia. Así lo desean la patria y la Colombia film Company.

El incendio en la literatura

Además del registro cinematográfico, el gran incendio del 3 de julio de 1925 también quedó documentado en la literatura de Caldas. El texto más referenciado suele ser *La oración del incendio*, que el político conservador e intelectual Aquilino Villegas Hoyos leyó en el Teatro Manizales el 29 de abril de 1929 (Villegas Hoyos, 1961).

Se trata de un texto extenso de casi 3.000 palabras, en el que el narrador le habla a alguien muy joven (“tú, amigo mío que apenas pisas el dintel de la vida”) y lo invita a recordar lo que la ciudad vivió durante los incendios del 3 de julio de 1925 y el 20 de marzo de 1926 aunque no cita ninguna de las dos fechas. El autor describe vívidamente el horror que cobijó a la ciudad, los esfuerzos de la gente por frenar el avance del fuego, la búsqueda de dinamita para destruir inmuebles con el fin de que los escombros sirvieran como cortapisa para las llamas; la impotencia ante la destrucción de tantas edificaciones, el intento por salvar documentos y objetos de valor y la desolación por la desaparición de la Catedral en el tercero de los incendios. No obstante, al igual que en *Manizales City*, el autor de *La oración del incendio* concluye con un mensaje esperanzador en el que resalta “cómo esa generación levantó sobre las ruinas, en hierro y cemento incombustible y perennes una nueva Catedral, tres veces más alta y magnífica, cuyas agujas perforan el cielo a alturas vertiginosas” (Villegas Hoyos, 1961, pág. 225).

A continuación, se presenta un fragmento de *La oración del incendio*, en el que el autor narra cómo comenzó la tragedia:

Mis ojos mortales vieron el Incendio. La villa dormía silenciosa y apacible bajo el candor de una luna de plata. El viejo reloj de la Iglesia iba dejando caer lentamente las horas cristalinas. Los tardos pasos del transeúnte retrasado resonaban contra los muros de secas maderas antiguas, sonoras como una vieja guitarra. Apenas si en silencio se escuchaba la frase cotidiana de un piano inexperto, cargada de tedio provincial y el ladrido de los perros insomnes en el suburbio argentado de luna.

De repente, salta sobre los tejados el grito angustioso de nuestra campana, la nuestra, la de nuestra infancia y de nuestra juventud, la más sonora y cristalina que azotó nunca los cielos abiertos. Fuego! grita nuestra campana desde lo alto de su torre. Y tras de ceñir con mano temblorosa el sumario vestido nocturno, a la calle soñolienta. Dos sombras corren desoladas dando gritos: “Incendio! Incendio” ya son diez, veinte, cuarenta. Un pequeño grupo se agita en la esquina trágica, y ya por las ventanas asoman las lenguas azules y viperinas de la llama. Agua, poca: bombas, ninguna; herramientas... nada, nada...; y el grupo espasmódico se queda por un momento hebetado de pavor, mudo y estático, ante lo irremediable: la ciudad estaba herida en el corazón, lo que todos pensaban, lo que todos temían (Villegas Hoyos, 1961, pág. 214).

Lo que Aquilino Villegas describe desde el ensayo, Natalia Ocampo de Sánchez lo recrea desde la ficción. En 1936 *Una mujer se convirtió en la primera novela* firmada por una escritora de esta región y en ella la autora dedica un capítulo completo, el IX, a la angustia vivida durante y después del incendio. Algunos detalles de su relato coinciden con los que Aquilino Villegas incluye en su texto: el tañido de las campanas “que anunciaba una desgracia colectiva” (Ocampo de Sánchez, 1936, pág. 98), la solidaridad espontánea de la ciudadanía, la ausencia de bomberos, el uso de la dinamita para frenar el fuego, la manera en la que la Catedral se salvó de las llamas en ese segundo incendio y la aparición de saqueadores que aprovechan la tragedia para hurtar en medio de la desgracia. Sin embargo, como se trata de una novela y el narrador escribe desde el punto de vista de Leticia, la protagonista, la mirada de la narración es mucho más íntima que la que ofrece Aquilino Villegas. Así, además de la descripción de casas y muebles destruidos, Natalia Ocampo de Sánchez incluye en su inventario de pérdidas los pequeños objetos de poco valor económico pero gran valor sentimental:

¡Oh dolor!, no tan sólo las telas raras, primorosamente confeccionadas, las tocas, los sombreros, las sedosas pieles, los puntos bordados, el ajuar

riquísimo, los documentos de valor, las alhajas, sino también lo más amado: los recuerdos gratuitos que en insignificantes objetos se guardan con amor: las flores marchitas, la esquela, el pañuelo de seda perfumado, que hacen recordar la hora y el lugar de un momento feliz; cartas y memorias del pariente, del amigo ya idos..., objetos mil de infinito valor moral y que el monstruo sin entrañas deshace en un momento (Ocampo de Sánchez, 1936, pág. 101)

Desde la ficción Natalia Ocampo intercala datos concretos sobre el incendio. Como cuando afirma que “a trece leguas de distancia percibieron el fatídico resplandor” (p. 104) y “treinta y dos manzanas eran escombros convertidas en brasas y llamas”, con la vívida descripción de la forma en la que se vivió el incendio al interior de las familias: la espera de los hombres que estaban apagando el fuego, el estruendo de las explosiones, la liberación o la muerte de los animales domésticos, la angustia por la escasez de camiones para trastear los muebles y ropa a sitios seguros y el estropicio de vajillas, espejos y demás elementos que se quiebran en medio del afán por empacar y lanzar todo en corto tiempo. Por toda esta fuerza narrativa es que Adalberto Agudelo, estudioso de la literatura caldense, dice de ella que “la mejor página sobre el incendio de 1925 se debe a su pluma” (Agudelo, 2017, pág. 161).

De las explosiones que anuncia en su obra literaria Natalia Ocampo, dejó constancia el fundador del diario La Patria, Francisco José Ocampo, quien fungía en el momento del incendio de 1925 como secretario de Hacienda del Gobierno Departamental, y se desempeñaba el 3 de julio como gobernador encargado por no encontrarse en la ciudad el titular, Gerardo Arias Mejía. Así describió la decisión de usar pólvora para contener el fuego:

...de acuerdo con los jefes del Ejército y de la Policía di por escrito la orden de dinamitar las edificaciones cercanas a la Gobernación con el fin de despejar el terreno y poder combatir más fácilmente la propagación del arrasador incendio. Se trajo dinamita de los depósitos del Ejército y se voló la casa de la familia Murillo, situada en la esquina nororiental de la plaza. Con esta medida, que después me fue muy censurada por mis adversarios políticos, se salvaron el sector oriental y norte de Manizales donde, como dije antes, estaba la mayoría de las residencias particulares de los manizaleños. Estoy seguro y así lo están muchos ciudadanos, de que, si no se toma esa medida extrema, la destrucción de la ciudad habría sido total. En la misma forma salvamos la Catedral, dinamitando una casa vecina... (Hoyos, 2024, p. 135).

Sobre el total de las manzanas consumidas por el incendio en el casco urbano hay dudas. Pedro Felipe Hoyos Körbel cita un mapa publicado en

el periódico Mundo al Día, de Bogotá, el 8 de julio, cinco días después del incendio y dice que allí se pueden ver 18 manzanas quemadas y 6 destruidas. También tiene en cuenta el relato de Ocampo, quien en el balance del daño del fuego relata:

Veinticinco manzanas, las más valiosas de la ciudad, destruidas, con pérdidas, según el inventario que a mí personalmente me tocó realizar, de centenares de casas y tiendas, edificios y depósitos, con un valor total de cincuenta millones, así: asegurados veinte millones; desamparados o sin seguro treinta millones... pero lo más grave de las consecuencias fue la pérdida de la hegemonía de Manizales como primera ciudad comercial del occidente colombiano, junto con el grave daño causado por la disminución de la población que desertó atraída por otras ciudades, en vista de la falta de vivienda.

Otra autora que escribió una ficción a partir del incendio fue Uva Jaramillo Gaitán. El cuento largo “El Campanero”, que ella consideraba como “novela” apareció por primera vez en *La Voz de Caldas* el 19 de junio de 1926, tan solo tres meses después del tercer gran incendio que consumió la Catedral. Este texto, que en octubre de 1928 fue publicado en *La Novela Semanal* que dirigía en Bogotá Luis Enrique Osorio, cuenta la historia de Tomás, el joven campanero de Villa Eulalia, un pueblo de 2000 habitantes. En un arrebato de locura Tomás le prende fuego a la iglesia, que arde ante los ojos impotentes del párroco y los vecinos. Aunque se trata de una ficción, elementos como el repique de las campanas y la impotencia por la velocidad con la que las llamas consumen el templo son comunes a otros relatos relacionados con el incendio que destruyó la Catedral de Manizales.

Un grito desesperado salió por un balcón de la Casa Cural. Era la voz del Padre Román. Otro grito desgarrador por otro balcón: la voz de doña Rosa.
--Incendio! Incendio! La iglesia ardiendo!...

Los que habitaban en la plaza saltaron de sus lechos y vieron sobre un fondo rojizo la negra silueta de Tomás. En veces el humo envolvía pero no cesaba de repicar con criminal alegría. Innumerables bandadas de palomas huían en aquella hora de la noche. Era una cauda blanca y fugitiva que agitaba en el vacío las alas, como deben hacerlo al emigrar las ilusiones cuando ven llegar el pajarraco del desengaño!

Llegaron los vecinos a la querida iglesita cuyas puertas encontraron cerradas. Al derribarlas vieron claramente que había prendido fuego por distintas partes. El altar mayor ya estaba consumido, lo mismo los de la Virgen y

San Antonio. Imposible pretender salvar algo siquiera! (Jaramillo Gaitán, 1926).

El incendio que Aquilino Villegas Hoyos, Natalia Ocampo de Sánchez y Uva Jaramillo Gaitán vivieron en su etapa adulta, Maruja Vieira lo vivió siendo apenas una niña pequeña. La poeta nació el 25 de diciembre de 1922 y, según escribió en su breve crónica “El incendio”:

Mi primer recuerdo es el del incendio de Manizales en marzo de 1926. La primera conciencia de mí misma está en mis manos de cuatro años aferradas a los barrotes del balcón de la casa donde nací, en la esquina del Parque Caldas, diagonal con la Iglesia Parroquial², una iglesia hecha de madera, como la Catedral, que estaba condenada a volverse cenizas (Vieira, El incendio, 2019, pág. 9).

Así comienza la versión de “El incendio” publicada en el libro *Una ventana al atardecer*, de 2019. Se trata de una variación de un texto que con el mismo título se encuentra en el archivo digital que la Universidad de Caldas conserva con las obras de Maruja Vieira. El texto de la Universidad de Caldas reposa en un archivo titulado “Periodismo – Columna de Humo – Recuerdos”, y trae el subtítulo “Recuerdo de hoy”, que corresponde a una serie de crónicas escritas por Maruja Vieira con remembranzas de su infancia y juventud. De esa serie también hacen parte textos sobre el cable aéreo, la abuela Rita, el matrimonio de su amiga Lucy Tejada y una memoria de Fanny Mickey, entre otros. Por su parte, “Columna de humo” fue el nombre del espacio que empezó a publicar en *El Espectador* en los años 50 y continuó luego en *El Tiempo* y *El País*, de Cali.

En su memoria sobre el tercero de los incendios Maruja Vieira rememora a su padre Joaquín Vieira y a su hermano Gilberto, quienes al enterarse del fuego corrieron a la Gobernación “para sacar papeles de la caja fuerte, de la Licorera de Caldas”, porque su padre era el gerente de dicha empresa. “A lo mejor las fórmulas de Don Ramón Badía, el experto que don Joaquín había traído para fortalecer los primeros pasos de la empresa departamental y que dio origen al tradicional Ron Viejo de Caldas” (Vieira, El incendio, 2019, pág. 10).

Hay un detalle común en los textos de Aquilino Villegas, Natalia Ocampo de Sánchez y Maruja Vieira: la impresión que causó el toque de las campanas: “Recuerdo gritos: ¡incendio! ¡incendio! Me levanté y corrí al balcón. Oía es-

2. Se refiere a la Iglesia Inmaculada.

tallidos; el cielo estaba rojo y las campanas de la Parroquial sonaban desesperadamente, con un toque distinto”, describe Maruja Vieira.

La versión de “El incendio” que reposa en la Universidad de Caldas incluye dos párrafos omitidos en el libro *Una ventana al atardecer*, en donde Maruja Vieira evoca *La oración del incendio*. El primer párrafo es de autoría de la escritora y el segundo corresponde a un fragmento de *La oración del incendio*:

Cuando la condecoración de Caldas resultó ser la Orden Aquilino Villegas, tuve una emoción inmensa. Fue Aquilino Villegas quien escribió La oración del Incendio, que alguna vez escenifiqué por radio con la música de La Danza del Fuego...en Radio Libertad de Medellín. (Vieira, *El incendio*. Recuerdo de hoy, 2012).

Hasta acá algunas huellas de los tres grandes incendios de la década del 20 en el cine y las letras de Manizales. El otro legado de los incendios puede leerse en negativo: no su registro, sino las obras que se perdieron o se quemaron por las llamas, y los efectos de migración que éstas causaron. En una entrevista realizada por Eudoro Galarza Ossa, fundador y director de *La Voz de Caldas*, el periodista le pide a la escritora Ana Joaquina Cárdenas Cano que le hable de sus versos. La primera que responde es su hermana Jesusita:

—De eso ya no se habla, dice doña Jesusita.

—Todo eso lo eché al fuego, agrega doña Joaquinita.

—No puede ser, replicamos nosotros.

—Sí. ¿No recuerda que cuando el incendio todo el mundo sacó sus cosas a la Plaza de Bolívar? Pues como lo único que yo tenía eran esos papeles, allá los llevé y se quemaron también (Galarza Ossa, 1932).

Un destino similar describe Uva Jaramillo Gaitán, luego del incendio, en un diálogo con la escritora Luz Stella en septiembre de 1925 en Ibagué, ciudad en la que se radicó temporalmente:

Nos informan que el incendio de Manizales te ocasionó grandes pérdidas.

—Absolutamente todo: casa, empleo, muebles, libros, ropa, etc.

—Y se quemó también tu arsenal literario?

—Casi todo. Se salvó “Maldición”, la novela que considero como la mejor, y para cuya publicación estaba haciendo economías. Ahora ella, como mi porvenir y mi vida, quedan en manos de la Providencia. (Cárdenas Roa, 1925).

En los años 20 la industria editorial en Manizales era aún incipiente. Pocos autores (y aún menos autoras) habían publicado libros y la prensa era el vehículo natural en el que circulaban los versos, cuentos, textos dramáticos, ensayos y capítulos de novelas. No obstante, la memoria de lo ocurrido entre 1924 y comienzos de 1926 en materia literaria, y también en los demás campos, quedó arrasada por los incendios. Para julio de 1925 ya no existía *Renacimiento*, el primer diario de la ciudad, fundado en 1914 y que circuló hasta el 19 de junio de 1923, y aún no había sido fundada *La Voz de Caldas*, el periódico que nació el 16 de enero de 1926. El incendio de 1925 quemó el archivo de *El Diario*, periódico que Pedro Luis Rivas fundó en 1914 con el nombre de *El Eco*, pero además quemó su rotativa y en consecuencia ese periódico dejó de circular. En cuanto a *La Patria*, diario que en 1925 tenía apenas cuatro años de historia, los dos incendios provocaron la desaparición del archivo entre julio de 1924 y enero de 1926. Por ello, la noticia sobre la forma en la que la ciudad vivió el incendio de 1925 reposa hoy en el cine y la literatura, pero no en los periódicos locales que seguramente registraron el suceso, pero luego desaparecieron, consumidos por las llamas. En cuanto al tercer incendio, las primeras líneas del texto que abre la edición del domingo 21 de marzo de 1926 de *La Voz de Caldas*, y que posiblemente fue escrito por su director Eudoro Galarza Ossa, sintetizan bien el sentir generalizado de la población durante aquella época: “No parece sino que el espíritu de la fatalidad se hubiera cernido sobre la ciudad de Manizales” (*Un nuevo incendio amenaza destruir la ciudad de Manizales*, 1926). Los hechos posteriores demostraron que luego de esa fatalidad se emprendió una próspera y acelerada reconstrucción. Tal como lo soñó el arquitecto francés de la Catedral Julien Auguste Polti, quien en una misiva titulada Carta de despedida escribió: “El incendio destruyó el núcleo; catástrofe terrible, pero incapaz de abatir la energía de los hijos de los fundadores que ven renacer a su querida ciudad de las cenizas” (Polti, 1928).

No obstante lo anterior, también para algunos historiadores, los incendios de la década del 20 le hicieron perder preponderancia a la ciudad. “Con este incendio quedaba sellado el destino de Manizales. Perderá su impulso y sus hijos se concentraran en reconstruirla en vez de expandirla. Fueron los años 20 fatales para la joven capital...” (Hoyos Körbel, 2024, pág. 141).

Referencias

Agudelo Duque, A. (2017). *Caldensidad, historia y literatura*. Manizales: Universidad de Caldas.

Cárdenas Roa, M. I. (25 de octubre de 1925). “Uva Jaramillo Gaitán —y Luz Stella—”. *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, págs. 37-38.

Correa A., E. (25 de marzo de 1926). “Manizales frente a su última catástrofe”. *La Voz de Caldas*, pág. 2.

Fabo de María, F. P. (1926). *Historia de la ciudad de Manizales*. Manizales, Colombia: Tipografía Blanco y Negro. Mario Camargo & co.

Galarza Ossa, E. (19 de mayo de 1932). “Señoritas Cárdenas”. *La Voz de Caldas*, pág. 3.

Gil Montoya, R., & Villegas Botero, A. (2021). “Tres aproximaciones a Madre, la primera película rodada en Manizales”. En C. F. Alvarado Duque, *Estética, Sociedad y Cine. Re-interpretando el Séptimo Arte*. (págs. 105-132). Manizales, Colombia: Universidad de Manizales.

Hinestrosa Castrillón, D. (s.f.). *A la sombra de la Catedral*. Los Ángeles, California, Estados Unidos. El Búho y El Cuervo Fundación Editorial.

Hoyos Körbel, P. F. (2024). *Antonio Arango Gutiérrez La biografía de un banquero manizaleño*. Manizales, Colombia: Hoyos Editores.

Jaramillo Gaitán, U. (19 y 21 de junio de 1926). “El Campanero”. *La Voz de Caldas*, pág. 6.

Londoño Ospina, L. (2017). *Manizales*. Manizales: Hoyos Editores.

Ocampo de Sánchez, N. (1936). *Una mujer*. Manizales: Casa editorial y talleres gráficos Arturo Zapata.

Polti, J. A (7 de mayo de 1928). “Adiós a Manizales”. *La Voz de Caldas*, pág 2 y 7.

Restrepo, F. R. (Dirección). (1925). *Manizales City* [Película]. Manizales.

“Un nuevo incendio amenaza destruir la ciudad de Manizales”. (21 de marzo de 1926). *La Voz de Caldas*, pág. 1.

Valencia Llano, A. (2023). *Manizales. La aldea, el pueblo, la ciudad*. Manizales, Colombia: Matiz Taller Editorial.

Vieira, M. (11 de agosto de 2012). “El incendio. Recuerdo de hoy”. (U. d. digital., Recopilador) Manizales, Caldas, Colombia.

Vieira, M. (2019). “El incendio”. En M. Vieira, *Una ventana al atardecer* (págs. 9-10). Manizales: Secretaría de Cultura de Caldas.

Villegas Hoyos, A. (30 de abril de 1961). “La oración del incendio”. En A. Villegas Hoyos, *Aquilino Villegas. Sus mejores páginas* (págs. 213-235). Manizales: Renacimiento.



Antonio Díaz

El noble oficio de la arriería

Andrés Hurtado-García

Hace unos años tuve la peregrina idea de analizar todos los departamentos para catalogarlos según sus riquezas naturales y culturales. Me inventé tres mediciones: pueblos bellos, hermosos paisajes e identidad histórica asumida. El factor económico no entraba en mis apreciaciones. Encontré con tristeza que el tercer baremo no figuraba en la mayoría de los departamentos. Santander fue el favorecido en mis elucubraciones. Tiene pueblos muy bellos empezando por Barichara reconocido como el más hermoso de Colombia; tiene espectaculares paisajes como el Cañón de Chicamocha, las cavernas más hermosas del país y el páramo de Santurbán, y sobre todo tiene identidad histórica asumida; el espíritu de los Comuneros se siente, vibra en la cultura y en la arisca idiosincrasia de los santandereanos. Publiqué el artículo e inmediatamente las autoridades de Santander me agradecieron y me dijeron que sería nombrado “santandereano honorario”, visto lo cual decidí no publicar más artículos sobre el tema, no fuera que lectores suspicaces dijeran que yo lo hacía para recibir homenajes. A todo ello se unió que el gobernador oferente fue imputado por esos días con presuntos delitos.



En mis listas el segundo “departamento” es y era “la zona cafetera” y al declararlo así creo no haber pecado de subjetividad. La zona cafetera tiene el indefinible paisaje del Parque Nacional

Natural de los Nevados con sus picos blancos, sus lagunas y sus páramos; el Paisaje Cultural Cafetero de Colombia (PCCC) ha sido declarado “patrimonio mundial de la humanidad” por la Unesco; el valle de Cocora con sus palmas de cera es uno de los rincones naturales más bellos y visitados de Colombia; Filandia figura en la lista mundial de pueblos más bellos; también lo son Salento, Pijao y Salamina; y finalmente el espíritu de los arrieros vibra en el alma, es como un hierro al rojo vivo en las fibras del corazón de los habitantes del Viejo Caldas, del Norte del Valle y del Tolima, impreso allí ese “fierro” por la madre Antioquia. Detrás de las humildes y resistentes mulas, que cargaban tanto los trebejos de la cotidianidad como los bultos de café, de cacao, de plátano y de naranjas marchaban los que fueron nuestros padres, abuelos y bisabuelos, ataviados con sus ponchos, sombreros de paja, pañuelos rabo de gallo, y pantalones de dril, delantal de cuero, bota pantanera y con el machete a la cintura, el carriel de nutria y el bordón. Así me hubiera gustado conocer a mi padre, que de joven fue arriero. Ese olor penetrante del sudor de las mulas se siente con su pedestre e inconfundible “aroma” en los caminos de herradura de la patria.

En mi casa, como en casi todas las familias paisas, se rezaba el rosario al anochecer y enseguida mi padre contaba historias de arrierías, recuerdos de su juventud: tigres en las entonces selvas del Viejo Caldas, encuentros con serpientes venenosas, cruce de ríos correntosos, viajes por trochas intransitables, travesías con noches estrelladas o bajo terribles aguaceros, parrandas en las fondas con muchachas bonitas y músicos aguardienteros, problemas con mulas tercas y correlonas, momentos de callada emoción en tramos hermosos del camino...Estos valientes y sufridos arrieros fundaron pueblos y ciudades y crearon el progreso del país. En las tertulias familiares mi padre encendió mi imaginación y creó al nómada que palpita en mí y que me ha llevado por los confines de Colombia y del mundo, hasta graduarme en sudores y caminos.

Niño yo, pensaba que los únicos arrieros del país eran los antioqueños, que venían de Marinilla, Sonsón, Ríonegro, Titiribí, Andes, Jericó, Abejorral, Támesis, Jardín o La Estrella (como mi padre). Pero no, arrieros hubo y hay en todo el país, porque en todas las montañas hay fincas y caminos de herradura y los entrañables willys de las fincas cafeteras no han podido erradicar de la faz de Colombia la saga de los arrieros.

Arrieros en el Huila que traían desde la selva la corteza de la quina para erradicar las fiebres; arrieros de Nariño que comerciaban con la zona del Pací-

fico; arrieros en Santander que crearon los caminos que recorrería Lengerke; arrieros en Boyacá que intercambiaban con los Llanos Orientales; arrieros que convirtieron a Honda, en el puerto interior más importante del país; a esta Ciudad de los Puentes llegaban las mercaderías y el oro que se embarcaban por el Magdalena rumbo a Europa y puerto al que llegaban los funcionarios y mercancías procedentes de España. De Honda arrancaba y en Honda terminaba el Camino Real que la unía a Santafé, la capital del Virreinato. Ese Camino Real lo transitaban los virreyes cómodamente llevados en andas por los sufridos esclavos o por los arrieros en sus cabalgaduras.

El Camino Real más transitado durante la Colonia fue el Paso o Camino del Quindío que salvaba la Cordillera Central, partía de Santafé, bajaba hacia Honda y seguía por Mariquita e Ibagué; allí se dirigía hacia la Cordillera en el sitio de Toche, que se encuentra casi en las faldas del temido volcán Machín; en esta zona se encuentra el bosque más bello e impresionante de árboles de palma de cera del país, con 900.000 ejemplares; el camino subía hasta la cima de la Cordillera Central, descendía a Salento y cruzaba horizontalmente, en dirección oriente-occidente hasta juntarse con el camino que venía procedente de Medellín y que dirigiéndose al sur pasaba por Cali, Popayán y Pasto, ciudades que ya existían, e iba a terminar en Quito.

Los arrieros que transitaban este durísimo camino cargaban desde campanas, pianos, bancas de iglesias y toda clase de implementos y enseres. Estos arrieros preferían los bueyes a las mulas porque los encontraban más funcionales y resistentes; el camino era estrecho y peligroso en invierno; muchas veces los bueyes se salían del camino y rodaban por los barrancos con todas las cargas. Por este Paso del Quindío transitaron indios, arrieros, científicos como Humboldt que aquí conoció y se maravilló ante la palma de cera, guerreros como los soldados de Bolívar y los contendientes de la Guerra de los Mil Días.

La aparición de las carreteras y los medios modernos de transporte no han reemplazado a los arrieros porque fincas y montañas y caminos de herradura siguen existiendo. Arrieros todavía recorren, por fortuna, los caminos del antiguo Caldas, del norte del Tolima, arriendo sus recuas y llevando riquezas e ilusiones en Fresno, Casablanca, Herveo, Murillo, Santa Isabel, el Líbano y Villahermosa y caminos en el norte del Valle como Sevilla, Caicedonia, Argelia, Toro, Versailles y Alcalá, todos pueblos de colonización antioqueña. Manizales, la urbe por excelencia de la cultura paisa y cafetera se enorgullece

del más bello monumento a los colonizadores; eran todos arrieros. El autor del monumento es Luis Guillermo Vallejo. El grupo escultórico pesa 50 toneladas y fue fundido en cobre donado por los manizaleños con llaves y objetos de este metal. La obra exalta el duro trabajo de arrieros y de bueyes y la alegría de la llegada a Manizales después del recorrido por ásperos ríos y montañas.

No solamente no se extingue el noble oficio de los arrieros, sino que en pleno siglo XXI, orgulloso de su técnica, de su desaforado progreso material y de los impresionantes alardes electrónicos, en varios pueblos de Colombia la juventud hace el relevo de los abuelos. Así ocurre por ejemplo en Santa Isabel, alegre y dinámico municipio del Tolima que se encuentra a la sombra oriental del Nevado Santa Isabel. Allí celebran cada año el 19 de agosto el festival de la arriería al que acuden participantes de lejanos pueblos del Tolima, del Valle y de Caldas. Se premian las habilidades del oficio. En este pueblo vimos arrieros jóvenes, enamorados del oficio. Uno de ellos es Felipe Valencia Acuña, de 14 años, casi un niño. Aprendió el oficio ayudando a su abuelo. Fuimos a su casa y lo vimos aperar las mulas con mucha presteza y propiedad, ataviado con todas las prendas propias del oficio. Vimos cómo levanta tranquilamente bultos de 4 arrobas (50 kilos) y cómo maniobra para que la carga ya montada a un lado de la mula no caiga al suelo mientras coloca la del otro lado. Para nosotros, mi sobrino el odontólogo César Román Hurtado y yo, descendientes de arriero, fue un momento de emoción ver al “pelao” prolongar el oficio de nuestros progenitores.



Felipe Valencia-Acuña, de 14 años, adolescente arriero de Santa Isabel (Tolima), uno de los jóvenes que prolongan el bello oficio de los arrieros. En Santa Isabel se celebra cada año el 19 de agosto el Festival de los Arrieros, en el que los participantes demuestran sus habilidades en el oficio. (Fotografía de Andrés Hurtado-García)

No acabaría nunca de hablar de los arrieros, el tema me engolosina. Terminó con quizás la más bella copla arriera de Colombia. Se encontraron en una fonda caminera llena de arrieros, Gregorio Gutiérrez González y el General Julio Arboleda. No se conocían y ambos sabían que eran repentistas. Gregorio se dirige a Julio y le dispara:

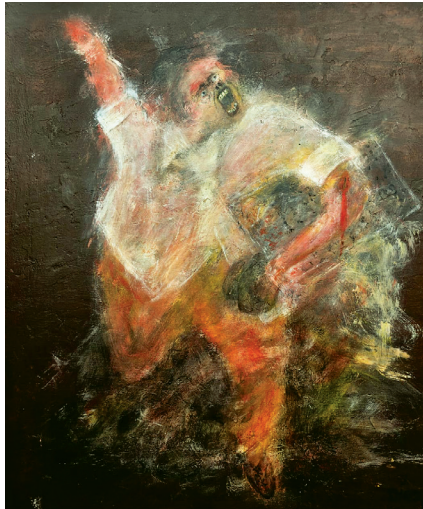
“De dónde vienes,
y a dónde vas,
cómo te llamas
y cómo estás”.

Julio emocionado se levanta y le contesta:

“De Antioquia vengo
y al Cauca voy,
Julio me llamo
y bien estoy”.

Acto seguido se abrazaron emocionados y siguieron tomando aguardiente.

Cuando veo en mis excursiones por las montañas bajar las recuas y tras ellas los arrieros, no puedo disimular unas lágrimas, furtivas o no, que se deslizan calladamente. No tengo, la culpa, mi padre fue arriero.



Antonio Díaz

José-Félix Patiño, un intelectual humanista

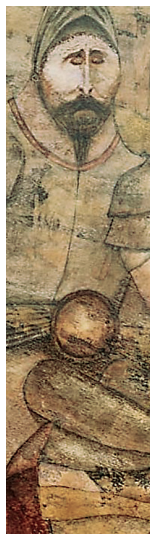
-A propósito de un libro con sus memorias-

Darío Valencia-Restrepo

Ha sido una fortuna para el país que la Fundación Malpensante decidiera editar y publicar en 2021 un libro sobre un ciudadano ejemplar que dejó profunda huella en su paso por diversas instituciones colombianas y del exterior. Se trata de un texto documental titulado *Vida y reflexiones de un cirujano*, resultado de conversaciones entre el médico José Félix Patiño (1927-2020) y la economista y biógrafa Isabel López Giraldo. Sorprende la agilidad y lectura amable que proporciona esta forma dialogada de biografía, pues las apropiadas preguntas propician en el interlocutor comentarios con información precisa y profundos pensamientos que ilustran los aportes y realizaciones de una enriquecedora vida. La formación filosófica, cultural, científica y tecnológica que se despliega en las respuestas interroga al lector por parte de quien se ha ocupado intensamente de la salud, la educación, el bien común y, en general, de acuciantes problemas de la vida del país en la época que le tocó vivir.

Al hablar de sus orígenes, al comienzo del libro de conversaciones que aquí se reseña, el médico Patiño Restrepo formula la siguiente síntesis:

Soy un cirujano que nació en San Cristóbal, Venezuela. He dedicado mi vida a la docencia y al ejercicio de las especia-



lidades quirúrgicas, siempre en un ambiente académico y con un hondo sentido de la responsabilidad social, heredado de mi padre.

José Félix Patiño Restrepo inició sus estudios de medicina en la Universidad Nacional de Colombia y los continuó en la prestigiosa Facultad de Medicina de la Universidad de Yale, donde se formó como cirujano. Culminó sus estudios en 1952 con la tesis titulada “El trasplante de tejido embrionario endocrino”, laureada con el importante Premio Borden. Como uno de sus profesores, Harry Greene, trabaja en el trasplante de células a animales y se preguntaba si ello podría hacerse con seres humanos, Patiño le propuso hacerlo con un paciente que padecía la enfermedad de Addison, una rara deficiencia que afecta las glándulas suprarrenales. Más tarde comentaría: “Ha sido el único paciente con un trasplante exitoso de este tipo reportado en la literatura mundial”.

Y dejó su nombre asociado a una técnica pionera conocida como Glenn-Patiño para el tratamiento de anomalías presentes en el corazón o la arteria pulmonar, la cual está descrita en un artículo publicado en el *Journal of Biology and Medicine*, Vol. 27, No. 3, de diciembre de 1954 con el título “Observaciones preliminares sobre traspaso directo de sangre del sistema venoso cava al sistema arterial pulmonar. Circuito vena azigos-arteria pulmonar”. Más tarde, la *Revista de la Facultad de Medicina* de la Universidad Nacional publicó, en su número 1 del volumen 33 de 1963, el artículo “Anastomosis cava – pulmonar en el tratamiento quirúrgico de la tetralogía de Fallot”, en el cual se informa sobre la aplicación clínica exitosa de la técnica originalmente descrita por Glenn y Patiño. Representa este caso el primer paciente tratado en esta forma en la literatura médica occidental.

Regreso a Colombia

Con frecuencia surge la pregunta sobre las razones que llevaron a don José Félix a regresar a Colombia, si se tiene en cuenta el brillante porvenir que le esperaba en la Universidad de Yale, en donde le ofrecieron quedarse como profesor asistente, primer escalafón de la carrera profesoral, al igual que le propusieron la jefatura del departamento de cirugía de esa universidad. Fue el deseo de envejecer en su casa, con su biblioteca y la cercanía de sus hijas. Su esposa Blanca Osorio ya había fallecido. Pero no cabe duda sobre el deseo de regresar a su país con el ánimo de servirlo en campos tan significativos como la salud pública y la educación.

Importante fue que trabajaría en el Hospital de La Samaritana, una de las mejores instituciones de salud pública de Colombia. También se relacionó de inmediato con la Universidad Nacional y su Facultad de Medicina, en la cual fue nombrado Director de Educación Graduada, en ese entonces influida por el sentido profesionalizador de la universidad francesa, muy distinto a lo que había experimentado en Yale. Sería este modelo el que inspiraría la Reforma Patiño, cuya profunda influencia académica se discutirá más tarde en este artículo.

Se inició así su intensa vinculación a la salud pública en Colombia. A la par con el trabajo en La Samaritana, se incorporó al Hospital San Juan de Dios, considerado por él como la cuna de la medicina en el país. Con posterioridad, la Clínica de Marly sería el centro para su práctica profesional, la cual culminaría brillantemente en la Fundación Santa Fe de Bogotá. En todas estas entidades fue un ejemplo para colegas y estudiantes como trabajador incansable, íntegro e innovador, al punto de que puede afirmarse que “creó escuela” al cambiar significativamente la práctica de la cirugía y orientar el ejercicio de la medicina con claro criterio social.

A lo largo de los años fue director ejecutivo de la Asociación Colombiana de Facultades de Medicina (Ascofame), cuya creación fue un hecho histórico en el desarrollo de la educación médica en América Latina y cuyos avances ejercieron mucha influencia en dichas Facultades; ministro de salud en la administración del presidente Guillermo León Valencia (1962-1966), ejercicio en el cual logró la aprobación de los medicamentos genéricos con el fin de abaratar los altos costos impuestos por la industria farmacéutica, algo que por primera vez se lograba en América Latina; presidente de la Sociedad Internacional de Cirugía; académico honorario de la Academia Nacional de Medicina de Colombia y de la American Surgical Association; y tuvo como pacientes a los presidentes de Colombia Carlos Lleras Restrepo (1966-1970), Belisario Betancur (1982-1986) y Virgilio Barco (1986-1990), con los cuales sostuvo una relación que iba más allá de la atención médica, en especial con el primero de los nombrados, a quien considera “seguramente el máximo estadista de nuestra historia” (en las conversaciones, se refiere con agudas observaciones a todos los presidentes que pudo conocer, con especial discusión de sus respectivas políticas de salud).

En el año 2000, la Editorial Médica Internacional publicó su libro *Lecciones de cirugía*, un excelente texto de referencia y consulta para profesionales y estudiantes que incorpora los avances científicos del momento; su constante

preocupación por la ética médica lo llevó, como lo cuenta en una de sus respuestas, a incluir en este libro un capítulo sobre la ética quirúrgica a la luz de *Ética a Nicómaco*, de Aristóteles. Así definía la que fue su profesión de toda la vida: “Quien trabaja con las manos, es un artesano. Quien lo hace con el corazón, un artista. Y quien trabaja con las manos, el corazón y la cabeza, es un cirujano”.

Comenta Mario Hernández, profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad y uno de los mayores expertos en la historia y evolución de la medicina en el país, en un documento de la institución:

Al profesor Patiño siempre se le recordará por tres aspectos fundamentales: su compromiso ético con el paciente, algo que hoy casi no existe en la realidad médica; su concepción de que el estudiante debe tener una formación humanista y universal, para poder ser un sujeto crítico consigo mismo y con la sociedad donde se desenvuelve; y por siempre señalar que el derecho a la salud es una responsabilidad directa del Estado; por eso fue un duro crítico de la Ley 100 de 1993. La huella del exrector José Félix Patiño también se observa en el establecimiento de una comunidad médica sólida tanto en Colombia como en América Latina, puesto que fue uno de los fundadores de la Asociación Colombiana de Facultades de Medicina y desarrolló el proyecto para conformar la Federación Latinoamericana de Cirugía, desde donde incentivó la formación y el acceso a la información científica, en una época que no existían las avanzadas tecnologías de la información de la actualidad. Cabe destacar que también fue uno de los fundadores de la Facultad de Medicina de la Universidad de los Andes.

En lo referente a la innovación médica, el profesor Patiño es reconocido como el introductor en el país de la técnica de nutrición parenteral (alimentación a través de las venas), usada cuando los pacientes no pueden tomar alimentos por sí mismos; en su momento, esto significó toda una revolución en el cuidado del paciente. Así mismo, se le atribuye la puesta en práctica en Colombia del modelo educativo Flexneriano (ideado por el estadounidense Abraham Flexner), que supuso la modernización de la enseñanza de la medicina, que se centró en el entrenamiento de los estudiantes con casos reales, entre otros aspectos.

Quien puede calificarse como un renacentista de nuestro tiempo, se distinguiría también como conocedor de la música clásica y de la ópera en particular. En el año 2000 la Academia Nacional de Medicina de Colombia editó su libro *MARIA CALLAS. La Divina. Prima donna assoluta. La voz de Oro del Siglo*, del cual se conoce una segunda edición. Su apreciación de diferentes presen-

taciones de la gran soprano y de su discografía, así como el análisis de abundante bibliografía, permitieron al autor escribir lo que señala en el Prólogo del libro otro distinguido melómano, Bernardo Hoyos:

No es tan solo la exploración de los más diversos materiales la que consolida con autoridad un trabajo tan meritorio en castellano, sino la pasión que alienta su tarea, la intensa devoción con que el personaje anima su obra, la presencia del fenómeno musical, dramático y humano que era Maria Callas y que es la razón final del valor y necesidad de su libro.

Las reformas a la salud

Hasta el último momento de su vida, el médico Patiño estuvo preocupado por la situación de la salud pública en Colombia, siempre promoviendo y sustentando los cambios exigidos por una reforma que buscara la atención universal de los ciudadanos, con sentido social, y que estuviera a cargo del Estado. Cuando con ponencia del senador Álvaro Uribe Vélez se aprobó la Ley 100 de 1993 “Por la cual se crea el sistema de seguridad social integral y se dictan otras disposiciones”, se inclinó a aceptarla porque percibió que intentaba extender el servicio de salud a todos los habitantes (cuando solo un pequeño porcentaje gozaba de esa posibilidad).

Pero con posterioridad consideró que dicha ley había llevado al sector salud a una crisis sin precedentes, al observar que, siendo la salud un derecho fundamental, centenares de miles de ciudadanos debían recurrir mediante tutelas a que los jueces ordenaran un servicio al cual tenían pleno derecho; que los hospitales, en particular los de carácter público, columna vertebral de cualquier servicio de salud, enfrentaban carteras impagables; que varios intermediarios que, como aseguradores recibían importantes recursos parafiscales, se veían envueltos en grandes escándalos; que los precios de los medicamentos se encontraban entre los más caros del mundo; y, de lo más grave, que las limitaciones en la citas médicas y los exámenes de laboratorio habían afectado la autonomía médica. En forma contundente afirma en el libro que comentamos:

Pero lo más grave es que la ley 100 convirtió la salud en una mercancía y la atención de la salud en un vil negocio. Esto significa destruir los pilares fundamentales sobre los cuales se creó la atención de la salud, desde los tiempos del padre de la medicina, Hipócrates de Cos. La atención estuvo a cargo de la profesión médica, la cual actuó siempre como una comunidad moral en la sociedad por cuanto tenía un sentido altruista de servicio,

nunca de negocio. La Ley 100 y el Sistema de Seguridad Social en Salud representan una perversión de la moral social. Fueron varias las veces que fui a explicarle al presidente Uribe Vélez lo que estaba ocurriendo, pero con su terquedad bien conocida lo único que hizo fue profundizar el fatídico sistema de salud que hoy tenemos e insistir, como lo expresó a Yamid Amat en una conocida entrevista, en que una vez una empresa haya pagado los impuestos y demás obligaciones, los dineros parafiscales se convierten en privados.

Al referirse al gobierno del presidente Juan Manuel Santos, destaca como un hito histórico la aprobación de la Ley 1751 de 2015, conocida como Ley Estatutaria de Salud (Alejandro Gaviria Uribe era el ministro de salud y protección social). Señala que esta ley tuvo su origen en la Academia Nacional de Medicina durante la presidencia de Fernando Sánchez Torres, exrector de la Universidad Nacional y médico que se ha distinguido por su preocupación acerca de la ética médica en Colombia, manifestada en sus columnas de opinión aparecidas en el periódico El Tiempo. Debemos agregar que la Ley Estatutaria de Salud sigue sin reglamentar.

Patiño Restrepo manifestó sus inquietudes sobre la seguridad social en Colombia hasta los últimos años de su vida. Cuenta la Academia Nacional de Medicina que pocos días antes de su muerte se acercó a la oficina de la revista MEDICINA para dejar un artículo de reflexión (que se ha publicado como Editorial del primer número de 2020) en el que “-con tino y documentación- deja constancia de su tesis de los últimos años, en la que sostiene que el Sistema originado en la ley 100 produjo la ruptura del contrato social de la medicina.”

La reforma universitaria

Hacia 1960, la Universidad Nacional de Colombia estaba organizada con base a Facultades asociadas a las diferentes disciplinas o profesiones. Los profesores pertenecían a dichas Facultades y su tarea principal, podría decirse que única, consistía en dar clase. La investigación era una actividad marginal ejercida en forma casi individual por pocos profesores, en tanto que la extensión universitaria era mínima o inexistente. Quiere ello decir que de las tres funciones misionales de la universidad, docencia, investigación y extensión, predominaba la primera. Se trataba de una tendencia profesionalizante, proveniente de la influencia francesa solo interesada en proporcionar a la sociedad,

en su caso principalmente al Estado, los profesionales que ella consideraba necesarios. Muy distinto a la tradición alemana de una universidad centrada en la investigación y la docencia.

Un documento oficial de la Universidad Nacional titulado “Reforma Patiño 50 años”, de 2015 (ver REFORMA PATIÑO), cuando se cumplían 50 años de la ya llamada Reforma Patiño, señala lo siguiente: en 1961, Rudolph Atcon, emisario de la Alianza para el Progreso, concretó el proceso de modernización de la universidad colombiana con su trabajo “La universidad latinoamericana. Clave para un enfoque conjunto del desarrollo coordinado social, económico y educativo en la América Latina”. En él, Atcon plantea que el éxito del desarrollo depende de integrar el proceso educativo a los planes de desarrollo económico y que el desarrollo de una sociedad está en función directa de su desarrollo educativo. Sostiene, igualmente, que la educación superior constituye la verdadera encrucijada del desarrollo latinoamericano y que la estructura feudal de la universidad latinoamericana debe modificar sustancialmente su organización Académico-administrativa.

Con anterioridad, en 1958, Mario Laserna, fundador de la Universidad de los Andes en 1948, como rector de la Universidad Nacional intentó organizar la institución en “tres grandes bloques académicos”: las Ciencias Biológicas, las Ciencias Físicas y Matemáticas, y las Ciencias sociales y Culturales. El esfuerzo de Laserna fue frustrado por la revuelta estudiantil ocurrida por esos años.

El 25 de marzo de 1965 el Consejo Superior Universitario de la Universidad Nacional de Colombia expidió el Acuerdo 59 “Por el cual se establece la División Académica de la Universidad Nacional y se fijan las funciones y organización general de las Unidades Docentes”, lo cual permitió que las 27 Facultades existentes en Bogotá fueran reagrupadas en 11. Este acuerdo consolidó la reforma propuesta por el profesor y médico, por aquel entonces rector de la institución, José Félix Patiño Restrepo.

Lo esencial desde el punto de vista académico fue la creación del Departamento, unidad destinada a reunir los profesores de una misma área, los cuales continuarían prestando sus servicios docentes a las diferentes carreras, pero ahora mediante la investigación serían responsables del avance del conocimiento de su propia área, al igual que se encargarían de impulsar el desarrollo de la extensión universitaria. Y ocurrió una gran novedad, apoyada por la entidad gubernamental Colciencias: la creación de los indispensable grupos de investigación, pues bien se sabe que esta tiene un carácter colectivo.

Avanzado ya el siglo XXI ha aparecido una nueva concepción de la universidad en Colombia, en algún grado estimulada por la reforma que se ha venido comentando: la institución debe estar centrada en la investigación, pero no a costa de la docencia como a veces se critica, sino al contrario, para enriquecerla.

Efectos de la Reforma Patiño en Medellín

Tal como se indicó en el apartado anterior, la llamada Reforma Patiño de mediados de los años sesenta significó una revitalización y unos cambios históricos para la Universidad Nacional de Colombia en momentos de grandes conflictos y dificultades para la Institución. Conviene referirnos a los efectos de aquella reforma en la entonces llamada seccional Medellín de la Universidad, para lo cual es importante saber cuál era la situación antes del Reforma en dicha seccional. La actividad central y casi única era la educación profesional correspondiente a las diferentes carreras. La mayoría de los profesores se dedicaba prácticamente todo el tiempo a dictar clase, mientras algunos colaboraban en la administración académica. En general, la investigación era vista como una actividad individual y marginal. Y la extensión era casi inexistente. Los profesores se identificaban con las carreras y podríamos decir que no existían los claustros de profesores por áreas del conocimiento.

La seccional existía de nombre. Sus tres Facultades, Minas, Agronomía y Arquitectura, no tenían ninguna comunicación entre sí y para los asuntos importantes dependían de los directivos centrales en Bogotá. Al aparecer los departamentos académicos, los profesores empezaron a identificarse con áreas disciplinarias o profesionales. El departamento tenía que seguir sirviendo a algunas carreras pero el área correspondiente tendría que ir más allá: podría empezar a desarrollar sus propias actividades de investigación y extensión. Aquello significó también una integración de la seccional. Un departamento, por ejemplo el de matemáticas y física creado en la Facultad de Minas, prestaría ahora sus servicios a las carreras de las otras dos Facultades, Agronomía y Arquitectura. Este acercamiento entre las Facultades era fundamental para impulsar el trabajo interdisciplinario.

Surgió asimismo el claustro de profesores por departamento, de gran importancia para tratar los problemas de la respectiva área del conocimiento, así como para propiciar la identidad y el avance de la misma. Aquellos pasos de

integración fueron el comienzo de lo que pocos años más tarde permitiría la creación de la Sede Medellín junto con su propia vicerrectoría. Y el nuevo contexto facilitó la creación, en 1975, de las Facultades de Ciencias y de Ciencias Humanas en dicha sede. Ocurrió entonces una sustancial transformación, pues lo que era en esencia un conjunto de Facultades con tradicional tendencia técnica y tecnológica se convirtió en una entidad más completa desde el punto de vista académico al propiciar el desarrollo de la ciencia básica, las ciencias sociales, las humanidades y el arte.

En efecto, la organización por departamentos de la Reforma Patiño propició la creación de las indicadas dos Facultades sin grandes traumatismos ni ingentes gastos presupuestales, ya que cada una de las tres Facultades tradicionales cedió los departamentos que debían hacer parte de alguna de las dos nuevas Facultades. Por ejemplo, la Facultad de Minas cedió los departamentos de Matemáticas, Física, Química y Recursos Minerales a la Facultad de Ciencias. Por supuesto, muchos profesores resintieron el abandono del lugar que durante muchos años había sido su hogar académico. Vale la pena destacar que se llegó a estos cambios después de una discusión interna de la comunidad universitaria, promovida por quien esto escribe cuando ocupaba la vicerrectoría de la Sede Medellín, y después también de acoger las recomendaciones del consejo académico de la institución.

Una generosa donación a la Universidad Nacional

El exrector José Félix Patiño donó a la Universidad Nacional en 2015 su valiosa biblioteca, compuesta por 11.000 libros y, además, 2.000 discos de música clásica, todo lo cual se encuentra en el cuarto piso de la Biblioteca Central Gabriel García Márquez. Según un comunicado de la propia universidad, entre los libros se encuentran las obras completas de Shakespeare publicadas en Londres en 1624, una edición de 1629 de *La historia natural*, escrita por el romano Cayo Plinio Segundo, y una primera edición de “Los Afectos y Consideraciones”, de san Ignacio de Loyola.

Por otra parte, el Archivo Central e Histórico de la Universidad recibió una documentación que recoge muchos momentos de su vida personal y profesional. En los registros familiares, por ejemplo, hay documentos de su padre, el médico y egresado de la UN Gabriel Patiño Camargo, que son importantes dentro de la historia de la medicina colombiana. También hay bastante infor-

mación de su servicio público como ministro, de su trabajo como investigador y docente, así como de su paso por instituciones de otros países donde fue profesor visitante, tal como señala Gabriel Escalante Guzmán, coordinador del servicio al público del archivo.

Cátedra José Félix Patiño y una última inquietud sobre la universidad

Al cumplirse 50 años de la reforma universitaria instaurada por el doctor José Félix Patiño Restrepo y su equipo de trabajo, la vicerrectoría de investigación de la Universidad Nacional quiso rendir un homenaje al ilustre rector por medio de la creación de la “Cátedra José Félix Patiño Restrepo”. Con ella se pretende no solo realizar el recorrido histórico de lo que ha sido el Modelo en estos 50 años, sino también plantear una perspectiva hacia el futuro con base a dos preguntas fundamentales:

¿Después de los 50 años de la reforma, este modelo sigue vigente, o es necesario plantear cambios? ¿De qué manera el modelo de educación superior en Colombia ha servido para el desarrollo político, industrial, social y académico?

El documento antes mencionado, “Reforma Patiño 50 años”, se ocupa extensamente de los propósitos de la nueva cátedra y de la descripción de sus primeras actividades. Durante la tercera sesión de la cátedra, llevada a cabo el 14 de abril de 2015, quien escribe esta reseña tuvo el privilegio de conversar a distancia, en una teleconferencia entre Bogotá y Medellín, con el profesor José Félix Patiño sobre la situación de la universidad en ese momento.

Un aspecto central lo constituyó lo que puede verse como la última preocupación del distinguido exrector sobre la Universidad. Manifestó que en sus recientes contactos con la institución había observado con gran inquietud la tendencia de algunos activistas estudiantiles a convertir la actividad política como un eje central de su acción, es decir, su deseo de convertir la Universidad en promotora beligerante del cambio social y de la revolución política.

Pude entonces expresar en términos generales lo siguiente, acogido por el Dr. Patiño: la tarea central de la Universidad es formar ciudadanos cultos, dotados de sensibilidad social y capacidad crítica, con excelente preparación en su área específica, pero abiertos al diálogo interdisciplinario. Creer que la Universidad puede ser un actor en la lucha política de los partidos, es expo-

ner la institución a su debilitamiento y poner de presente su ineficacia a este respecto. Corresponde a los egresados, ojalá con la mejor formación posible, desarrollar las acciones políticas y promover los cambios sociales que consideren pertinentes. Tuve también la satisfacción de expresar al exrector que su reforma había facilitado la trascendental transformación de la Sede Medellín, tal como se describió con anterioridad en el presente artículo.

Un espíritu libre y la despedida

Las respuestas que aparecen en el libro *Vida y reflexiones de un cirujano* nos revelan a un personaje de pensamiento libre, carente de dogmas, al igual que ajeno a cenáculos o capillas. Así comenta la médica psiquiátrica Carolina Corcho Mejía, quien tuvo oportunidad de interactuar con el Dr. Patiño: “En varias ocasiones, tuve la honrosa tarea de ser delegada por mis colegas médicos para discutir con él algunos temas de preocupación gremial sobre el sistema de salud en Colombia; debatíamos por largo rato, y él tenía la capacidad de reconocer la razón así no estuviera de su lado, declinar y respaldar con humildad posturas que el previamente no había considerado.” Este carácter independiente otorga gran valor a sus profundas reflexiones y comentarios sobre la medicina, la educación y, en general, sobre graves problemas del país. Ojalá los colombianos nos acerquemos al pensamiento de una de las grandes figuras de años recientes, a quien con propiedad debemos reconocer como destacado intelectual humanista.

El libro termina con las últimas preguntas de la entrevistadora López Giraldo:

- *¿Y cómo ve el final de su vida?*

Aquí tengo que ser muy simple en la respuesta. Creo que con la muerte finaliza todo, así como cuando se funde un bombillo... ya no hay luz.

- *Doctor Patiño, quisiéramos que, para el cierre del libro, exprese algo que sintetice todo lo que hemos hablado.*

Puedo decir como el título del libro póstumo de Pablo Neruda y como canta Frank Sinatra: *Confieso que he vivido, y a mi manera.*

Para terminar, nada mejor que el Aforismo I : I de Hipócrates:

La vida es corta / el arte es largo, / la ocasión fugaz, / la experiencia insegura / el juicio difícil.

El aroma literario de La Acacia

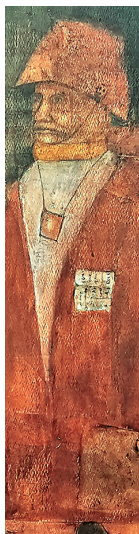
-Aproximaciones a *El aroma de la acacia*, novela de Farid Numa-

Rafael Saavedra-Hernández

Se pretende en este breve artículo dar a conocer unas ideas para acercarse a esta novela del autor colombiano Farid Numa Hernández, presentada en el salón de conferencias de la Logia de los Andes en Bucaramanga el 20 de noviembre del 2024.

Roland Bertrand (*El placer del texto*) nos enseñó que leer debe ser un acto libre, espontáneo; que leyéramos en un espacio cómodo, dejándonos atrapar por los textos, sentir el placer de la lectura. Por otra parte, La teoría de la recepción centra el acto de la lectura, no en el libro en sí, ni en el autor, sino en el lector, en una actitud activa es quien le da significado a los textos. El grado de comprensión variará de una persona a otra. La lectura realizada por alguien será una de muchas que puedan existir. Ahora, si estas lecturas se comparten y se discuten, por ejemplo: en un foro, en una tertulia, o leyendo críticas, comentarios respecto a la novela leída, se obtendrá un enriquecimiento general y todo será ganancia.

Tuve la oportunidad de leer *El aroma de la acacia* hace unas semanas atrás. Para valorarla se requiere de fundamentos literarios, de soportes que permitan tasarla en su integridad, pues calificarla de buena, mala; un me gustó o no fui capaz de terminarla, es un ejercicio pobre. Así que para no caer en el error anterior me apoyaré en Seymour Menton en su artículo “Manual imperfecto



del novelista”. Seymour Menton es un reconocido crítico norteamericano, experto en literatura latinoamericana y en especial en la literatura colombiana.

En este “manual” el crítico establece nueve puntos que se deben tener en cuenta en el proceso de valoración de cualquier novela. A continuación desarrollaré algunos de estos aspectos brevemente, con el propósito, como antes lo señalé, de orientar a quiénes ya leyeron la novela, a los que se acercan a ella, y también para invitar a aquellas personas que tienen dudas de si merece la pena su lectura.

Menton nos plantea que el primer aspecto a tener en cuenta es su “Unidad orgánica” y señala

“Una buena novela podría compararse a un edificio bien estructurado donde cada elemento cumple una función precisa, de acuerdo con un plan general. Para soportar el peso de la estructura y para crear un conjunto bello, no debería faltar ni sobrar ninguna piedra, ningún arbotante, ninguna viga ni ningún *quiebra-luz*” (1)

Idea que es sencilla de entender, pero que en la práctica, los lectores no se preocupan por indagar en la misma, quizás porque lo primero que se desea, es saber el tema general del libro que está leyendo. Satisfecho este punto, rara vez desentrañan su “unidad orgánica” u otros aspectos intrínsecos de la construcción de una novela. En verdad, la unidad orgánica, la apreciamos una vez terminamos la lectura y empezamos a ver como encajan las piezas de la novela; cuando intentamos descubrir cuál fue el plan del autor en la escritura de la misma; cuando ahondamos las relaciones internas de sus elementos.

Vamos a continuación intentar a hacer un ejercicio global de lectura a la novela *El aroma de la acacia*”.

Ante mis manos tengo el libro que contiene la novela. Lo primero que observo es su carátula y su contra carátula, estas dos partes tienen como objetivo llamar la atención del lector e invitarlo a abrir el libro, En la presentación del libro, el profesor Serafín Martínez nos dio la interpretación simbólica de la misma, y considero que pronto será publicada esa ponencia y por lo tanto no la voy a comentar; mientras en la contraportada hay tres párrafos en donde quien los lee puede tener una idea del personaje central de la novela, las temáticas y una valoración positiva de la obra. Se ignora quiénes es /son los autor/-es de estos fragmentos, y podemos entonces asociarlos a que provienen de la Casa Editorial Planeta.

Siguiendo el libro, al abrirlo nos encontramos con la descripción bibliográfica del libro, la página del título de la novela y el nombre del autor, un índice de los capítulos del libro, una dedicación de tres líneas, un epígrafe tomado de Oswaldo Guayasamín, (el célebre pintor ecuatoriano) una página de entrada, titulada “El suplicio”, inmediatamente aparece el primer capítulo de la novela titulado “Iniciación”, a continuación otros 25 capítulos más, todos con su título respectivos, finaliza en el capítulo 27, “Los rescoldos del poder” todo lo anterior constituye la novela en sí, pero el libro contiene además unos glosarios guía.

Examinemos la dedicación

“Al púrpura de las no me olvides,
Al aroma de la acacia,
Y a la espina de la rosa.”

Lo común en las dedicaciones es encontrar el nombre de una persona a quien está dedicado el libro por algún papel que esta persona ejerció en el autor o el desarrollo del libro; sin embargo en esta novela está dedicada a tres elementos de la biología vegetal: Las no me olvides, la acacia y la rosa. El autor privilegia en este sentido al reino vegetal, sobre el reino animal. En cada una de las líneas seleccionadas se observa una palabra que concentra la atención: el adjetivo **púrpura**, y los sustantivos: **aroma** y **espina**, respectivamente: pero no es en sí los sustantivos o el adjetivo que usa el autor, sino los símbolos que representan en los cuales debemos centrarnos. ¿Qué lo pudo motivar a tomar esta decisión? o ¿Por qué lo hará? ¿qué implica este movimiento y como estará representado en la novela?

Si queremos precisar tendríamos que preguntarle directamente al autor al respecto, o podemos hacer ya un ejercicio de lectura, indagándonos sobre su significado bien sea antes (imaginándolo) o después de leer la novela (racionalizándolo): En mi caso, luego de la lectura, asocio el color púrpura con el sufrimiento, el dolor y el suplicio que padece su protagonista. El aroma de la acacia, porque en cada página del libro su esencia está impregnada, y es el título de la novela; por otro lado, la acacia simboliza pureza y renovación. Las flores de la acacia por lo general son de color blanco y su olor recuerda al del naranjo, a miel dulce. En relación a la espina de la rosa, lo asimilo, con el conocimiento, que no llega a este fácilmente, sino que para alcanzarlo se

deben vencer los varios obstáculos que se presentan antes de su adquisición. Mi interpretación es una de las muchas posibles que se puedan elaborar.

El epígrafe

“Mantened prendida una luz,
que siempre voy a volver”
Oswaldo Guayasamín

El autor del libro toma esta frase del famoso pintor ecuatoriano, para con ella envolver todo el contenido de la novela. Ignoro el contexto en el cual el pintor ecuatoriano uso la frase, pero con seguridad en la elaboración del libro si estuvo presente en la mente del autor, y este desea que antes (imaginar) o después de la lectura, (reflexionar) los lectores hagamos el ejercicio de relacionar el pensamiento con la obra, ejercicio suplementario, ejercicio de enriquecimiento. Sin sumergirme en profundidades filosóficas, sino yendo por la superficie, luego de la lectura de la novela, me atrevo a asociarlo con el papel que jugó y juega Jacques de Molay en la Historia. Un personaje de permanente referencia, ya sea en los salones de las logias, o en los juegos que hoy existen, o cuando las gentes lo asocian con las cruzadas, la Edad Media, el Siglo XIII, el reinado de Felipe IV de Francia, etc.

Veamos ahora la hoja inicial titulada: “El suplicio”, y que conlleva el subtítulo: Viernes 13 de octubre, 1307, en la cual se describe un momento de la crucifixión que sufre Jacques de Molay. El único dato referido al tiempo, además de la fecha, es que lleva 18 horas en este tormento, y que el tormento continúa. (Este texto aislado, lo llamaría Nivel A de la narración, págs. 11. 12).

Inmediatamente a “El suplicio”, empieza a desarrollarse en la novela breves partes enumeradas por capítulos, por ejemplo el primer capítulo (Págs. 13-26) “La iniciación” que se inicia con un párrafo en letra itálica, que en sí, es un fragmento del suplicio, y por su lectura sabemos que el crucificado para eludir el dolor, recuerda el día en que él se inicia en la orden de los templarios, que se cuenta en las siguientes 13 páginas, pero en un tipo de letra diferente a la itálica, precisando el día exacto del acontecimiento: “el lunes 19 de 1265”. Sin embargo en el transcurso de la narración se intercalaban algunos párrafos en itálica, los cuales nos remiten a “el suplicio”.

El patrón anterior recorrerá los siguientes 21 capítulos, en donde se narran la ida y vuelta de un grupo de expedicionarios miembros todos de la orden del Temple en busca de saberes ocultos e ignorados por ellos y por el mundo occidental. Salieron del puerto de Marsella, en el Mediterráneo rumbo, primero a Beirut, luego, a Egipto, de allí a Jerusalén, y de esta ciudad a las cumbres del Himalaya, luego, desde las cumbres del Himalaya se cuenta brevemente su regreso a Europa en el verano u otoño del año 1293. O sea el viaje les llevó 27 años. Tarea encomendada a de Molay por parte del gran Maestre, Thomas Bérard. De Molay regresa a Europa siendo el Gran Maestre y emprende una serie de acciones para renovar la Orden del Temple. (Lo anterior sería el Nivel B de la novela).

El capítulo 23: “Un Rey de Mármol”, en el cual se describe quién es este personaje, Felipe IV y su relación con la Orden del Temple. En este capítulo a diferencia de todos precedentes, no se intercala ningún tiempo del suplicio.

El capítulo 24: “Artificio y tormento” nos cuenta el final de la crucifixión, en donde de Molay, está al borde de la muerte, pero es socorrido por su hermano de comunidad, Charnay, por la madre de este y su hermana. Con cuidados sobrevive, pero sigue el suplicio, ahora en cautiverio en una mazmorra por siete años.

El capítulo 25: “Un pontífice en evidencia” cuenta las relaciones entre Felipe IV y el papa Clemente V, en la cual el papa da el visto bueno para que se proceda en contra de la orden de los templarios y la exterminen, empezando por su Gran Maestre. A todos ellos se les acusarán de falsos cargos, el principal de ser herejes y por lo tanto deben ser castigados con la muerte en la hoguera.

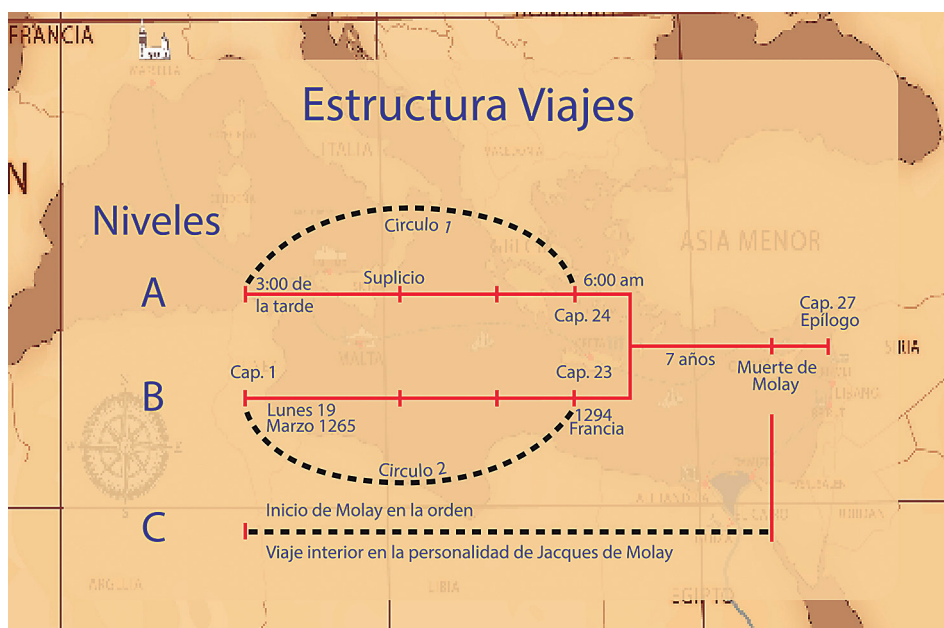
Capítulo 26: “El aroma de la acacia” (título de la novela); Es la ejecución de la sentencia y muerte en la hoguera de De Molay y Charnay, su hermano gemelo.

El capítulo 27: “Los rescoldos del poder” nos cuenta hechos posteriores a la muerte de de Molay. Es un capítulo, tipo epílogo, que permite a lector saber qué sucedió después con los personajes o los hechos no esclarecidos en los capítulos anteriores.

Existe un nivel C de lectura, que no está explícito en la novela, y que se debe inferir: se trata de una línea que principia el capítulo 1. “La iniciación” -de De Molay- y termina, en el capítulo 26, con la muerte en la hoguera del

iniciado. Es decir, cubre toda la vida de este personaje, en donde asistimos a cómo ingresa en la orden de los templarios, su formación, su papel de líder del viaje, hasta llegar a ser al final de la novela el gran Maestro. Esta formación va en un permanente crecimiento espiritual y físico e intelectual dentro de la comunidad. El personaje resiste al final las torturas a que fue sometido, gracias a la educación mental y espiritual asimilada por el “héroe”, y su muerte no es derrota, sino redención para la comunidad, que hasta el día de hoy pervive con otros nombres.

Figura de la estructura



Entremos a analizar otros aspectos para ir deduciendo más aquello de evaluar la novela a partir del artículo de Seymour Menton:

Tema trascendente:

“No es el tema en sí sino la combinación del tema con su modo de elaboración que determina la trascendencia de la obra. Las grandes tragedias de Shakespeare, *Hamlet*, *Macbeth* y *Otelo*, se sitúan en tierras o tiempos lejanos tanto de la Inglaterra del siglo diez y siete como de la América del siglo veinte pero las obras llevan ya tres siglos de destacarse por sus temas tras-

cententes: el estudio de ciertos rasgos de carácter básicos del ser humano ejecutado de una manera magistral. En cambio, una novela detectivesca, por bien ejecutada que resulte, puede despertar un interés relampagueante pero que no deja de ser pasajero”.

Teniendo en cuenta lo anterior y asociando el plano de la estructura antes enumerado, podemos señalar, que el tema general o de lo que trata la novela es la vida de Jacques de Molay, y de hecho es muy importante rescatar este personaje de la historia y que justo, la misma iglesia católica, pidió excusas públicas por el ajusticiamiento de este hombre inocente y gran defensor de la iglesia. Este sería el tema general, sin embargo debajo del mismo subyacen otros temas a la par interesantes. y en ese orden cito: ambición y poder (la lucha que hubo entre el poder monárquico, Felipe IV y el papado, Clemente V./, o el poder externo político de Felipe IV versus el poder interno de Jacques de Molay; el viaje de los templarios en busca del saber, o el viaje interior de Molay en busca del conocimiento; la violencia, la inquisición, las maldiciones, el siglo XIII, serían otros posibles temas a explorar...

Continuando otro aspecto de los señalados por Menton, llegamos a: el argumento, trama o fábula interesante

“lo que sucede en la novela debe provocar el interés del lector y mantenerlo hasta el final”

En otras palabras, la obra en sí debe atrapar al lector y llevarlo a consumir sus páginas; pero cada novela y cada lector imponen el ritmo de lectura. Algunas novelas son tan interesantes que el lector se sumerge en ellas y en pocas horas termina, e incluso existe la expresión, la obra y satisface su deseo de saber lo que esta le quería contar, “se lee de un tirón”. En otras el ritmo es más lento o reposado, exige que el lector vaya lentamente digiriendo la información, desentrañando los sucesos o recopilando la información para llegar al final. También depende de los lectores, lo que interesa a uno, es posible que a otro no. *El aroma de la acacia* reclama un lector pausado, que vaya acumulando datos y sumando sucesos.

“Adecuación de recursos técnicos”

El anterior, es otro de los aspectos señalados en el artículo del profesor Menton; y señala que: “El empleo de cualquier recurso técnico, por novedoso

y bien ejecutado que sea, no constituye automáticamente un acierto. Todo recurso técnico tiene que relacionarse con el plan general *de la novela*”.

Un recurso notable en *El aroma de la acacia* es el uso del tiempo, que puede en un primer momento confundirnos, pero que una vez leída la novela entenderemos su funcionalidad y su acierto. Básicamente el autor maneja dos tiempos, uno como se explicó antes, en los niveles de lectura, es el tiempo que posiblemente transcurre durante el suplicio, (Viernes 13 de octubre, 1307) que puede entenderse de unas 18 horas antes de estar crucificado, y luego otras dieciocho horas hasta el momento de ser descendido, y que se prolongará por otros siete años, de aislamiento y torturas en la mazmorra de la sede del templo.

Un segundo tiempo que se puede medir porque como en el caso anterior es cronológico, que parte del día de la iniciación de Jacques de Molay en la Orden del templo el 19 de marzo de 1265 y que va primero hasta el momento en que se embarca en un viaje al oriente con otros 26 compañeros (15 de febrero de 1267), viaje que finaliza 27 años después, cuando posiblemente en el otoño del año regresan 1293 a Francia, luego en el verano del año 1294, vemos a de Molay “visitando las provincias de Francia Y la cortes de Europa” (Pág. 328) visita la Papa Bonifacio VIII, En la Primavera arribó a París 1295, transcurrirán unos años de crecimiento y prosperidad de la orden, hasta el día 13 de octubre de 1307, en donde se encuentra en la cruz, sufriendo el suplicio hasta su muerte en la hoguera. [18 de marzo de 1314. Dato externo a la novela y que corresponde a su biografía] Es decir la novela cubre 49 años.

La manera como entrelaza el momento del suplico y la vida de De Molay desde su iniciación en la orden de los templarios hasta su muerte en la hoguera, es lo novedoso y acertado en esta novela. Mientras está colgado en la cruz, para eludir el dolor, empieza a recordar los momentos supremos de su estadía en la Orden, son pequeños fragmentos que enlazan con los sucesos del viaje hasta su retorno.

Caracterización acertada de acuerdo con Menton es como sigue:

“La novela colombiana y la novela hispanoamericana en general no han sido justamente apreciadas por los críticos europeos y norteamericanos porque tal vez los criterios principales empleados por estos críticos sean la complejidad psicológica, la verosimilitud y la constancia de caracterización del protagonista y de los otros personajes. En las novelas de los llamados países desarrollados del mundo capitalista, los problemas sociales

están subordinados a los problemas individuales mientras la búsqueda de la identidad nacional no constituye una preocupación porque ya se formuló hace mucho tiempo. En cambio, el novelista hispanoamericano suele considerarse la conciencia de su patria obligado a denunciar abusos, reclamar derechos y formular una nueva conciencia social”.

En el caso de la novela en referencia, *El aroma de la acacia*, tenemos una profusión de personajes, que giran o acompañan al personaje principal Jacques de Molay que sin duda está bien delineado, siendo un personaje redondo, es decir, no es plano, sino que va transformándose en la medida que los hechos se van presentando, de hecho se puede clasificar la novela como novela de personaje, pues cubre su vida. Muy próximo a este, se encuentra Felipe IV, el rey de mármol, (Cap. XXIII). En este capítulo y en los siguientes lo observamos actuando y tramando engaños, ejecutando acciones negativas desde el aspecto moral, con frialdad, al punto que al seguirlo en sus andanzas, corroborarnos el porqué del adjetivo mármol. Los otros numerosos personajes cumplen su papel de complemento o de referencia dentro de la historia.

Por todo lo anterior podemos ir calificando la novela de Numa como Nueva novela histórica de acuerdo con Seymour Menton, al clasificar personajes reales con ficticios y no calcar exactamente los hechos históricos reales, por poner hechos o conocimientos no conocidos para el momento como tales, es decir: procrónismos, como es el concepto psicológico del túnel de la muerte, etc.

Por centrar la novela alrededor de Jacques de Molay, y contar su vida desde que inicio en la orden de los templarios hasta su muerte, es una novela de Personaje y por la misma razón es una novela de aprendizaje (o *Bildungsroman*).

Para finalizar, quedan varios aspectos como el tono constante, vocabulario apropiado; respecto al tono, primero señalemos dos avenidas, una la del dramatismo que se inicia desde la primera página “El suplico” y que se irá intensificando en la medida que nos aproximemos al final; la segunda avenida corresponde a una expectativa por los hallazgos que harán los expedicionarios en sus investigaciones, excavaciones y consultas que hacen.

El vocabulario en la obra es apropiado tanto en las descripciones de las edificaciones, guerras, encuentros o peleas, viajes, lugares geográficos, en las explicaciones científicas. Cabe señalar que el autor es arquitecto de profesión y que para facilitar la lectura, al final de la novela añade primero un vocabulario especializado de los términos usados, y segundo una lista de personajes citados, diferenciando los reales, los que corresponden a la Historia Univer-

sal, y los creados por él, (ficticios), lo cual representa una gran ayuda para el lector.

Seymour Menton, señala que hasta este punto son elementos o aspecto intrínsecos a la novela en sí mismos, pero que hay dos que son extrínsecos que contribuyen a su fama: originalidad y su impacto posterior.

Al respecto, considero que *El aroma de la acacia* en varios aspectos es original, no he visto ni leído de otra novela que aborde el personaje real Jacques de Molay, aunque si aparece en otro tipo de entretenimiento como juegos de video, la investigación llevada por el autor para presentarnos los acontecimientos dentro de la época histórica que sucedieron es vasta y profunda, lo cual le da veracidad a lo narrado; también es original al mostrar en paralelo dos momentos del mismo protagonista que se desarrollan en tiempos diferentes, en hora y en años. También resulta interesante observar que un autor colombiano, trabaje con un éxito un tema histórico de la Francia del 1300 y lo haga con tanta propiedad, Lo anterior me permite augurarle a la novela un impacto auténtico y con los años la novela irá escalando posiciones dentro de la novela colombiana, como hispanoamericana. El sello Planeta de la editorial ya es una garantía.

Con lo expuesto en las páginas anteriores, deseo, como lo expresé al principio, contribuir en el proceso de la lectura de la novela *El aroma de la acacia*, sea que desee leerla o si ya fue leída, en el primer caso el lector sabe de antemano la estructura del libro y los alcances logrados por el autor con la novela, y si ya la leyó le ayudaré a cimentar las ideas que se haya forma de la misma.

Bibliografía

Barthes, Roland, (1973) *El placer del texto*. México: Siglo XXI Editores.

Estébanez Calderón, Demetrio. (2001) *Diccionario de términos literarios*. Madrid: Alianza Editorial S.A.

Numa Farid, (2024) *El aroma de la acacia*, Bogotá: Editorial Planeta. Bronce 424 p.

<https://ciudadseva.com/texto/> Manual imperfecto del novelista. Seymour Menton

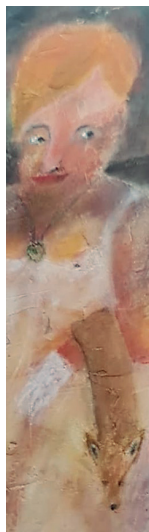
Teoría de la recepción - Wikipedia, la enciclopedia libre

Un rey de mármol

-Cap. XXIII de la novela *El aroma de la acacia-*

Farid Numa-Hernández

Jacques de Molay comprendía que la situación política era confusa; buscó en París a su viejo amigo de juventud, Raymundo Lulio, el franciscano que tenía una visión ecuánime del reino exenta de menudos intereses. Su misión, fortalecer la fe cristiana. Anonadado por la cruenta caída de Acre, había escrito —en diciembre de 1292— *Quomodo Terra Sancta recuperari potest*, en el cual proponía la unificación de las órdenes monásticas y militares: los templarios, los hospitalarios, los teutónicos y los caballeros de las órdenes peninsulares. Así mismo, la creación de una escuela de misioneros versados en lenguas orientales. Un triple abrazo fue el reconfortante saludo entre los viejos amigos, cuyas mentes oscilaban hacia el mismo norte.



Lulio, iluminado por la sonrisa de la miel de sus ojos, le dijo:

—El león rugiente, que cuando naciste anunció tu ineludible destino como Gran Maestre; la férrea disciplina y el estudio denodado, labraron el espíritu de un hombre sabio, digno de dirigir la Orden del Temple.

—Por fortuna, en mi azarosa vida, la diosa Gratia me dio hermanos como vos —dijo De Molay, apretando con cariño el hombro derecho de Lulio—, me urgía hablar contigo sobre el manuscrito donde propones la unificación de las órdenes monástico militares.

—Con la pérdida de Tierra Santa se demostró que la guerra no es el camino, casi doscientos años de lucha se perdieron en tan solo seis semanas. Las victorias militares son pírricas: nunca podrán celebrarse como auténticos triunfos —rezongó Lulio con amargura—. Es hora de cambiar la estrategia para difundir la palabra de Cristo. Con las órdenes unificadas y una dinámica escuela de misioneros, llegaremos al corazón de la gente. No podemos seguir matándonos inútilmente.

—Defendimos esa noble idea. En el cónclave del Temple aprobamos darle mayor énfasis al trabajo espiritual. En estos años se han realizado muy pocas incursiones militares —aclaró De Molay, condescendiente—. Sustener la base militar en Chipre nos compromete como muro de contención del islam. Las pocas expediciones emprendidas nos permiten hacer presencia y disuadir el avance de los sarracenos por el Mediterráneo.

—En la corte celebraron vuestra entrada a Jerusalén —advirtió Lulio, punzante.

—Esa victoria sobre el sultán egipcio Malej Nacer fue una escaramuza que los tomó por sorpresa —se defendió Jacques—. Aprovechamos su desconcierto, las disputas intestinas por el trono y atacamos Alejandría. Igual hicimos con la ciudad costera de Tartús.

—¿El Temple entonces continúa su febril actividad militar? —lo interpeló el franciscano.

—Después de Acre, las demás órdenes se replegaron. Quedamos íngrimos, no podíamos dejar el Mediterráneo en poder de los mamelucos, el Temple es responsable del mundo cristiano. Nos tocó redoblar esfuerzos, pero las cortes de Europa siguen indiferentes —se lamentó De Molay.

—Conocí las atinadas conclusiones del cónclave y ustedes están ahora en el camino correcto —Lulio lo reconfortó con la miel de su mirada.

—El crecimiento de la Orden nos ha fortalecido para ser mejores soldados de Cristo con la espada y más contundentes con la fuerza espiritual, con la sabiduría y la luz del mundo infinito —Enfatizó De Molay—. La nueva orientación del Temple es una labor silenciosa, perseverante y ecuánime, pero los nobles no lo entienden. El papa está desconcertado con el rumbo de la Orden y al rey le interesa es llenar sus arcas.

—En buena hora nos hemos encontrado —la mano en el corazón de Lulio denotó su lealtad—. Felipe perdió la ruta en el manejo del reino. Su prepoten-

cia lo convirtió en una monarquía absolutista, y sus astutos áulicos incrementan cada día los impuestos, dizque para fortalecer las instituciones del Estado. La mayoría del tiempo lo dedica a la cacería y los conflictos con los otros reinos los resuelve con dinero, con acuerdos matrimoniales. Comprometió a Margarita de Francia, su hermana, con el rey Eduardo I de Inglaterra.

—Ahora entiendo los cotilleos, los extraños gestos de las damas y los cortesanos y las manifestaciones desobligantes del rey —De Molay, perplejo, enarcó sus cejas—, es palpable la tirantez del rey con el papa Bonifacio VIII. La soberbia y la pugnacidad personal deterioraron las relaciones entre los dos Estados.

—Lo más aberrante es que están trezados por el vil metal —escupió Lulio, moviendo su cabeza de un lado a otro—, embebidos en disputas económicas, de mezquino poder por los territorios, sin que medie una concepción sobre el Estado y el buen gobierno, exentos de ideología y preceptos espirituales, sobre los dogmas de la fe, y la evangelización pendiente en medio mundo.

—Cuando leí la bula papal *Clericis laicos*, que prohíbe el cobro de impuestos al clero sin el consentimiento papal bajo pena de excomunión, percibí el tufillo de reprimenda para el rey, pero desconocía el origen real de la disputa.

—Esa bula enfureció a Felipe. No permite ser cuestionado, ni siquiera por el papa —musitó Lulio, con ironía—; el Hermoso amenazó y desplegó toda su soberbia, bloqueó y prohibió el comercio con Roma y doblegó a Bonifacio en unas difíciles negociaciones. El papa aceptó que, en caso de necesidad extrema, el rey puede imponer tributos a los prelados de la Iglesia, y como desagravio canonizó al rey Luis IX, abuelo del Hermoso.

—Ese resarcimiento por parte del papa, ¿fue suficiente para sellar la paz? —preguntó De Molay, escéptico.

—No, Felipe es insaciable. Gasta y derrocha a manos llenas, sus arcas no tienen fondo y, cuando pone a alguien en la mira, lo acosa, lo hostiga hasta exprimirlo. Hace un par de semanas ordenó la detención del obispo de Pamiers, Bernard Saisset, acusado de alta traición, deslegitimando la jurisdicción del papa sobre sus prelados, y revistiéndose él de autoridad suprema en el reino de Francia.

—De algo muy grave debieron acusar al obispo Saisset, para ordenar su detención —suspiró De Molay.

—Lo acusaron de difundir la profecía de san Luis, rey de Francia, que afirmaba que la dinastía de los Capetos perdería el trono bajo el reinado de su nieto Felipe IV. La acusación la atosigó el legista de la corte Guillermo de Nogaret en un oficio enviado a Bonifacio, donde además de traidor, acusaban al obispo de hereje, por afirmar que la fornicación no era pecado y que el sacramento de la penitencia era inútil.

—Es inadmisibile que el rey de Francia esté envuelto en disputas de dimes y diretes, mientras el Estado se hace aguas y el islam avanza incontenible sobre el continente —rumió De Molay perplejo—. ¡Es imposible pensar ahora en la unificación de las órdenes militares bajo el mando único de un rey que gobierna para sus apetencias!

—Comprendo vuestra decepción y tu negativa a unificar las órdenes —balbuceó Lulio, con la hiel de la vergüenza—. Es probable que Felipe no se detenga, puede arrasarse con todo, su voracidad es insaciable, va a ir por el dinero de los lombardos, los judíos y de las órdenes que pueda alcanzar.

Felipe IV, admirado por su extraña belleza, de fija mirada, hipnotizaba a sus súbditos, que alelados veían en él la imagen de la realeza, el heredero indiscutible de la dinastía de los Capetos y del trono de Francia. No se inmutaba, ni lo perturbaba ninguna emoción. Cual estatua de mármol, por su pétreo corazón, impávido y frío frente al dolor, lo apodaron el Rey de Mármol. Él lo sabía y explotaba esa fortaleza sometiendo a sus contradictores y disfrutando de su aniquilación definitiva, demostrándole al mundo su infinito poder. Pero en las noches de insomnio, en medio de su soledad, reconocía que el gran rey del poderoso imperio no era un valiente guerrero. Las arcas del reino estaban arruinadas y su habilidad política estribaba en negociar componendas familiares y matrimoniales. Impotente, se mostraba implacable y cruel con sus súbditos, con los campesinos, los artesanos humildes, los comerciantes y los soldados, con el clero y con los nobles venidos a menos. Nunca emprendió conquista alguna, ni ganó una gran batalla. En su afán por el poder, le solicitó al Gran Maestre su ingreso irrefutable a la Orden del Temple, con la certeza de su admisión y ser el futuro príncipe con todo el poder sobre el mundo cristiano, gracias a la unificación de las órdenes. De Molay, advertido, pospuso la embarazosa respuesta, el aroma de la acacia que impregnaba el Temple lo sosegó como el primer día de su iniciación, meditó apaciblemente y decidió salir de París al día siguiente.

Hábilmente, Felipe caldeó el ambiente y fue quemada la bula *Ausculta fili* en las calles de París a finales del invierno de 1302, y en su lugar, circuló una bula espuria. El papa, injuriado, cita a un sínodo para finales del otoño en Roma. Era inaplazable definir la relación entre el poder terrenal y el religioso y juzgar al Hermoso por los abusos y ultrajes contra la Iglesia. El rey, experto en maquinaciones, contrató. Acusó a Bonifacio de herejía, congregó al clero y la nobleza y constituyó los Estados Generales de Francia. Prohibió la asistencia al sínodo del papa y convocó a un Concilio general para juzgar a Bonifacio. Guillermo de Nogaret, jurista e ideólogo de la corte, ululaba en la conciencia de Felipe, levantó las manos y los ojos entornados al cielo, exclamó: «El rey es el ángel de Dios».

Al sínodo de Roma no asisten los preladados franceses. Se promulgó la bula *Unam Sanctam*, donde se reconoce la diferencia entre la esfera política y la espiritual, advirtiendo que ambas pertenecen a la Iglesia y los reyes únicamente pueden actuar y hacer uso de su poder con el permiso y la autorización del papa. Los legistas del rey Pedro de Flote, Enguerrando de Marigny y Guillermo de Nogaret, especialistas en derecho romano, señalan que ello es una clara intromisión de corte feudal por parte de Bonifacio VIII. El reino de Francia no puede admitir injerencias en el manejo del Estado y sus relaciones con Roma son de tipo mercantil y diplomático.

Felipe tenía claro hacia dónde dirigía sus dardos, no dudó en convocar para la primavera una asamblea en el Louvre. Allí avivó el repudio al papa, acusado de herejía, blasfemia, simonía, hechicería y de la muerte de su antecesor, Celestino V. Se pidió la convocatoria a un Concilio ecuménico, donde sería procesado y destituido, se encargó a Guillermo de Nogaret para que lo capturara y lo trasladara a París. Al conocer la noticia, Bonifacio se dirige rápidamente a Anagni, prepara una nueva bula, la *Supra Petri solio*, donde excomulgaba a Felipe, pero ya Nogaret había llegado a Italia; se confabula con Sciarra Colonna, acérrimo enemigo del papa, con algunos nobles y miembros del Colegio Cardenalicio, para asaltar el palacio papal en Anagni. Bonifacio VIII, ataviado con las vestiduras, ornamentos de su rango y atributos de poder, esperó a sus agresores en el trono papal, y en medio de la fría soledad del gran salón, acusó: «He aquí mi cabeza, he aquí mi tiara: moriré, es cierto, pero moriré siendo papa». Nogaret se contuvo impresionado, pero Sciarra, enardecido por el odio hacia el pontífice lo agredió mortalmente: golpeándolo en la cabeza, con una manopla de hierro lo lanzó al piso. El pueblo de Anag-

ni se rebeló y liberó al papa de los agresores, pero el daño ya estaba hecho: Bonifacio VIII era un hombre mayor, al cabo de un mes falleció, demente y afligido por la humillación.

El Rey de Mármol había dado el primer paso en su macabro plan. El cónclave eligió al cardenal Nicolás Bocassini, quien adoptó el nombre de Benedicto XI. Él estuvo en el palacio de Anagni fiel a Bonifacio VIII. Optó por una política conciliadora con el rey de Francia, abolió la excomunión de la bula papal proferida contra el Hermoso, pero se mantuvo firme frente a Nogaret y Sciarra, autores materiales del ultraje que le ocasionó la muerte a su antecesor: los excomulgó, aunque un mes más tarde, absolvió a los cardenales de la familia Colonna, pero la no devolución de sus bienes los enardeció. Se refugió en Perugia, donde sufrió un acoso vehemente aguijoneado perversamente por el rey y tras ocho meses de su pontificado, el hombre de confianza de Felipe IV, Guillermo de Nogaret, infiltró un espía al palacio de Benedicto que envenenó los higos de la cena del pontífice, causándole la muerte fulminante.

El Rey de Mármol permanecía impávido ante el inesperado suceso. Miraba a los cortesanos sin pestañar. Ordenó que al fallecido le rindieran los honores propios de su rango, y a los cardenales franceses que se trasladaran de inmediato a Perugia, al cónclave que elegiría al sucesor de Benedicto XI. Concilio que se prolongó por más de once largos meses. Finalmente, surgió el nombre de Bertrand de Got, un cardenal francés que no pertenecía al Colegio Cardenalicio, ausente del cónclave y ajeno al conflicto entre Bonifacio VIII, los intereses de la corona y el asesinato de Benedicto XI. La ceremonia de coronación se celebró en Lyon, con la presencia de Felipe IV: quería garantizar que el primer acto de Clemente V como pontífice fuera el nombramiento de nueve cardenales franceses de sus afectos. Con el control sobre el papa, el diabólico plan del Capeto cobró toda su intensidad: ya nadie lo podría detener. La voracidad para despojar el dinero y las riquezas a los lombardos, judíos y templarios, estaba en marcha.

El Gran Maestre De Molay no sospechaba de la retorcida celada que el Hermoso urdía con sus áulicos en los salones del palacio. La lisonja y la admiración del rey por el Temple alejaba cualquier sospecha de arremetida contra la Orden más poderosa del mundo, respetada por su rigor, fortaleza económica y renovada orientación conceptual y espiritual.

De Molay recorría las veintiuna provincias donde el Temple tenía sus reales. El Gran Consejo decidió mantener la sede militar en Chipre. No obstante,

en 1302 perdieron la isla de Ruad. La Orden de los Hospitalarios, anclada en Chipre, se trasladó a la isla de Rodas y Chipre quedó bajo la hegemonía de los templarios. La bandera templaria que ondeaba en los navíos infundía respeto a sus adversarios y protección a los bajeles cristianos.

En París, el Hermoso seguía urdiendo su plan, obsesionado por las riquezas, el oro y el poder para su lucro. Consideraba inaceptable que su solicitud de ingreso al Temple, después de largos años aún no tuviera una respuesta afirmativa del Gran Maestre, padrino de su adorada hija Isabel Capeto. El agravio estaba decidido a cobrarlo a un alto precio. Con artificios convenció al papa para que citara a los grandes maestros de los templarios y los hospitalarios a una reunión en la ciudad de Poitiers, el 1º de noviembre de 1306, para tratar la propuesta de la unificación de las dos órdenes, discutida en el Concilio de Lyon en el 1274 y formulada de nuevo por el franciscano Raymundo Lulio en su manuscrito *Quomodo Terra Sancta recuperari potest*, después del desastre de Acre. Allí abogaba por la unificación de templarios, hospitalarios, teutónicos y caballeros de las órdenes peninsulares bajo un mando único y la creación de una escuela para misioneros en lengua árabe, hebreo y farsi. Tras la reciente caída de la isla de Ruad y la captura del último mariscal del Temple, Dalmau de Rocaberti, Lulio preparó el documento *Liber de fine*, dirigido al papa Clemente V. Insistía en la unificación bajo un *Rex bellator*, para fortalecer la presencia del mundo cristiano en el Mediterráneo y la recuperación de los territorios perdidos en Tierra Santa. La reunión fracasó. Foulques de Villaret, gran maestre de los hospitalarios, se excusó, lo urgían en la isla de Rodas; De Molay, despreocupado, navegó a las provincias de Italia y Grecia, quería afianzar sus huestes y abrir un nuevo frente que controlara el mar Egeo desde las islas griegas.

Los periplos en *El Halcón*, la nave del Temple con capacidad de mil quinientos pasajeros, propiciaban la realización de conventos y seminarios con hermanos y neófitos; estudiaban las corrientes iniciáticas, reflexionaban, meditaban y practicaban técnicas no ortodoxas, no muy bien vistas por los cristianos. Este rumor laceraba los oídos del papa, que se sobaba inquieto su cana tonsura.

Mientras tanto, el Hermoso propalaba en la corte con indiferencia el rumor que los templarios ejecutaban prácticas heréticas. Que ya no querían guerrear por la fe de Cristo; dedicados a los negocios y a la usura, como los judíos, se habían convertido en un Estado sin patria, sin Dios y sin Ley. Que el papa era el único que podía controlarlos, pero en realidad ellos tenían más poder

económico y militar que Roma; autónomos en su accionar, mantenían una estrecha y luciferina relación con tradiciones y prácticas cabalísticas, sufíes, monjes budistas, egipcios y apóstatas. Abjuradores de Cristo, habían pervertido la Orden en instrumento de pecado.

El papa Clemente V, con su actuar dubitativo, se movía al macabro vaivén del Rey de Mármol, quien con pasmosa frialdad desplegaba su premeditado plan. La crisis económica de la corona era inminente. Recién acosó a la comunidad judía, les expropió las riquezas y los expulsó del reino arguyendo justificaciones políticas y religiosas. El pueblo conocía la verdad, los franceses eran víctimas del despilfarro del tesoro. El dinero cada vez valía menos y tenía menos oro, la ruina era incontenible y la deuda acrecentada desde la séptima Cruzada. Le insistió a Clemente: «La reunión con los grandes maestros de las órdenes monástico militares, es inaplazable»; Raymundo Lulio se negó esta vez a estar presente, tenía información privilegiada de los siniestros planes del Hermoso.

En los comienzos de la radiante primavera de 1307, *El Halcón* surcaba las azulencas aguas del Mediterráneo, la bandera templaria trinaba, ondulada por Eolo. El bajel fue alcanzado a la altura de las costas de Chipre. Una fragata estafeta traía la correspondencia del papa, aposentado en Francia; invitaba al Gran Maestre de la Orden del Temple, por segunda vez, a una reunión con el rey Felipe IV y con el gran maestre de los hospitalarios, quería poner en marcha la unificación de las dos órdenes. París sería el sitio de reunión, en la celebración del equinoccio de otoño.

Deambulando por el norte del África, De Molay compartía con monjes, sacerdotes, chamanes y sabios de otras corrientes iniciáticas, criptográficos caminos hacia la luz. Resolvía asuntos pendientes de los cuantiosos bienes, inversiones y posesiones del Temple. Pernoctaba en Alejandría plácidamente, visitaba a entrañables amigos, y a la inescrutable Eleonora, piel azucarada, aguileña nariz, ojos de azabache y ondulante cabello como el Nilo, quien rescató en un enfrentamiento en la ciudad costera de Tartús; los beduinos la tenían esclavizada para venderla en el mercado de El Cairo.

Cuando leyó la invitación, pensativo se despojó de la armadura y del yelmo, sorbió un largo trago de agua fresca y un aciago pre-sentimiento cruzó por su mente; al vaivén de la inercia del bajel, le susurró a su hermano y preceptor de Normandía Geoffrey de Charnay.

—Han transcurrido treinta y tres años desde el Concilio Ecuménico de Lyon, ¡toda una vida! Y ahora el rey, por intermedio del papa, insiste en la unión del Temple con los hospitalarios, no veo el fundamento para establecer esa unión. Tenemos concepciones filosóficas e ideológicas diferentes sobre la existencia del Ser Supremo manifestado en cada una de las cosas y en la naturaleza en pleno, la existencia de ellas es la demostración de su presencia y su infinita sabiduría. Los hospitalarios están anclados en la creencia de un Ser Superior, a una fuerza inmanente que creó el mundo de la nada —masculló Jacques, mirando incisivamente la línea azul del horizonte.

—Gran Maestro, no olvidéis nuestro sagrado juramento: servir sin condiciones a la causa de la fe cristiana y proteger a los fieles y peregrinos que se dirijan a Tierra Santa, así lo ordena la Regla de san Bernardo de Claraval —le recordó con ánimo conciliador De Charnay—. La reunión es para garantizar la prevalencia del cristianismo en el Mediterráneo y Europa.

—Está bien, el juramento lo hemos cumplido con creces. Miles de hermanos han dejado su vida en el campo de batalla. La guerra con los sarracenos ha sido despiadada, pero nuestra fe no puede impedir que escudriñemos en la sabiduría de la naturaleza y la luz del mundo infinito.

De Molay se reunió con los hermanos del grupo de estudios esotéricos. Los estrechos lazos de fraternidad, fortalecidos durante los veintisiete años en los tres grandes viajes, lo constituían en su círculo de confianza; el aplicado estudio, análisis y meditación remozaban cada día su visión del universo, la exploración conceptual y la apertura a otras escuelas de pensamiento. Octavio el Prudente manifestó con rencor:

—No me gusta la insistencia del papa, ¿una reunión con el Gran Maestro para revisar un tema ya olvidado, del siglo pasado y después de la catástrofe en Tierra Santa? Pensar que esa puede ser la solución, suena artificioso.

—Recordad que Lulio la volvió a proponer recientemente en su *Rex bellator* —interpeló Mantiglia, pensativo.

—Claro, hermano, pero ese escrito tiene más de quince años, ¡ha corrido mucha agua bajo los puentes! —Capocaccia se sobó sus riñones—. El Hermoso es un gobernante sin escrúpulos, es un traficante. Con la argucia de la modernización del Estado ha sumido en la pobreza hasta a sus propios amigos.

—El Gran Maestro no puede negarse a asistir, el pontífice es quien lo convoca —Ubaldo Amical invocó la Norma.

—Acaso no es cierto que Clemente V está doblegado a la voluntad de Felipe. Lo acolitó sin condiciones en la persecución a los judíos y en la encerrona que le tendieron a los lombardos —escupió Cheville, enterado de los chismes de la corte—, los banqueros lombardos se salvaron por la torpeza y la voracidad del arzobispo Monseñor Marigny. Se apropió de las riquezas de los judíos y lo amenazaron con denunciarlo ante el rey.

—Es cierto lo que dice el hermano Benjamín —apuntó Capocaccia, con ironía—, al caco lo salvó su hermano, Enguerrando Marigny, tesorero de la corte. Tuvo que negociar con los banqueros para evitar la furia letal de Felipe contra su hermano, el cardenal, y que este oscilara de una cuerda al frente de Notre Dame.

—La anómala situación que sufre el mundo cristiano nos obliga a estar presentes en los eventos que pueden modificar el rumbo de la historia —reflexionó Amical, escrutando los ojos de Jacques—. Es vuestro deber, nuestra vida se la debemos al Creador y por Él estamos dispuestos a entregarla sin condiciones.

Jacques, reflexivo, exclamó:

—Cuando en el zodiaco Leo esté en el cenit, marcharé hacia París con los hermanos que deseen. Nunca le hemos temido al Ángel de la Muerte.

Una perturbadora neblina gris envolvió las desoladas calles de París. En el silencio se percibía la caída interminable de las hojas del otoño. Las ráfagas frías flagelaban los rostros. Poco a poco, aparecía el sonido lento y hueco de los cascos de la comitiva del Gran Maestre, que marchaba a la sede del Temple. El seductor aroma de la mimosa aromatizaba el recinto, sosegando los corazones. En tres días celebrarían el equinoccio. Nadie sospechó que sería el postrer otoño de la Orden, cuando el planeta en su órbita celeste, viaja equidistante del sol. De Molay advirtió sobre la incertidumbre que azotaba su trajinado corazón. Recién, el 24 de julio celebró en Chipre sus sesenta y dos años y quince como Gran Maestre. Se sentía un anciano frente a los jóvenes y ágiles caballeros. «Aunque mi cuerpo ha resistido todos los soles del universo, mi espíritu sigue en la búsqueda de la luz. Es hora de pensar en la renovación».

Al despertar en la madrugada del día acordado, Jacques en el silencio de su lecho se desperezó lentamente: escuchó el crujir de sus huesos, le sobrevinieron fuertes náuseas que le menguaron el ánimo, la pesadez se apoderó de

su cuerpo. Geoffrey de Charnay retardó su viaje a Normandía. Quería acompañar a su inseparable hermano, le siseó:

—El ambiente está oscuro, insufrible, cargado de energía negativa. Necesitamos luz para despejarlo.

Ese día, el rey no se presentó, el papa tampoco anunció la novedad de que el maestre de los hospitalarios Villaret nunca arribó a París. Permanecía en su fuerte en la isla de Rodas. De Molay, revisó con el tesorero de la Orden, Eudocio Metre, el estado de las deudas de la corona con el Temple. Calculó que esta se había incrementado doce veces desde el primer empréstito, hacía más de medio siglo.

—Felipe sabe que no tiene cómo responder, pero es muy probable que quiera un nuevo empréstito —dijo Eudocio, rascándose su lustrosa cabeza.

—Eso me preocupa. La Orden no está para sostener el tren de gastos y el derroche del rey —murmuró De Molay, mesándose la barba.

Nadin Cheval, infiltrado en la reunión, afirmó con la voz engolada:

—No tenemos de que preocuparnos, el reino de Francia es el más poderoso sobre la tierra.

Jacques miró a Cheval y detrás del provectoro decrepito, vio al joven petulante de hacía cuarenta años. Ya no había retorno, le dijo:

—Hermano Nadin, es muy tarde, la vida se nos escapa y la parca toca nuestros corazones. Fraternalmente abro mi corazón y mis brazos.

Nadin sorprendido, no pudo contener un par de lágrimas y abrazó tres veces a su hermano, el Gran Maestre De Molay.

Tres días después, de manera inesperada, irrumpió en la sede del Temple Felipe IV, acompañado de Guillermo de Nogaret, del confesor de la corte, el dominico Guillaume de Imbert, del mariscal de los ejércitos de Francia y otros oficiales y sargentos que engrosaban la comitiva. Antes que De Molay le rindiera sus respetos al rey, este se adelantó diciendo:

—He venido con mi séquito a saludar al Gran Maestre, para reconocer la valiosa y valerosa labor de la Orden del Temple, en defensa de la fe cristiana, de su entrega abnegada y su irrestricto apoyo a la corona de Francia.

Esa mañana, los mensajeros del rey habían salido con las cartas selladas y lacradas que únicamente se podrían abrir el jueves 12 de octubre en las horas de la noche. Se ordenaba en ellas la detención de todos los miembros del

Temple. Ante la lisonja del Hermoso, De Molay se apaciguó, creyó estar equivocado de los malos comentarios propalados en la corte. No obstante, para su desengaño, el 1º de octubre recibió un mensaje anónimo escrito con esmerada caligrafía: «El Gran Maestre Foulques del Hospital, había anunciado desde el inicio del verano, que no asistiría a la cita del papa, y el día acordado el rey se reunió con Guillermo Nogaret, Guillaume de Imbert y el papa Celestino V. La conseja fue a puerta cerrada hasta altas horas de la noche». De Molay y su círculo más cercano olfateaban el peligro, sentían pisadas de gigante y en los recovecos del Temple las sombras transitaban en medio de la oscuridad.

El día 5 de octubre se dirigió a palacio y solicitó una entrevista con Felipe IV y para su desconcierto, le fue denegada. Él, amigo personal del rey, padrino de su amada hija Isabel, que apenas diez días atrás le rindió honores públicamente, vio perplejo la barrera de hielo interpuesta. El gris crepúsculo que envolvió el Temple ese día se disipó con el mensaje del Hermoso; se disculpaba del desaire, fruto de la ofuscación que sufría la familia real por la grave enfermedad de la emperatriz Catalina de Courtenay. De Molay aceptó el desagravio y respondió con una esquila de solidaridad, deseándole mejoría y bienestar a la emperatriz del Reino Latino, esposa de Carlos de Valois, hermano menor de Felipe.

El día 12 de octubre, el Gran Maestre asistió al funeral de la emperatriz. El rey lo saludó imperturbable con un leve movimiento de cabeza. Mientras ambos levantaban el féretro de Catalina, Jacques leyó en su mirada el signo de la traición. La puñalada de la incertidumbre le atravesó el corazón. Ya las órdenes de arresto habían llegado a su destino y nadie sabía qué contenían; ¿por qué ese absoluto misterio? Hacía siete días, cuando fue a visitarlo, Felipe no lo recibió. Su rostro de mármol podía fisurarse, sabía que la perfidia a sangre fría es un latigazo en el corazón. Al traicionado, el dolor y la rabia lo asolará, pero al traidor, su conciencia le martillará. Nunca le dejará conciliar el sueño y los fantasmas lo perseguirán aún en el purgatorio con la letanía: «Yo, Felipe IV rey de Francia, ordeno a las tropas leales a Dios y la corona, que al amanecer del viernes 13 del Año del Señor, sean arrestados y despojados de sus armas los miembros de la Orden del Temple, se les someta con grilletes y cadenas y sean doblegados por la fuerza de la espada aquellos que osen levantarse contra la voluntad del rey, sin importar el lugar que se encontraren y todos sus bienes, armas y riquezas les sean confiscadas. Felipe IV. El ángel del Señor»

GREGOR MENDEL:

Too good to be true but it is

Gregor Mendel is universally regarded as the father of genetics, but there is a little wrinkle to his story.

Now Gregor is the father of genetics,
he studied, as all bio students learn,
the basics of congenital theoretics
from pea pods in a friary in Brünn.

In studies that one might have thought obsessive,
he showed the humble pea's inherent traits
were dominant or otherwise recessive,
and so were quite unequal in their weights.

Though randomly assigned in copulations,
these traits appeared (as blushing peas begat)
predictably in later populations;
and that, it seems, would be the end of that.

But here's the rub that later scholars quibbled.
Was it all too perfect to be true?
Were his numbers hurried and just scribbled,
or were his analytics through and through?

Was Gregor just a little bit mendacious
in rounding out his data just too well?

We'll never know, the abbott burned his papers;
the bottom line, however, we can tell...

Despite the academic inquisition,
the general point that modern scholars draw
is not some airy-fairy proposition,
but well-established scientific law.

My hair is straight, my brother's hair is curly,
assorted peas that tussle in the pod.
We've learned about genetic hurly burly
from this scientific man of god.

GREGOR MENDEL:

Demasiado bueno para ser verdad, pero lo es
Versión de Antonio García-Lozada

Gregor Mendel es considerado universalmente el padre de la genética, pero su historia tiene un pequeño matiz extraño.

Ahora Gregor es el padre de la genética,
estudió, como todos los estudiantes que aprenden biología,
los fundamentos de la teoría congénita
de las vainas de guisantes en un convento de Brunn.

En estudios que uno podría haber considerado obsesivos,
enseñó que los rasgos inherentes del humilde guisante

eran dominantes o si no recesivos,
y por eso eran muy desiguales en sus pesos.

Aunque asignados al azar en la copulación,
estos rasgos brotaron (igual como los guisantes ruborizados engendraron)
predeciblemente en poblaciones posteriores;
y ese, al parecer, sería el fin de todo.

Pero he aquí el problema que los estudiosos posteriores discutieron.

¿Fue todo demasiado perfecto para ser verdad?

¿Fueron sus números apresurados y simplemente garabateados,
o fueron sus análisis de principio a fin?

¿Gregor fue un poco mentiroso

al completar su informe demasiado bien?

Nunca lo sabremos, el abad quemó sus papeles;
pero lo fundamental es que podemos decirlo...

A pesar de la inquisición académica,

el punto general que extraen los académicos modernos

no es una proposición fantástica,

sino una ley científica bien establecida.

Mi pelo es liso, el de mi hermano es rizado,

variados guisantes batallan en la vaina.

Hemos aprendido sobre la mutación genética

de este hombre científico de Dios.

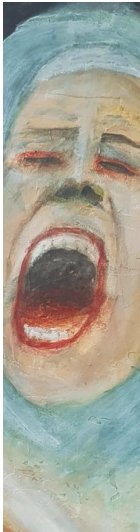
Osadía de pensar un humanoide con capacidad de amor y comprensión

-Homenaje a José-Félix Fuenmayor, en el aniversario 140 de su nacimiento-

Albio Martínez-Simanca

Frankenstein

En el verano boreal de 1816 Mary Shelley y su marido Percy Bysshe Shelley visitaron Villa Diodati, en Suiza, y se hicieron vecinos del escritor Lord Byron. Pasaban sus horas de ocio en el lago que estaba frente a la casa, o paseando por su orillas; pero sobrevino un verano húmedo y hostil que los confinó a la casa donde vivían; el hemisferio norte soportó un largo y frío “invierno volcánico” debido a la erupción del volcán Tambora, en Indonesia, desde el año anterior, con saldo de muertos y condiciones climáticas difíciles. Entonces Lord Byron colocó una tarea para él y las tres personas que le acompañaban en el encierro: que cada uno escribiera una historia sobre sus propios fantasmas. M. Shelley ya tenía en mente su historia sobre Frankenstein y empezó desarrollarla. Como libro fue publicado el 1 de enero de 1818; desde entonces, de enero 1 de 1818, *Frankenstein*, como libro y mito, recorre el mundo. El legado de Mary Shelley (1797-1851), la escritora y dramaturga británica, fue pensar el futuro de la humanidad y para ello recreó las condiciones dándole vida a un monstruo, que aboga por los seres humanos, por eso lo asimiló a Prometeo, el titán que robó el fuego a los dioses para entregárselo a los hombres; sin embargo, son los mismos seres humanos quienes propician el desprecio hacia



el moderno Prometeo. Ambos, humanos y *criatura*, se declararon la guerra mutua, hasta convertirse en enemigos irreconciliables.

Mary Shelley nos coloca frente a un dilema, para que se conozca la dura realidad de los seres humanos enfrentados a la probable “comunidad” de humanoides, liderada por *Frankenstein*, un ser diferente; pero como moderno Prometeo, sigue robando a los dioses el fuego, ahora como conocimiento y reflexión, pues Frankenstein aprendió admirar las virtudes de los seres humanos y a despreciar los vicios de la humanidad. Shelley escribió esta novela de duro contenido, para intentar que la humanidad reflexione, en cuanto tiene que ver con el manejo de las diferencias entre los seres humanos; manifiesta en su libro, el error en que incurren, cuando una parte de nuestra humanidad se deja llevar por la altanería y arrogancia de sus dirigentes; esto sigue vigente en las sociedades modernas.

Al *monstruo terrorífico*, que no tiene nombre en la novela, pero que lo identifican con el apellido de su creador: Victor Frankenstein. Éste fue un destacado médico científico que armó un humanoide de partes, tomadas de seres humanos que tuvieran características especiales; las organizó, las cosió, les dio unidad, y después le insufló vida, por medio de descargas eléctricas; que lo puso a funcionar por sí mismo, como un todo orgánico. De esta manera, el científico quiso comprobar la posibilidad que, a través de la tecnología utilizada en la medicina, se diera nacimiento a seres parecidos a los humanos, basado en que debían ser *bien* nacidos; *Eu* es el prefijo griego que significa bien o bueno. A esto se agrega que debía tener poderes extraordinarios: *Kratos*; de tal manera que al unir los dos vocablos surgiera su nombre adecuado: *Eukratos*, no obstante que, en la novela se le conoce como *el monstruo, la criatura, ser despectivo, demonio*, o cualquier otro adjetivo que esté ligado a identificarlo con un *ser despreciable*. Para efectos de este ensayo y para eliminar el llamado despectivo, se utilizará como *Eukratos, como nombre*, que responde a una nominación mucho más técnica, un sonido más científico y posiblemente más futurista, a través del cual se exploran los límites de la ciencia y la tecnología.

Al sentirse *Eukratos* abandonado a su suerte, el hecho le generaría sentimientos de odio y por eso rechaza a Victor Frankenstein su creador; de paso transmite ese odio, con mucha intensidad hacia los seres humanos y en general contra toda la humanidad. La criatura se carga de odio porque se encuentra solo y con su apariencia física fea y ridícula, su trauma es mayor; los

seres humanos no lo entienden y lo repelen; a su vez el monstruo, se siente desamparado y odiado. Entonces se coloca en el plano de la venganza hacia todo lo que tenga que ver con su creador, a quien considera responsable de su sufrimiento. Lo increpa con ira y le pide que de la misma forma como lo creó, construya para él una pareja; una compañera, ante lo cual Victor accede, pero también analiza que si lo hace, le daría pie para iniciar otra humanidad paralela, de seres que odiarían a los humanos; estas percepciones lo obligan a retrotraerse, hecho que hace que la ira en *Eukratos* se potencialice:

“Tenía sentimientos de cariño, y todo lo que me devolvieron fue odio y desprecio.” (Frankenstein: 224) y termina con dardos lacerantes, que dirige a su creador: “Mi corazón estaba hecho para el amor y la comprensión; y, cuando las desgracias me empujaron hacia la maldad y el odio, no soporté la violencia del cambio: si, un sufrimiento tal que serías incapaz de imaginar.” (Ib.292).

En caso de que se hubiera dado esta raza de humanoides, algunas de las características que contendría la familia de los Frankenstein incluiría: una fuerza y resistencia sobrehumanas, buena adaptación a entornos hostiles, mucha inteligencia y capacidad de autoaprendizaje; no obstante, también existe la posibilidad que esta nueva raza generará desafíos por el poder y nuevos peligros en contra de la raza humana.

Género experimental en la estructura de la obra

Mary Shelley también abordó con esta narración un enriquecimiento del género experimental que, se basó en la forma epistolar para contar la historia, que era un formato que se utilizaba en esa época, pero que hizo mucho más compleja al insertar las voces de sus personajes dentro de otros: “las cartas de Robert Walton narran el relato de Victor, dentro del relato de Victor está el de la criatura y dentro de éste, la historia de la familia De Lacey y la de Safie.” (Epílogo: Damián, G.: 300).

Lo que indica que es un metatexto, con la narración enrevesada de diversas historias casi simultáneas, que conducen al lector por intrincados caminos, difíciles de descifrar, pero se a su vez, presenta un reto para el lector.

En Colombia: Una triste aventura de 14 sabios

En la narrativa colombiana hay puntos comunes con este tipo de metatexto. Cuando dedicamos espacio al estudio a la novela *Una triste aventura de 14 sabios*, (1928), escrita y publicada por José Félix Fuenmayor, (1885-1963), encontramos la misma temática de las humanidades, en un magistral metatexto, en el que se nota el propósito de llamar la atención, con similar estrategia de trabajo para narrar una historia que ilustrara la diferencia de una humanidad frente a otra.

Es cuando aparecen los gigantes *ultramétricos* frente a otra humanidad de seres muy pequeños, *de amibas*, -como les llama Fuenmayor; quien al igual introduce al lector en laberintos complicados de resolver; se inventa de manera ingeniosa como si estuviera en otros mundos; habitados por minúsculos seres, quienes en su afán de comunicarse con seres superiores, se inventan el “telescopio imposible”, construido con solo lentes y siguiendo las leyes de la óptica mecánica.

Los seres *amibas* (llamémoslos así para simplificar), era ya otra especie de humanidad, que es portadora de sabidurías, amplios conocedores de las ciencias, quienes en su condición de sabios, pueden ofrecer alternativas de salvación de la especie; pero están en una condición disminuida, sin poderes frente a los otros, que ya son otra humanidad convertida en seres arrogantes, con la que no se podía ni siquiera comunicarse, mucho menos competir.

La obra de Fuenmayor

José Félix Fuenmayor es un autor colombiano, que nació en Barranquilla, el 7 de abril de 1885 y falleció en esa misma ciudad el 30 de agosto de 1965; se cumplen este año 2025, 140 años de su natalicio. Su vida aparentemente se sucedió sin altibajos, pero la realidad es otra; por sus novelas, escritos y poemas, deducimos que fue un escritor en total desgarramiento, con muchas dificultades, pero que se consagró al estudio y dentro de sus lecturas preferidas estaban los libros de los viajes fantásticos de Julio Verne y ahora descubrimos que también leyó en inglés a Mary Shelley, escritora de la que quedó gratamente impresionado. Él, al igual que los mencionados autores extranjeros, también mostraba su preocupación y angustias por el futuro de la humanidad y vertió esta intranquilidad en los libros que más adelante sorprenden cuando

establece límites entre lo fantástico y lo real. ¿Qué quería significar Fuenmayor con seres diminutos, o seres *amibas*, frente a gigantes o seres ultramétricos? ¿Por qué Shelley introduce un monstruo feo y deforme de estatura de dos metros en su narración? En cualquiera de los dos casos se carece de estética en los personajes, pero sí en su narrativa.

La respuesta a este interrogante no se hace esperar: En ambos casos, los escritores echaron mano a la hipérbole literaria que como figura retórica, buscaba exagerar o disminuir la realidad de forma desproporcionada, para generar sorpresa y dramatismo en sus lectores.

La ciudad natal de José Félix incluida en la novela

Existe un tema que perseguía a Fuenmayor en su obra: siempre estaba atento para incluir su natal Barranquilla; lo tenía presente de manera obsesiva. Incluso sus amigos y los medios donde trabajaba se convirtieron en elementos identificatorios de su accionar; siempre quería que aparecieran en sus narraciones, para cimentar la adhesión a sus medios, a sus querencias. En *Una triste aventura de 14 sabios* no oculta este interés y lo plantea sin rodeos: un caballero gordo que lee el periódico *La Nación*, un caballero endeble que lee *El Liberal*, periódico que fue de sus gustos, pues fue su director; un caballero robusto que lee *La Prensa*, diario Conservador que en su época lo dirigió Pedro Pastor Consuega de corte Conservador Histórico, y así, de esta manera va describiendo distintos personajes que finalmente se identifican con él en la franca competencia de comunicadores de su época. Circulan en su lista otros caballeros fácilmente identificables: un flaco, un industrial, un proletario, un acaudalado, quienes en el trasfondo de la narración son representantes de posibles gremios dentro de la humanidad social de la Barranquilla de la primera mitad del siglo XIX.

Cien años después, José Félix encuentra su homónimo en Frankenstein

Uno de los protagonistas de la novela Frankenstein es un joven granjero homónimo de José Félix, se trata de Félix, quien enseña a leer y escribir en inglés, a una mujer árabe de nombre Safie; cuando hace esto, Frankenstein el personaje-monstruo aguzaba el oído y también aprende, pues él estaba oculto

en un cobertizo adyacente, pero a través de una abertura pequeña veía y escuchaba los sonidos pronunciados; así fue aprendiendo a leer y cuando se aventuró a escribir también tuvo posibilidades de desarrollar su intelecto; dicho en otras palabras el monstruo también se fue apropiando del conocimiento; de esta manera el granjero tuvo la suerte de enseñar indirectamente a la criatura.

Frankenstein dolido por la suerte de los indígenas americanos

El monstruo aprendió a conocer de labios de Felix distintos episodios de la historia de la humanidad, entre ellos que el continente América había sido descubierta por europeos “Supe del descubrimiento del hemisferio americano, y lloré con Safie por el desventurado destino de sus habitantes indígenas.” (Ibid. 161) “Estas maravillosas narraciones me inspiraron extraños sentimientos. ¿De verdad era el ser humano tan poderoso, tan virtuoso, tan magnánimo y, sin embargo, tan vicioso y ruin al mismo tiempo? En ocasiones se mostraba como un retoño de la maldad, y otras como poseedor de lo que es noble y divino.(Ibid).

El monstruo convenció al Dr. Frankenstein que creara una mujer que le sirviera de compañía, pero se vendría a vivir con ella al continente americano, más específicamente a la selva amazónica, “porque estaba deshabitada”, tal era la creencia de la época.

El cerebro de Frankenstein tiene capacidad autoformativa

El doctor Victor Frankenstein escogió el cerebro para el monstruo, con condiciones especiales, que tuviera plasticidad; por ello estaba dotado de fineza en la observación; accedió al conocimiento de manera autónoma y autoformativa, reorganizó y adaptó sus conexiones neuronales para aprender nuevas habilidades. Tenía capacidad de observación, lo que le permitió absorber información y habilidades sin necesidad de instrucción explícita, aprende a leer, hablar y escribir con solo escuchar a Félix enseñándole a Safie, la mujer árabe. Se adaptaba a condiciones físicas especiales, y a cualquier terreno, pero se sentía más cómodo en la gelidez de los polos y la obscuridad de la noche.

Frankenstein sabe de la existencia de los libros

Querida criatura: ¿Recuerdas cuando, a escondidas, escuchaste a Felix leer Las ruinas de los imperios? Gracias a ello supiste “del descubrimiento del hemisferio americano”. Conociste, por medio de los libros, “las vastas selvas de Sudamérica”, donde “las bestias (serían) la única compañía, para ti y tu nueva especie. Pero esas regiones, querida criatura, siempre han estado habitadas por seres humanos. Yo te escribo desde este mismo continente, Me conmovió que Safie, la mujer árabe que escapó al maltrato y que fue acogida por los De Lacey, y tu lloraran “por el desventurado destinos de los habitantes de sus habitantes originarios” derivado de la Conquista, pues es un dolor que ella y tu comparten con quienes han sufrido la falta de reconocimiento de su valor y humanidad. (Tercera carta de Gabriela Damián. Epílogo, p.306).

Bibliografía

Fuenmayor, J.F.(2023). José Félix Fuenmayor. Narrativa. Bogotá, Penguin Random House.

Martínez S. A. (2011). José Félix Fuenmayor, entre la tradición y la vanguardia. Observatorio del Caribe Colombiano.

Shelley, M. (2003). Frankenstein o el moderno Prometeo. Traducción Gabriela Damián Miravete. México, España.



Antonio Díaz

El olvido de la cotidianidad: artesanía, arte y territorio

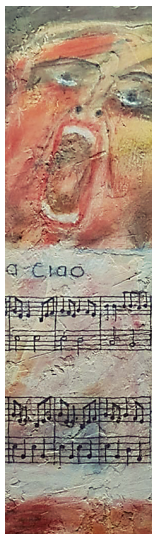
Adolfo-León Grisales V.

Introducción¹

Hemos privilegiado una concepción histórica, lineal y evolutiva del arte, por encima de una concepción territorial y cultural, no tenemos una geografía del arte y, curiosamen-

1 Introducción y conclusiones del libro: A.L. Grisales, “El olvido de la cotidianidad: artesanía, arte y territorio;” Ed. Universidad de Caldas, Manizales 2017, que recoge el trabajo de una investigación concluida hace ya unos cinco años. Entre tanto, y como me imagino que les puede suceder a muchos, la misma investigación me ha abierto caminos, me ha mostrado pensadores y temas que en su momento no conocía y que ahora considero muy enriquecedores. Quiero hacer mención sobre todo de tres temas y autores que no tuve en cuenta en la investigación, cuyos trabajos felizmente encontré meses después de haber concluido y que me parece que complementarían de manera perfecta todo este recorrido.

Me refiero, primero, a los estudios decoloniales y las epistemologías del sur, y autores como Boaventura de Sousa Santos, Walter Dignolo y Arturo Escobar. Desde su perspectiva, y me parece que de modo muy convincente, el concepto mismo de artesanía habría que ponerlo en cuestión, en tanto que sería también una imposición de la estética hegemónica; como una débil defensa para mantener el término artesanía en este libro estaría el hecho de que, en todo caso, en el diálogo que desde el sur mantenemos con el norte, es importante tener claro cómo somos reconocidos y nombrados. En efecto el término artesanía tiene un significado negativo, es la manera descalificadora desde el norte en relación con las prácticas y producción estética del sur, y recogerlo y mantenerlo ahora en este trabajo es asumirse desde ese lugar discursivo para propiciar el diálogo, solo eso; y por lo mismo hay que entenderlo como complemento a una necesaria mirada más radical, construida efectivamente desde el sur, en sus propios términos. En segundo lugar, en relación con la estética cotidiana, me encontré tarde con la mexicana Katya Mandoki y su propuesta de una Prosaica que, en líneas generales, encuentro con entusiasmo muy cercana a mi propósito en esta investigación, en tanto que se propone desmontar una serie de prejuicios en los que se funda la sobrevaloración del arte. Y por último, en relación con una de las tesis de fondo que me propongo mostrar en este libro, también fue para mi gratamente sorprendente encontrarme, tiempo después de concluir este trabajo, con el libro *La invención del arte*, de Larry Shiner.



te, es muy precario lo que se tiene sobre antropología del arte. Es cierto que en los libros de historia del arte se habla de una historia del arte colombiano, o del arte oriental, o del arte africano, etc. Pero esa referencia territorial no responde sino a una manera secundaria de ordenar y de contar la historia. La mención territorial suele corresponder propiamente a la prehistoria del arte, luego se comienza a decir arte medieval, arte gótico, Renacimiento, Barroco, Rococó, Clasicismo, Modernidad y Posmodernidad, todas ellas categorías temporales.

Danto afirma que hablar de la muerte del arte, o del fin del arte, es hablar del fin de la historia del arte como metarrelato justificador de lo que cuenta como arte: el arte viene siendo lo que ha sido legitimado por la historia del arte, que comienza a ser contada por Vasari, en su conocido obra *Vidas*, que Hegel eleva a criterio filosófico superior para pensar y definir el arte, y que, según Danto, vendría a concluir más o menos con Andy Warhol. El mismo Danto afirma que no todo puede ser arte en cualquier momento de la historia, la caja de esponjillas de Warhol no podría haber sido admitida como arte en el siglo XVII; sin embargo no existe algo análogo pero en perspectiva territorial, así como una obra puede ser anacrónica, debería poder hablarse de *anatópica*, no todo puede ser arte en cualquier parte. Occidente se ha autocomprendido desde la temporalidad, desde la historia: clasifica (y descalifica) a los otros desde categorías temporales, como modernos, premodernos, prehistóricos, medievales o posmodernos. Y pareciera entonces que los pueblos civilizados tienen historia y los demás en cambio territorio.

El concepto mismo de autonomía del arte implica, entre otras cosas, que la obra se yergue plenamente como lo que es con independencia del contexto, del espacio que ocupa, y en la misma medida en la que sea capaz de tal ruptura. A esta desconexión territorial de la obra se refiere Gadamer cuando destaca la conexión esencial entre la obra y su mundo. También Heidegger, que piensa el origen y esencia de la obra de arte en función de las categorías tierra y mundo y en *Arte y Espacio*, a propósito de la obra del escultor Chillida, *El peine de los vientos*, dirá que el arte espacia, hace espacio. Vattimo por su parte defiende la esencia decorativa del arte, que la obra, igual que el ornamento, no es algo en sí mismo sino siempre y en función del contexto en el que se inscribe.

Occidente ha construido un concepto de arte y una manera de entender lo sensible que niega su pertenencia a un territorio, que da por supuesto que cualquiera debería entenderlos y que termina por hacer de lo sensible algo tan abstracto como la Razón Universal, en tanto que no capta la manera como la

temporalidad humanidad es un tejido de su esencia territorial. Los europeos hablan de arte oriental o de arte precolombino, o en general de artesanías, para referirse a esas producciones plásticas de pueblos no occidentales, con alguna dimensión estética y una cierta carga de identidad cultura, y esa es su manera de traducir a sus propios conceptos y referentes cierto tipo de producción de los orientales o de los pueblos precolombinos, pero qué pasa si se invierten las cargas: ¿a cuáles conceptos habría que traducir cierto tipo de producción de los pueblos europeos? ¿cómo llamarían los indígenas suramericanos lo que hacen los europeos y que allá han decidido llamar arte?

El punto es que la estética filosófica por mucho tiempo se ha restringido a una reflexión en relación con el arte y ha marginado, y menospreciado, de ese modo otros tipos de producción estética y sensible que son cruciales en la existencia humana. La sobrevaloración del arte como la producción estética más elevada espiritualmente, ha estado soportada en un trabajo paralelo de desvaloración de la vida cotidiana, del saber práctico, del trabajo humano e incluso del placer. Y esto, adicionalmente, se ha expresado en términos políticos y antropológicos en la idea de una cierta superioridad de unos pueblos sobre otros, de unos que son propiamente capaces de hacer arte y de otros que parecieran no haber ascendido en la escala evolutiva de la civilización y solo son capaces de hacer piezas artesanales.

El punto de partida de esta investigación lo inicié con otro trabajo en el que me ocupé de la manera como buena parte de la filosofía habría valorado negativamente el trabajo artesanal; al punto de que pudiera decirse que la altísima valoración del arte se habría construido sobre el descrédito de lo artesanal, que nos habría llevado a suponer que la artesanía en general no es otra cosa que el límite negativo del arte: es bien frecuente que una de las maneras en las que se descalifica el trabajo de algún artista sea llamándolo artesanal, meramente virtuoso, simple oficio, algo apenas bello pero vacío de idea, etc. Esto ha conducido a que la filosofía haya descuidado la reflexión acerca de otras dimensiones estéticas que son decisivas para la existencia humana, que se manifiestan por ejemplo en los objetos del diseño industrial, o en los objetos artesanales. Y es tan potente el punto de vista del arte, que pareciera que la reflexión filosófica sobre diseño y sobre artesanía, tuviera que plantearse en términos de si son o no arte: mucho se ha discutido en el campo teórico del diseño acerca de la tensa relación con el arte, son muchos los que dicen con firmeza que el diseño no tiene nada que ver con el arte, y otros muchos insisten en recordar que el diseño nace justamente de un impulso de las vanguardias a inicios del siglo XX; tam-

bién son muchos los que desde la sociología y la antropología reivindican que también la artesanía es arte, que las manifestaciones de la estética popular tienen pleno derecho de ser reconocidas como arte, y algunos otros simplemente liquidan el concepto de arte, lo denuncian como una imposición eurocéntrica.

En fin, lo cierto es que con mucha frecuencia la artesanía ha sido entendida simplemente en términos negativos y como lo otro del arte. Y esto ha ocurrido incluso en el caso de algunos de los filósofos del arte más destacados del siglo XX y críticos precisamente de la estética clásica. En otro libro intenté demostrar que aun en un filósofo como Heidegger, se puede encontrar ese prejuicio en contra de la artesanía, esa sobrevaloración del arte; también en otro filósofo del arte tan destacado como Collingwood que, en sus *Principios del Arte*, se propone cuestionar lo que denomina la teoría artesanal o técnica del arte.

La pregunta y el propósito que me guía en este libro es si no será posible entender la artesanía de manera positiva, en sus propios términos y no desde una comparación con el arte. Y anticipo lo que ya se sugiere desde el título: pensar la artesanía desde sus propios referentes está directamente relacionado con entenderla en función de la vida cotidiana y de la territorialización de las acciones humanas; con pasar de una estética históricamente determinada a una estética situada territorialmente.

Ahora bien, al lado de los enfoques que valoran negativamente la artesanía dada su condición ornamental o utilitaria -que nos bloquean toda posibilidad de comprenderla adecuadamente en tanto que la subordinan a los criterios propios del arte o de la técnica moderna-, encontramos otros que la entienden positivamente, y no destacan tanto el hecho de que no sea arte o de que sea sólo una manera premoderna e irracional de producción de objetos, sino que más bien resaltan su valor como objeto simbólico y cultural; esto es, como algo que, dicho con una expresión de Hans Blumenberg, debe ser entendido en relación con las maneras como los seres humanos vamos construyendo la significatividad del mundo. Para esta perspectiva lo más definitivo es lo que se podría denominar en términos muy generales el fundamento antropológico² de la artesanía, y a éste se supeditan los criterios estéticos y técnicos.

2 Los conceptos de antropología y de cultura deben ser entendidos aquí en un sentido muy amplio, que incluye tanto el enfoque más propio de la filosofía como el que corresponde a las ciencias sociales. Es claro, como veremos, que de todos modos hay una diferencia entre la manera como, por ejemplo, Gadamer aborda el tema de la cultura y de los fundamentos antropológicos del arte, y la manera como lo hace la antropología; pero ahora nos interesa subrayar la coincidencia en la forma positiva de entender la artesanía que tienen ambos enfoques.

En medio del olvido en el que por lo general se ha tenido al tema de la artesanía por parte de la filosofía, se destaca la atención que en cambio ha recibido por el lado de las ciencias sociales, donde con frecuencia el interés por ella ha desplazado la cuestión del arte. En el caso de la antropología esto sólo podía suceder sobre la base de una crítica del modo como Occidente se ha comprendido a sí mismo en tanto que modelo de civilización y ha supuesto, por lo mismo, la inferioridad de las otras culturas. Y del lado de la sociología, sobre la base del develamiento de las estructuras de poder que sustentan la posición privilegiada del arte y que hacen dudable la explicación de una posible diferencia ontológica con respecto a otras producciones humanas. Se trata pues, y al margen de cuestiones epistemológicas de las que podemos prescindir por ahora, de una profunda oposición a la manera como casi siempre ha asumido la filosofía el tema del arte: mientras para la filosofía se ha dado por supuesta la primacía del arte y se ha tratado de construir un discurso que la justifique y valide, para las ciencias sociales se ha tratado, en cambio, de mostrar que tal primacía es injustificada y que sólo se soporta en prejuicios etnocéntricos o en mecanismos de legitimación y consolidación del poder.

Todo esto representa una enorme ventaja para el interés que orienta esta investigación, dado que lo que propongo es también cuestionar la primacía del punto de vista del arte, por cuanto constituye uno de los bloqueos más fuertes para poder comprender adecuadamente la artesanía. Pero esto fija a la vez una tarea: hay que encontrar la manera de alcanzar un rendimiento filosófico para los argumentos que esgrimen las ciencias sociales; lo que significa, en términos metodológicos, esclarecer cuál es la idea que se tiene de la naturaleza de la artesanía que sirve de soporte al enfoque eminentemente empírico propio de las ciencias positivas. Esto no debe entenderse en el sentido de que estemos partiendo de una oposición abrupta entre filosofía y ciencias sociales, o de que se requiera de algo así como una traducción de las propuestas de las ciencias sociales al lenguaje de la filosofía; es algo más modesto, es el intento por establecer un diálogo y por tratar de comprender las ideas de las ciencias sociales a la luz del interés filosófico que nos orienta. Por poner sólo un ejemplo, que luego habrá que ampliar, si se mira la teoría de Pierre Bourdieu sobre el juicio de gusto como un criterio básico de distinción social, encontramos allí un problema filosófico de fondo: más allá de la abultada documentación empírica del asunto que nos trae Bourdieu, queda la pregunta de si al disolverse toda posible diferencia ontológica entre arte y artesanía no se liquida a la vez la pregunta por el sentido de toda producción humana y con ello se nos blo-

quea, por ejemplo, la posibilidad de comprender la diferencia entre el trabajo alienado del obrero y el trabajo, digamos por ahora, liberador del artesano. En otros términos: una cosa es que la distinción entre arte y artesanía funcione en la modernidad como criterio para delimitar las jerarquías sociales de poder, como piensa Bourdieu, y otra muy distinta concluir de esto que tal función pueda agotar la definición tanto del arte como de la artesanía. Aun después de haber demostrado tal funcionamiento empírico sigue quedando la pregunta en torno a cuál podrá ser entonces la naturaleza propia del arte y de la artesanía que hace posible tal apropiación; naturaleza que, por supuesto, no designa ninguna entidad metafísica inmutable, sino que se refiere, por un lado, a la perspectiva histórica y, por otro, a la manera como arte y artesanía se articulan en la tarea de construcción de mundo. En tal sentido, poner las ideas de Bourdieu en una perspectiva filosófica quiere decir ponerlas en diálogo con las preguntas más generales de la filosofía, poniendo entre paréntesis la objeción de principio con la que las ciencias sociales suelen cancelar dicho diálogo al descalificar simplemente como metafísicas las preguntas de la filosofía. De modo que antes que una reducción de las tesis de la sociología al horizonte de la filosofía se trata de lograr complementar ambas miradas.

La artesanía es un tema ineludible y esencialmente interdisciplinar. Una conclusión a la que tendremos que llegar es, entre otras, que por muy general que sea la perspectiva de la filosofía, se nos escapa algo fundamental con respecto a la artesanía si no tenemos en cuenta las implicaciones políticas, sociales y culturales más concretas. Bourdieu no sólo nos estaría diciendo que la filosofía del arte se ha equivocado al querer sustentar ontológicamente la superioridad del arte; si limamos o suspendemos por un momento la radicalidad de su enfrentamiento con la filosofía, es legítimo interpretar que también nos está diciendo que las dimensiones social y política son tan esencialmente constitutivas de los fenómenos del arte y de la artesanía como su fundamento ontológico.

Para no abordar en abstracto el estudio de las ideas que se han formulado desde las ciencias sociales en torno a la artesanía habremos de revisarlas en concreto a partir de algunas de las propuestas más representativas en los campos de la antropología y la sociología³. Debe quedar claro, en todo caso, que el interés no es hacer un estudio detallado de las ideas de cada uno de ellos, sino sólo tomarlos como punto de referencia para establecer cuáles son las líneas por donde ha transcurrido el debate sobre la artesanía en estos ámbitos. Pero además hay otro interés decisivo: indagar cómo operan también en este cam-

po algunos prejuicios que hacen que la bienintencionada reivindicación de la artesanía fracase o termine por no poder ofrecernos una manera adecuada de comprenderla. Lo que nos proponemos mostrar entonces es que, aunque se nos abren caminos que estaban cerrados desde la filosofía, sigue habiendo una insuficiencia de fondo: más que una disolución radical del vínculo entre arte y artesanía, lo que casi siempre encontramos es una relativización de su diferencia y de su jerarquía, esto hace que, con frecuencia, las reivindicaciones que se hacen de la artesanía tengan, algunas, un cierto dejo romántico, como si se tratara de la recuperación del paraíso, o, en otras, un aire a resentimiento, a reivindicación gremial por parte de los marginados. Y esto no hace más que opacar el momento de verdad que encierra tal reivindicación.

Pero una manera positiva de ver la artesanía no es, sin embargo, exclusiva de las ciencias sociales, también es posible encontrarla en algunos de los filósofos más importantes que se han ocupado del arte en nuestros días; como por ejemplo, entre otros, John Dewey, Gadamer, Danto, Schaeffer, Ananda Coomaraswamy, Noël Carroll, Richard Shusterman y Carolyn Korsmeyer. Pero, tanto por razones prácticas, como por el impacto que han tenido sus planteamientos en el campo de la filosofía del arte y por la amplitud de sus propuestas, conviene enfocar nuestro estudio a dos de ellos en particular: Gadamer y Danto. En cuanto a los otros filósofos mencionados la limitación consiste en que se han dedicado a aspectos muy puntuales, y la crítica que pudieran hacer de la tradición filosófica está muy subordinada a tal interés, tal vez con la excepción de John Dewey. En el caso de Ananda Coomaraswamy la preocupación fundamental ha sido el arte oriental; la verdad es que hace una muy lúcida crítica de las categorías estéticas de la modernidad occidental, tales

3 Habremos de dedicar especial atención a los antropólogos Clifford Geertz y James Clifford, y a los sociólogos Pierre Bourdieu, Néstor García Canclini y Mirko Lauer. Esto no excluye, por supuesto, la referencia a otros teóricos tan importantes como Arnold Hauser, Pierre Francastel o Arnold Gehlen, así como a algunos filósofos, de arraigo marxista que se han ocupado del arte desde una perspectiva eminentemente social, y cuyos estudios constituyen como una especie de puente entre la sociología y la filosofía, tales como Hans Heinz Holz, Adolfo Sánchez Vázquez y Roger Taylor; a quienes preferimos incluir en este bloque dado que su manera de enfrentarse al tema del arte se desprende, hasta cierto punto, del tronco principal de la tradición de la filosofía del arte. Es evidente que en todo caso la lista podría ser mucho más extensa, no se han incluido en ella filósofos tan destacados como Adorno, Benjamin, Habermas o Peter Bürger, que en un sentido u otro han hecho mención del tema de la artesanía o al del arte popular. Pero sólo se trata de una cuestión metodológica, eventualmente tendremos que acudir a éstos o a otros no mencionados aquí cuando sea necesario reforzar o esclarecer algún punto. Hay que insistir en que nuestro propósito no es entrar en una polémica directa con, por ejemplo, Geertz o Bourdieu, sino más bien valernos de sus ideas para iluminar distintos ángulos del fenómeno de la artesanía y ver así la manera como se ha ido consolidando el saber público, es decir, la situación hermenéutica que determina nuestra comprensión de tal fenómeno. Como ya lo mencioné, merecen un comentario aparte las consideraciones en torno a las recientes propuestas desde los estudios decoloniales.

como la de creatividad, la de originalidad, la de genio o la de la autonomía del arte, pero no hace un desarrollo muy amplio y su impacto en el ámbito de la filosofía del arte ha sido más bien marginal. Con respecto a Shusterman y a Carroll, donde sí encontramos un desarrollo más amplio, el problema es que su reivindicación del arte de masas no los conduce propiamente a formular una teoría general sobre el arte, de largo alcance, sino sólo en lo relativo a la inclusión del arte de masas en la categoría general de arte; y algo parecido se puede decir de Carolyn Korsmeyer, cuyo interés es una filosofía del *gusto*, en sentido literal, es decir, de las artes dedicadas a la cocina y al buen comer⁴. Todas estas teorías son bastante cercanas al mismo propósito de esta investigación, por ello habrán de requerir toda nuestra atención, ya que son una valiosa guía. Pero por ahora nuestro objetivo no es estudiar las ideas de otros que han emprendido un camino similar al nuestro, al dedicarse a aspectos hasta cierto punto marginales tradicionalmente de la estética filosófica, sino más bien revisar teorías para las cuales la aparición del tema de la artesanía ha sido en realidad una consecuencia de la crítica general a la manera como se ha pensado generalmente el arte en la filosofía. Ni en Gadamer, ni en Danto el objetivo primario ha sido el de reivindicar la artesanía; más bien se han encontrado inevitablemente con ella al ampliar y relativizar el espectro del concepto de arte.

Las teorías de los filósofos y de los científicos sociales que hemos mencionado hasta ahora tienen algo en común: pretenden entender el arte más allá de las restrictivas categorías estéticas en las que desde la filosofía moderna se ha encasillado el tema, y ello significa, sobre todo, pensarlo en el contexto amplio de la cultura —independientemente de los distintos sentidos que tal concepto tiene para antropólogos y filósofos—, y en relación con su función simbólica —de nuevo, con independencia de que la idea de símbolo tenga sentidos muy diferentes para unos y otros. Y en ambos casos, pese a los muy distintos caminos que se siguen, tenemos como resultado que se hace evidente la débil y prejuiciosa justificación que tienen las valoraciones negativas que se han hecho de la artesanía desde la filosofía. Aunque, de otro lado, el objetivo es también mostrar en qué sentido resulta insuficiente o limitada esa valoración positiva de la artesanía que se alcanza.

4 Cfr. KORSMEYER, Carolyn. *El sentido del gusto. Comida, estética y filosofía*. Francisco Beltrán Adell (Trd.). Barcelona: Paidós, 2002.

En síntesis, el libro se divide en dos grandes apartados, en el primero, titulado “La artesanía como objeto cultural y simbólico”, el propósito es examinar y discutir algunos de los argumentos que se han dado desde la filosofía y desde las ciencias sociales para reivindicar y revalorizar la artesanía y el arte popular, y la idea es no sólo juzgar la pertinencia de tales ideas sino sobre todo tratar de comprender hasta qué punto siguen dependiendo, pese a todo, del arte como referente absoluto. En el segundo gran apartado, titulado “Odiseo de regreso al hogar”, hay dos propósitos, de un lado, mostrar que la oposición entre arte y artesanía es una construcción histórica, que dicha oposición fue clave para que se construyera en su positividad el concepto de arte, en suma, que el arte, como un invento de la modernidad, se funda sobre una distinción que podríamos llamar arbitraria entre arte y artesanía, arbitraria en tanto que responde a las condiciones particulares de un momento histórico en la cultura occidental y no a una cuestión antropológica universal. El otro propósito es un intento por pensar la artesanía desde referentes que no vengan determinados por el punto de vista del arte, que no sean meramente negativos en relación con él.

Conviene comenzar el estudio por las ideas de Gadamer, cuyas propuestas son más arraigadas en la tradición filosófica sobre el arte y son mucho más generales —tienen, si se quiere, una cierta dimensión metafísica, por lo menos en el sentido más positivo que la palabra tiene con Heidegger. Sus ideas nos permiten un primer y fundamental cuestionamiento de los argumentos que valoran negativamente la artesanía como objeto decorativo y como utensilio y conducen a una tesis bastante radical, que se puede expresar sintéticamente así: “Comete un craso error el que crea que el arte es sólo el arte de las clases altas”⁵. Las tesis de Danto, por su parte, se comprenden mucho mejor a la luz de las de Gadamer, por cuanto también sus ideas se nutren del idealismo hegeliano y comparte plenamente, aunque con matices, la tesis gadameriana de que el arte es algo dado al entendimiento.

Conclusiones

La palabra “conclusiones” suena muy grande. Después del recorrido que se ha hecho es más lo que ha quedado abierto que lo está definitivamente concluido, pero ese era en realidad el objetivo: más que demostrar esto o aquello,

5 GADAMER, H. G. *La actualidad de lo bello*. Antonio Gómez Ramos(Trd.). Barcelona: Paidós, 1991. p. 121.

se trató de justificar la pertinencia y la necesidad de que la filosofía vuelva sus ojos hacia el trabajo de la artesanía.

Espero que haya quedado claro que fundamentalmente dos cosas han incidido para que la filosofía no hubiera tomado en cuenta la artesanía: de un lado, lo que hemos llamado el olvido de la cotidianidad, la vocación y fascinación de la filosofía, y de la cultura occidental en su conjunto, por lo extraordinario, aunque en realidad, más que un simple descuido, ha sido una sistemática devaluación de la cotidianidad con todo lo que la acompaña, el saber práctico, el trabajo, los utensilios y los objetos de la casa; y, de otro lado, la confusión conceptual que se ha generado por no haber diferenciado adecuadamente arte y artesanía, que llevó a pensar, según algunos, que habíamos errado la esencia del arte por haberlo pensado como un cierto tipo de artesanía y, según otros, a creer que era necesario reivindicar el estatus de arte para la artesanía.

En tal sentido puede decirse que si se ha valorado negativamente la artesanía y a la vez se ha elevado el arte a una condición modélica, ello no ha sido tanto el resultado de haber padecido la insuficiencia de la artesanía, de haberse percatado de sus limitaciones, de modo que todo ello se pudiera superar bajo una nueva forma, el arte; sino que más bien ha sido casi al revés: es porque se ha idealizado el arte y se lo ha tomado como la suprema expresión y realización de toda producción humana por lo que se ha querido ver como insuficiente la artesanía. No es pues que por haber alcanzado un pleno saber y realización de la artesanía el espíritu insatisfecho se haya elevado al arte; no se trata ni de una superación ni de una elevación sino más bien de algo parecido al olvido, al abandono; que luego, como para justificarse, construye el mito de su apoteósica ascensión, del paso valeroso e ineludible de la artesanía al arte, del progreso.

Cabe preguntar, sin embargo, qué es lo que quiere decir artesanía, qué fue en realidad eso que se olvidó: ¿fueron unas técnicas precarias de producción de objetos?, ¿fue acaso un cierto tipo de arte todavía demasiado pesado, demasiado material, demasiado mundano y en consecuencia muy pobre de espíritu? Fue algo más: fue el abandono de la casa, fue el olvido de que somos un animal que nace en una casa y cuyo ser consiste sobre todo en habitarla, y esto a su vez quiere decir construirla, quiere decir entrar y salir de ella, tener una mochila, hacerse una memoria, fundar el tiempo. Y a partir de ese olvido nos vimos abocados a una nueva manera de enfrentar la existencia: el abrigo y la compañía fueron desplazados por la emancipación; el nacimiento, como

rasgo decisivo de lo que somos, fue desplazado por el horizonte de la muerte; el tiempo fue deshabitando las cosas, se hizo exterior, abstracto, una rígida e implacable línea avanzando inexorablemente hacia un ideal futuro inalcanzable por principio; la casa fue desplazada por una “máquina de habitar”, despojada de adornos; y el trabajo humano se despojó de todo sentido y finalidad, se convirtió en un movimiento mecánico y repetitivo, cuyo modelo dejaron de ser las manos, la recursividad, el saber práctico y la tradición del artesano para serlo las máquinas.

Desde entonces la artesanía se hizo algo completamente extraño, desarraigada del entorno familiar de la casa se la vio sólo estéticamente, como una mera cosa que, en unos casos, era tomada como algo apenas bonito pero carente de toda expresión y espiritualidad, y, en otros, como un tipo de utensilio ingenuo e irracional tanto en lo relativo al modo de producción como a su finalidad. Así, se creyó que el arte y el diseño industrial eran suficientes para comprender toda la producción material humana, de modo que la artesanía tenía que ubicarse en algún punto intermedio entre el uno y el otro, o ser un estadio previo de los dos.

Pero ¿Quiere decir todo esto que entonces la modernidad y el arte son como una especie de perversión, de gran equivocación, de la que debemos tratar de salir lo más pronto posible? No. Y esa es precisamente una de las lecciones más valiosas que podemos recoger de Blumenberg. No se trata de una, otra, reivindicación romántica de la artesanía. Aquí es necesario diferenciar dos asuntos: una cosa son los argumentos para tratar de esclarecer si la valoración negativa que se ha hecho de la artesanía tiene un sustento ontológico adecuado, y otra cosa es pensar que aquello en lo que verdaderamente consiste la artesanía es algo que sólo podemos captar dando una vuelta por detrás de la modernidad. Así entonces, es cierto que no se ha comprendido bien la artesanía por haberla pensado en función de los criterios externos que se le quieren imponer desde el arte y el diseño industrial; pero también lo es que se ha resistido a dejarse agotar por tales criterios, si bien la han ido a su vez configurando, y es por eso que se nos vuelve a aparecer y nos obliga a volverle a preguntar quién es.

Una de nuestras tesis más fuertes es que definitivamente no hay ningún vínculo entre artesanía y arte, pero con esto a la vez hemos querido decir que la artesanía corresponde a una estructura antropológica fundamental que no puede simplemente ser desplazada por el arte; algo así como que los seres hu-

manos seguimos haciendo artesanías no porque seamos primitivos o estemos en un estadio inferior del desarrollo de la racionalidad, sino más bien porque somos humanos. Y si es así entonces el olvido al que hemos hecho alusión no se debe entender como un abandono definitivo de la condición humana sino como un camino más que hemos tomado en el proceso permanente de construcción de lo que somos: finalmente un día le llega a Odiseo la memoria de Ítaca, y cuando llega quiere volverse a ir, y Penélope, más rica en ardidés que él, busca la manera de evitarlo, de preservar la integridad de su mundo. Entre el absolutismo de la realidad y el cobijo de la caverna.

No se trata por tanto de querer recuperar algo que se perdió, ha estado ahí todo el tiempo, tejiendo y destejiendo mientras llega el regreso. Tal vez eso sea la posmodernidad: el tiempo del retorno, pero esto no quiere decir una vuelta al pasado; Odiseo llega rico en historias, la casa es la misma pero es otra. Luego de un extenso viaje a las cosas mismas, por el que el mundo se trocó en una mera sumatoria de cosas, ahora queremos volver a casa, y volvemos cargados de regalos.

Y no se trata de una simple liquidación del arte sino de limarle todo rastro de pretensiones metafísicas y ultramundanas, que es en últimas el proceso de desilusión por el que tiene que pasar algún día toda religión sin que por eso se disuelva.

Del formalismo esteticista al arte como una de las formas del espíritu absoluto y a su reverso casi nihilista, según el cual no le resultan esenciales ni la materialidad de la obra, ni el oficio, ni la belleza; es como si hoy se cayera en la cuenta de que es ilusorio pensar en cualquier tipo de redención por cuenta del arte: pierden su encanto —y a la vez se revela todo lo macabro que pueden encerrar— el sueño de un Estado artístico, el ideal de hacer de la propia vida una obra de arte, o la ilusión de poder redimirse de la insignificancia y la cotidianidad entregando la vida por entero al arte.

Ha habido cierta perversión en la manera como se han desarrollado las cosas. Primero se consideró al arte como la máxima realización de lo humano, luego, dado que para el arte resultan inesenciales el trabajo, la materialidad, el placer y la belleza, se concluyó que estos también lo eran, y el que de pronto pudieran ser esenciales para la vida, para la existencia concreta de los seres humanos, se tomó como algo secundario, tal vez la consecuencia de no haber sido todavía plenamente redimidos por el arte. Lo que se hace cuestionable ahora es el supuesto de base de este desarrollo, de modo que, hasta cierto pun-

to, el arte puede seguir siendo lo que es, pero entonces deja de ser el referente absoluto de toda acción humana; y no es que venga a ser reemplazado por otro, como la artesanía por ejemplo, sino que se nos revela el carácter histórico y situado de todo referente de la acción.

Todo intento por eludir la responsabilidad de juzgar nos conduce al fracaso: no somos racionales en tanto que podamos tomar distancia de las situaciones concretas y actuar conforme a fórmulas definitivas, sino en tanto que sabemos juzgar lo que conviene hacer en cada caso; igualmente, no conseguimos trascender las posibles limitaciones y extravíos de la cotidianidad entregando nuestra existencia al arte, renunciando a la cotidianidad, sino más bien asumiendo plenamente lo que somos, cavernícolas: no somos dioses, no nacimos para morir sino para nacer, para seguir viviendo, para ganarle minuto a minuto a la muerte, para ser inmortales por un tiempo. Hay dos extremos igual de perniciosos y que no son más que el uno el reverso del otro, formas distintas del olvido de la cotidianidad: la entrega mística al arte y la disolución consumista en la sociedad de masas. Hoy parece por fin tan evidente que la denigrada sociedad de masas no es tanto aquello contra lo que denodadamente lucha el arte como más bien un producto suyo, una consecuencia, casi la prueba de la primacía definitiva que habrían logrado los valores del arte. Aunque suene exagerado, podría decirse que hay cierto parentesco entre el mafioso, el artista y el empresario de la informática: para todos ellos el trabajo con las manos es algo denigrante, la belleza es como tal secundaria, la materialidad de sus productos irrelevante, y la cotidianidad es para todos ellos pura rutina y aburrimiento. La jarra de plástico, a la que hicimos alusión a propósito de Heidegger, es otro claro ejemplo de ese triunfo de los ideales del arte: la materialidad es claramente inesencial, la belleza ha sido desplazada por una funcionalidad abstracta y el trabajo de las manos ha sido definitivamente suprimido. Y, es paradójico, pero el circuito enloquecido del consumo es otra estrategia eficaz en la tarea de aniquilar cualquier valor y sentido a las cosas: se las puede y se las debe reemplazar precisamente porque en su materialidad y coseidad ya no son nada, es sólo, por así decir, el “trabajo intelectual” del consumo el que ahora tiene pleno sentido. Dicho en breve, toda la fuerte crítica que se hizo desde el arte y desde la filosofía a la cotidianidad no condujo, como se hubiera esperado, a una sociedad de artistas y de filósofos, sino a una sociedad consumista, en ella ganaron una aterradora concreción los ideales del arte, y no se trató de una jugada irónica del destino, fue algo casi que previsible.

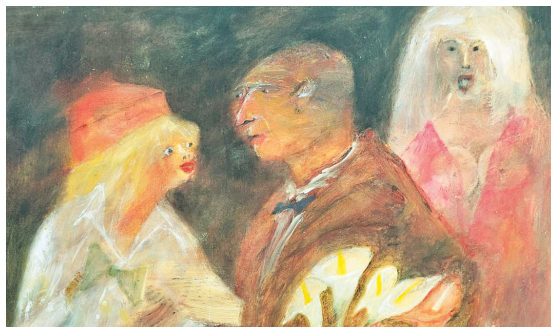
Ahora bien, se ha dicho que el arte, después de la desilusión posmoderna, puede seguir siendo lo que es pero, claro, no puede simplemente seguir como si no hubiera ocurrido nada, el asunto tiene implicaciones también en su esfera y en el de la reflexión filosófica que busca legitimarlo. Implica, por ejemplo, que el artista pierde sus pretensiones de redentor y se vuelve modesto, puede volver a disfrutar, sin vergüenza, del oficio y de la belleza, ya no tiene porqué sentir como un fracaso que sus obras no hagan parte de la “Historia del Arte”, puede llevar con gozo sus obras a un mercado artesanal y ganarse la vida sin sentir que se está traicionando. El artesano, por su parte, ya no tiene porqué pensar que ser mejor signifique llegar a ser artista, y así también, sin pretensiones, metido de lleno en el oficio, puede dedicarse los fines de semana a explorar y a hacer cosas que algunos eventualmente denominan “obras de arte”, pero que, igual, siguen teniendo como finalidad primaria poder estar un día habitando una casa, decorándola.

Y por el lado de la reflexión filosófica no es tanto como que asistamos a la liquidación de la estética o de la filosofía del arte, pero sí se impone todo un replanteamiento de las cosas; se hace necesario ampliar el horizonte, pasar de lo que podría llamarse un “monismo estético”, una obsesión casi enfermiza por el arte, a un “pluralismo estético”, que sea capaz de ver al arte inserto, y si se quiere subordinado, al conjunto de las actividades productivas humanas. Y ello no tiene por qué significar una reducción ni a una filosofía de la técnica ni a una filosofía de la acción o a la política, porque de todos modos aquí lo decisivo sigue siendo la dimensión sensible, el saber práctico, aunque por supuesto no como algo aislado.

Pero ¿No contradice todo eso lo que se ha dicho sobre la cercanía del arte con la filosofía y con la ciencia modernas? No se trata ahora de negar ese vínculo, si el arte sigue siendo posible, si lo que se pretende aquí no es disolverlo como otra modalidad de la artesanía tiene que serlo sobre la misma base; pero el punto es que también la filosofía y la ciencia se han ido desprendiendo de las ilusiones de la modernidad, también ellas, sin perder propiamente su especificidad, han ido volviendo su mirada a la vida vivida, a la cotidianidad. De modo que puede seguirse diciendo que artesanía y arte son distintos, pero eso ya no importa mucho; igual que, en efecto, son distintas la medicina científica occidental y las llamadas medicinas alternativas, pero el mero reconocimiento de esa diferencia dejó de ser un criterio decisivo al momento de tomar una decisión, no es necesariamente mejor y más conveniente siempre la medicina occidental por ser científica.

Llegados a este punto de la investigación se nos impone la pregunta por la definición. Se ha eludido deliberadamente una definición de artesanía para evitar el riesgo de las implicaciones metafísicas y esencialistas que tiene toda definición. Tal vez pueda decirse que si algo caracteriza el nuevo rumbo que ha venido tomando la filosofía es precisamente el haberse ido desprendiendo de su manía por agrupar y separar, por aislar terrenos autónomos de estudio, ahora conviene más desagregar y difuminar límites, volver los ojos a las sombras proyectadas en el fondo de la caverna, volver a pensar ese complejo entramado, ese tejido que somos con el mundo.

¿Cómo definir pues la artesanía? ¿Hay algún criterio seguro que nos sirva para diferenciar artesanía de arte? Al final, no disponemos de nada mejor de lo que teníamos al comienzo, ese saber común e intuitivo que define nuestra situación hermenéutica; lo que se ha ganado no es tanto una posible definición más fina, más verdadera, sino más bien que hemos caído en cuenta de que las implicaciones de ese saber común se pueden interpretar de otra manera. Así, si en un sentido ciertos rasgos de la artesanía se pueden tomar como limitaciones cuando, por ejemplo, se establece una comparación con el arte, en cambio se nos abre otro horizonte si las entendemos en un sentido antropológico más amplio, si las vemos en función de la tarea permanente de reconstrucción de la casa. De modo que sigue siendo cierto que la artesanía está orientada a la decoración, es oficio, trabajo de las manos, persigue la belleza, tiene que ver sobre todo con la vida cotidiana, es expresión cultural; pero todo esto, por lo que precisamente se dice que no puede ser arte, dejan de ser limitaciones si nos preguntamos qué papel pueden jugar en la tarea primaria de contención del absolutismo de la realidad, qué papel cumplen en la tarea inagotable del logos por hacer posible un espacio y un tiempo, un respiro, en el que se pueda desplegar la existencia.



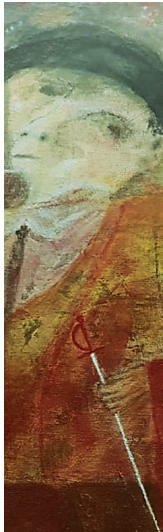
Antonio Díaz

Escritos de naturalista

Luis-Germán Naranjo

1. El Antropoceno o la reinención de la naturaleza(*)

Hace 225 años Alexander von Humboldt desembarcó en la costa de Cumaná, en Venezuela, para iniciar uno de los viajes más memorables en la historia de las ciencias naturales. Gracias a él, la imagen de este naturalista prusiano se mantiene viva entre nosotros por muchas razones, pero entre ellas hay dos que son particularmente notables.



La primera, que llena de orgullo a quienes nacimos y vivimos en las Américas, es la validación de nuestro continente como la región de la desmesura. Hasta entonces, como consecuencia de las fantasiosas descripciones hechas por los cronistas de Indias en el siglo XVI, en Europa prevalecía la idea de que en el nuevo mundo todas las formas de vida eran más débiles y pequeñas que en el viejo mundo, visión que fue respaldada incluso por voces tan ilustres como la del conde de Buffon. Al presentar en su vasta producción intelectual la extraordinaria variedad de paisajes, climas, plantas, animales y gentes que encontró a lo largo de su periplo, Humboldt hizo que América fuera reconocida por el mundo “culto” de su época como una región excepcional en la cual la

(*) “Naturaleza del antropoceno”; 31.X.2024

vida se manifiesta de una manera tan exuberante que no tiene parangón en ninguna otra parte.

A pesar de que en una especie de declaración de principios Humboldt advirtió, al comienzo de su narrativa personal, que en ella solamente haría una relación escueta de hechos y observaciones, fue incapaz de ocultar la emoción que lo embargaba a medida que describía cada una de las escenas que encontró a su paso. Por esa razón su “Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente” no solamente se convirtió en un *best seller* de la época, sino que además sirvió como modelo de los relatos de viaje de naturalistas tan famosos como Charles Darwin, Alfred Russel Wallace, Richard Spruce y William Bates. Su arrobamiento con la riqueza natural del nuevo mundo fue tan contagioso que aún perdura en pleno siglo XXI: difícilmente pasa un mes sin que los medios relacionen, incansables, los récords imbatibles de la biodiversidad de las Américas.

Pero la razón más importante por la que las ideas de Humboldt aún permean nuestra forma de pensar se debe a su invención de ese ente, a la vez etéreo y fundamental, al que llamamos naturaleza. Su insistencia en la referenciación cartográfica precisa de cada hallazgo, en conectar información sobre la geología y clima con los inventarios de flora y fauna y su intento por entender la manera como los habitantes de cada una de las regiones que visitó se relacionaban con su entorno, sentó las bases de una geografía que trascendió la simple relación descriptiva para alcanzar el carácter predictivo que nos habría de conducir después a la ecología del paisaje.

Sus grandes “cuadros de la naturaleza” y, sobre todo, su trabajo sobre la geografía de las plantas sentaron las bases, en el imaginario colectivo, de una naturaleza regular y predecible. La zonificación de los biomas terrestres en la cual cada franja es reconocible por una flora y una fauna distintivas cuya composición responde a las condiciones específicas de variables ambientales, determinadas a su vez por la latitud o la elevación sobre el nivel del mar, fue una poderosa idea que condujo a una legión de naturalistas, durante los siguientes dos siglos, tras la huella del naturalista prusiano.

Por otra parte, el reconocimiento de los ecosistemas y las grandes unidades de paisaje como espacios “naturales” cuya regularidad y predictibilidad son producto de factores distintos a la agencia humana ha guiado, desde los inicios del ambientalismo, su conservación a través de la creación y la gestión de áreas protegidas. Los portafolios de prioridades de conservación de todos

los países no son otra cosa que la intención de incluir una muestra representativa de todas aquellas configuraciones espaciales que aprendimos a reconocer gracias a las herramientas de pensamiento heredadas de Humboldt.

Pero, curiosamente, este propósito nos ha impedido darnos cuenta de que estamos intentando preservar un mundo que ya no existe. Menos de la tercera parte de las ecorregiones terrestres está relativamente libre de modificación antrópica y la quinta parte está alterada extensivamente por la intervención humana. Cuando en lugar de cartografiar franjas latitudinales y de elevación moldeadas por la geología, el clima y la geografía se visualizan unidades espaciales a partir de variables demográficas y de uso de la tierra, el mapamundi resultante es bien distinto a la imagen idealizada de una *naturaleza prístina*.

A pesar de haber sido acusados de alarmistas por estar anunciando la inminencia del apocalipsis, los ambientalistas hemos sido tan ciegos como el resto al no darnos cuenta de que el Armagedón, tan temido, hace tiempo tuvo lugar. Las iniciativas mesiánicas de “salvar el planeta” pasan por alto el hecho de que ya no existen selvas vírgenes ni nieves perpetuas y que la última frontera que el comandante Jacques Yves Cousteau nos mostraba en sus documentales de los años setenta del siglo pasado se llenó de plástico.

El comportamiento errático del clima global y de las grandes masas oceánicas, los puntos de inflexión de los antiguos biomas y la homogenización de la biota en un mundo transformado nos están señalando que es el momento de reinventar la naturaleza si pretendemos tener la capacidad de gestionarla para el futuro. Estamos frente a un reto intelectual fascinante en el que debemos reconocer que buena parte de lo que habíamos aprendido al ponernos de pie sobre los hombros de los grandes naturalistas del pasado ya no coincide con el mundo que habitamos. Es preciso entender que nunca fue más necesario el oficio de contemplar con respeto este hogar que nos tocó en suerte y nos corresponde asumir nuevas tareas si aspiramos a disfrutar de los elementos fundamentales del bienestar que alguna vez conocimos.

Eso nos obliga a concentrar más esfuerzos en la restauración ecológica y la rehabilitación de ecosistemas degradados, a la gestión consciente de los ecosistemas creados por nuestra mano y, sobre todo, a descubrir el nuevo mundo de los ecosistemas emergentes a nuestro alrededor. Los ensamblajes insospechados de especies son cada vez más frecuentes y, al parecer, representan nuevos estados estables que obviamente han de tener estructuras que les son

propias y una funcionalidad que tendremos que aprender a interpretar pues será ella quien determine las nuevas reglas de juego de nuestra supervivencia.

2. El guácharo y la cronología no lineal de Humboldt(*)

A mediados de septiembre de 1799, solo dos meses después de su llegada a las costas de Venezuela, Alexander von Humboldt hizo uno de los hallazgos zoológicos más memorables de su periplo suramericano. Durante su visita a la misión capuchina de Caripe encontró al guácharo (*Steatornis caripensis*), un ave nocturna desconocida hasta entonces por la ciencia occidental.

Yo conocía esta historia desde mucho tiempo atrás y por eso me sorprendió leer, hace poco, la entrada correspondiente a los días 12 y 13 de septiembre de 1801 en los extractos del diario de viaje del naturalista alemán en la Nueva Granada. En ella, Humboldt describió con gran detalle el puente natural de Icononzo en la localidad de Pandi y, en medio de sus observaciones geológicas, anotó:

“...Se oye un ruido sordo, que al principio tiende a atribuirse a las aguas que caen, pero investigando más de cerca percibe uno que el ruido es causado por una especie de pájaro nocturno que habita en el abismo. [...]Se les ve revolotear por centenares igual a bandadas de murciélagos. [...]Luego de arrojar buscapíes, que iluminan el abismo, reconoce uno que esos pájaros no parecen ser *Caprimulgus*, sino que pertenecen a una especie de las lechuzas, con ojos muy grandes, pico curvo, de color gris pardo y del tamaño de una gallina...”



Puente natural de Icononzo

(Fuente: <https://www.banrepcultural.org/humboldt/pandi-puente4.htm>)

(*) “Naturalista del antropoceno”; 28.III.2024

Decidí entonces cotejar el diario de Icononzo con el de Caripe, para no incurrir de nuevo en una interpretación anacrónica. Pero al consultar los archivos digitales correspondientes a la fecha en la cual Humboldt vio por primera vez al guácharo en Venezuela, sólo encontré un párrafo en el cual su autor menciona el hallazgo de plántulas de tabaco en el fondo de la famosa cueva. Al parecer las páginas que contenían sus notas originales sobre los guácharos no existen en ese repositorio.

Después de mucho buscar, tropecé por fin, en la traducción de 1941 de la narrativa de Humboldt¹, con un par de notas epistolares que permiten entender mejor la reticencia del investigador a identificar como guácharos a las aves que vio a lo lejos en aquella hondonada de Pandi. En una carta enviada desde Cumaná el 17 de noviembre de 1799, le anunció al barón de Zach el descubrimiento hecho en Caripe:

“Hemos recorrido la famosa cueva del Guácharo que está habitada por millones de aves nocturnas (una especie nueva de *Caprimulgus*, chotacabras).”

Tres meses después, el 3 de febrero de 1800, repitió el anuncio de su hallazgo en una carta dirigida desde Caracas al barón de Forell y mencionó en ella el significado del ave para los indígenas de Caripe en un párrafo que anticipaba las ricas descripciones etno-oritológicas que haría años después:

“...hemos bajado a la cueva del Guácharo, caverna inmensa habitada por millares de aves nocturnas (nueva especie de *Caprimulgus*, Linn.), cuya grasa es el aceite del Guácharo. Es el Aqueronte de los indios Chaimas, pues según la mitología de estos pueblos y de los indios del Orinoco, el alma de los difuntos se entra en la cueva. Bajar al Guácharo, en el lenguaje de ellos, quiere decir morir”.

Que Humboldt haya utilizado en ambas menciones la denominación genérica *Caprimulgus* para referirse al animal, explica por qué lo empleó también en sus notas sobre las aves de Icononzo. Cuando pasó por este último lugar, él solamente estaba convencido de que había encontrado en Venezuela una especie nueva relacionada con los chotacabras, pero aún no había analizado sus notas y dibujos de los especímenes cazados por su compañero Bonpland, que lo llevaron a describirlo bajo el nombre *Steatornis*, que aún conserva.



Ilustración original del Guácharo, hecha por Humboldt

Mi sospecha inicial de un lapsus del sabio alemán resulta entonces completamente infundada. La vacilación de Humboldt ante la identidad de las aves de Icononzo no fue distinta de su actitud en Caripe y con mucha mayor justificación. No es otra cosa que una demostración de cautela ante una observación basada en evidencias circunstanciales: sus notas de este sitio mencionan que no pudo obtener ningún espécimen y que solo pudo hacer el avistamiento de los animales que revoloteaban en el fondo del cañón.

El proceso de intentar poner en orden este rompecabezas histórico me deja un par de lecciones que espero recordar cuando vuelva a enfrentarme a un acertijo como este. Por una parte, que la información extractada de una serie de publicaciones ordenadas cronológicamente no necesariamente representa la secuencia original de los hechos a los que estas se refieren. Y por otra, que pretender adivinar el proceso inductivo de un investigador del pasado a partir de lo que conocemos hoy es, además de ingenuo, engañoso.

1. Humboldt, A.D. 1941. Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente. Caracas: Biblioteca Venezolana de Cultura.

3. Una libreta olvidada en un avión(*)

Hace unos meses dejé abandonados en un avión el libro que estaba leyendo y mi libreta. Cuando caí en cuenta del olvido corrí a notificar a la aerolínea y recibí, con desconsuelo, su implacable respuesta. Según su manual de opera-

(*) "Naturalista del antropoceno"; 14.III.2024

ciones en tierra, los libros, revistas, periódicos y libretas dejados a bordo por los pasajeros no son considerados objetos perdidos y se entregan de inmediato a los recicladores.

Desde el primer instante lamenté la pérdida del libro pues, si bien tenía la posibilidad de adquirirlo de nuevo, me pareció un despropósito que un ejemplar de “La vida contemplativa” de Byung Chul Han fuera clasificado, de forma tan arbitraria, como material reciclable. En cuanto a la libreta, aunque muchas de mis anotaciones tal vez estuvieron destinadas desde siempre a un relleno sanitario, su pérdida me produjo una desazón que me costó trabajo comprender.

Al igual que tantos otros biólogos mantuve, a lo largo de los años, un diario de campo en el que procuré consignar, con la mayor precisión y exactitud posibles, mis observaciones. Al hacerlo traté de seguir el protocolo establecido desde tiempos inmemoriales por exploradores y naturalistas y por eso mis notas estaban dedicadas exclusivamente a las plantas, animales, paisajes y fenómenos a los cuales he dedicado siempre mi atención.

Empeñado en mantener una supuesta objetividad científica, dejé por fuera de esas bitácoras mis apreciaciones y juicios de valor. Pero al hacerlo, tenía la sensación de estar haciendo un registro incompleto: aunque compartía entonces la idea de que la racionalización científica y la imaginación poética jamás pueden constituir una misma vía de acceso a las realidades del mundo, como insistía Humboldt, una y otra estaban presentes en mi contacto con la naturaleza.

Fue así como adopté la costumbre de alimentar también un diario convencional y desarrollé una especie de bipolaridad en la documentación de mi trasegar como naturalista. Mientras conservaba en la libreta de campo la constancia de todas mis actividades de investigación, trataba de capturar las emociones surgidas de mi relación con la biodiversidad, con las personas, con los libros y conmigo mismo en ese segundo registro. Un espacio dedicado a la reflexión existencial en el que trataba de decantar mis experiencias sin las pretensiones de quien intenta capturar verdades absolutas.

A pesar de la utilidad aparente de mantener las dos libretas, la porosidad de ambas se hizo evidente con el correr del tiempo. En la bitácora de campo se colaban, de vez en cuando, entradas completamente irrelevantes desde el punto de vista científico y en el diario paralelo la huella del observador rigu-

roso que procura mantener su distancia con aquellos objetos en los que fija su atención era cada vez más evidente.

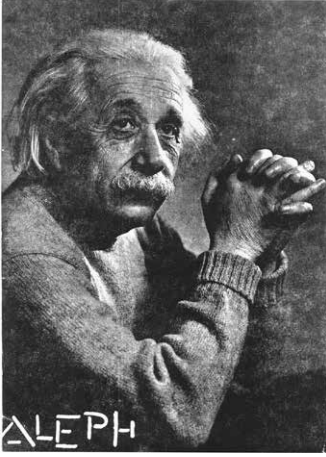


Y las dos libretas se hicieron una sola (Foto: L.G. Naranjo)

Hasta que finalmente acepté la futilidad de pretender que las distintas corrientes de ideas que pasan por mi mente pudieran mantenerse separadas. A partir de ese momento las dos libretas se hicieron una sola y su escritura “...*me ha enseñado, mejor que nadie, el arte esquivo de la soledad, cómo estar presente conmigo mismo mientras soy testigo de mis propias experiencias...*”, como dice María Popova al describir el significado de llevar un diario.

Las múltiples libretas que he llenado a lo largo de los años han viajado conmigo a todas partes y muchas de ellas aún reposan en el fondo de un cajón de mi casa. Después de todo, ellas satisfacen la manía de coleccionar papeles que tienen algún significado personal y son el repositorio de mi quehacer como naturalista. Pero por encima de estas dos razones obvias para conservarlas, permanecen conmigo por un motivo aún más poderoso.

Mis diarios viejos son una máquina del tiempo que me sirve para visitar momentos y geografías de los que empiezo a perder el rastro. Cada vez que emprendo uno de esos viajes en reversa, el encuentro con las distintas versiones de mí mismo que aparecen en sus páginas es una experiencia que aporta perspectiva a mi comprensión de la existencia.



Notas

En memoria de Fernando Gil-Cruz, Ingeniero Civil (UN-Mzls.), Sismólogo y Vulcanólogo, muerto en Temuco, Chile, el 20.III.2025 (por Roberto Torres, Coordinador del Área de Amenazas del Sistema Geológico Colombiano, SGC, alumno de Fernando). Siento una profunda consternación por la partida de un gran amigo e investigador, Fernando Gil Cruz. Me cuesta encontrar las palabras, porque ninguna parece suficiente para describir lo increíble que fue esta persona. Su legado es tan vasto como los paisajes que recorrió, dejando huellas imborrables en la ciencia, en la amistad y en los corazones de quienes tuvimos el privilegio de conocerlo.

Fernando no solo fue un gran científico, sino también un hombre de espíritu inquebrantable, cuya energía se reflejaba en cada faceta de su vida. Su porte distinguido, con su inconfundible bigote y barba, era apenas una muestra de la fortaleza y carácter que lo definían. Su pasión por la natación y el atletismo evidenciaba su disciplina y amor por el movimiento, cualidades que también

aplicó en su incansable búsqueda del conocimiento. Siempre estuviste ahí con tu risa, tu apoyo incondicional, generosidad y tu gran corazón.

Era un maestro en la expresión, no solo con palabras, sino también con sus gestos. Sus manos hablaban por él, y sus explicaciones adquirían vida cuando, con sonidos de su boca, ilustraba procesos tan complejos como la formación de burbujas en un magma. Su calidez humana se manifestaba en su sonrisa sincera y en su sensibilidad, reflejada en su amor por la pintura y la poesía.

Fernando no solo veía el mundo a través de la ciencia, sino también con los ojos del arte y la creatividad. Sus notas, escritas con distintos colores, reflejaban su mente vibrante y su espíritu apasionado. Sus baúles, siempre cargados de artículos y apuntes, eran cofres de sabiduría que compartía con generosidad, como quien entrega semillas para que otros puedan cosechar conocimiento.

Fernando fue un pionero en el estudio de los volcanes en Colombia, con sus

inicios en el Volcán Nevado del Ruiz, al que siempre llevó en su corazón. Él fue la savia del árbol del monitoreo volcánico, nutriendo con su sabiduría a generaciones de científicos. Aunque la savia no se ve, es la sangre que lleva los nutrientes desde la raíz hasta las hojas, y así fue Fernando: una fuerza vital que impulsó a muchos de nosotros a seguir sus pasos. Fue un mentor incansable, siempre motivándonos a superar los límites, a alcanzar alturas que él mismo soñó.

Su vida fue una constante ascensión, desde los caminos que recorrió trotando en su amado Valle del Cauca hasta y otras regiones de Países como Ecuador y Chile así como las cumbres de los volcanes en Colombia y Sudamérica. Cada paso que dio, cada kilómetro que trotó, cada cima que alcanzó fueron testigos de su determinación y amor por la naturaleza.

Hoy nos queda su legado, su inspiración y la certeza de que su espíritu seguirá vivo en cada observatorio, en cada volcán, en cada nueva generación de científicos que, gracias a su impulso, seguirán explorando y descubriendo. Su deseo fue siempre que el alumno llegue más lejos que el maestro. Descansa en paz, amigo. Siempre vivirás en nuestros corazones.

Unas consideraciones desde Noruega (por Juan Grajales, escritor manizaleño, estudiante de la Universidad de Oslo y activista para la organización de solidaridad Latin-Amerika Gruppene i Norge.). En los más de tres años que he estado fuera de casa, me he dado cuen-

ta no sólo de lo distintos que somos los colombianos, sino, paradójicamente, en lo mucho que nos parecemos a gente tan opuesta como la que vive en el Ártico. Puede que el idioma, la apariencia, las costumbres y hasta la forma de amar sean radicalmente opuestas, pero, luego de convivir durante tanto tiempo, supe que había algo que nos unía. Algo que no tiene nombre. O quizá lo tenga, y yo no lo conozca. Sea como fuere, podría dársele cualquier nombre de apariencia académica y no tendría por sí solo la facultad de englobar la complejidad de la experiencia humana. Jugamos con las palabras, y lo hemos hecho a lo largo de los milenios en que nos hemos desarrollado como civilizaciones. Civilizaciones que caen, civilizaciones que nacen, civilizaciones que se mezclan y cuyos legados somos incapaces de reconocer en nuestro día a día. Por que es sólo eso: un día a día.

Día a día, año tras año, quizá unas cuantas décadas, pero hasta ahí nos alcanza la vista. Hasta ahí nos alcanza la vida. Yo, por ejemplo, llevo casi tres décadas caminando por la tierra. Las primeras dos en mi Manizales natal, como niño, como adolescente, como adulto joven. Apenas unos cuantos años aprendiendo a caminar en la nieve sin caerme, o, siendo realistas, sabiendo cómo caer para que el único hueso roto sea el de la dignidad. Y en estos veintitantos, que empezaron no hace mucho a pesar de ya empiezo a ver en mis entradas el reflejo de la calvicie de mi padre, aprendí del mundo muchas cosas que siempre di por ciertas. Y que sigo dando por ciertas, aunque la vida se esfuerce en desmentirme.

Son cosas que aprendí, como ustedes, en un taburete de escuela. También las aprendí en casa, de mis padres, de mis hermanos, de mi abuela. Las aprendí en la misa de seis en la iglesia de La Sultana. Las aprendí en la catequesis que precedió a mi primera comunión. Las aprendí en la clase de Ética y Valores, y me las preguntaron en los exámenes. Las confirmé en las izadas de bandera, las reafirmé cuando tuve que leer la Constitución para la clase de Ciencias Políticas, y las consolidé cuando llegué a la universidad. Las di por universales. Y es que son universales.

Son tan universales que es difícil definir las. ¿Les decimos derechos, o también obligaciones? Podemos llamarlas respeto, empatía, libertad, dignidad. Autonomía, quizá. ¿Democracia, quizá? Es una combinación de todas ellas, y de muchas otras, las que aprendí tantas veces a lo largo de mi vida, y las que vine a reconocer también entre la gente del Ártico. Es algo humano. Es algo nuestro.

Pero no escribo esto para pavonearnos de la belleza humana, sino para alertarnos de un cambio abrupto y sistemático. Tan abrupto y sistemático que ni siquiera nos damos cuenta. O quizá sí nos damos cuenta, y preferimos ignorarlo. Preferimos acostumbrarnos. Me gustaría decir, también, que es un cambio “sin precedentes”, pero no es cierto. Ya lo hemos visto, muchas veces, en todo el mundo. Lo vieron los alemanes entre 1933 y 1945, lo vieron los habitantes de los balcanes en los años 90, lo vimos los colombianos en dos siglos de guerras civiles. Se manifiesta de muchas formas

distintas, y empieza siempre de la forma más sencilla: el odio.

El odio, tal como el amor, también es universal. Se nos hace muy fácil odiar, y aún más fácil se nos hace odiar a quienes la sociedad nos presenta como indeseables. Las atrocidades empiezan, casi siempre, con discursos. Con opiniones. Con la normalización de esos discursos y esas opiniones. Nos inventamos nombres para deshumanizarlos. A los de izquierda les decimos mamertos, a los de derecha les decimos paracos, a los del centro les decimos tibios, a los homosexuales les decimos maricas, a las feministas les decimos locas, a los migrantes les decimos ilegales. Se hace tan cotidiano, que son pocos los que se espantan cuando las palabras se manifiestan en acciones: deportaciones masivas, centros de detención, criminalización de protestas, negación de servicios de salud, derogación de leyes y desmonte de instituciones que los protegen. Lo demás ya lo hemos visto: odio, atrocidades, injusticias. Dictadura y guerra.

Ahora corren nuevos tiempos, y soplan también nuevos vientos. No todo viento nuevo es brisa. Algunos son veldaval. El mundo con el que me despierto ahora no es el mismo mundo en que creí vivir. Pero no por eso quiero (ni puedo) renunciar a la idea de hacerlo realidad. Con ustedes, con todos. En los habitantes del Ártico encontré la misma bondad que conocí en los ojos de mi madre. La misma bondad que habita en el corazón de todos, sin distinción. No nos olvidemos de ella. Tenemos el futuro de la humanidad en la palma de la mano.

Nos escriben... “Dr. Ruiz. Muchas Gracias por el envío de este Número 212, de la revista. Pero también, muy especialmente, por esa visión y análisis exhaustivo de la vida y obra de la multifacética artista Marta Traba, mujer de tan vasta cultura, comprometida con la causa humana y humanista, siempre por la verdad y la justicia.

Una vida dedicada a las letras y a su perspectiva crítica de la condición social de nuestros países latinoamericanos./ Ya en su momento veía al nuestro enfrentado a una inminente decadencia./ Admirable su estudio, Dr. Ruiz, sobre el poema “Historia natural de la alegría” poema inagotable en la observación del mundo, de la vida y de la humanidad en su Ser y su Existir./ Maravilloso el trato dado al valor de la Palabra y de la música en dicho poema./ Igualmente, es importante su análisis de los cuentos de la artista, producción de la que yo no tenía conocimiento./ Gracias, una vez más, por tan valioso aporte al conocimiento de esta gran mujer con tanto aporte cultural, crítico y artístico, con una vida intensa pero truncada infortunadamente a una edad aún con tantas posibilidades de generar, con sus admirables capacidades, bondades en múltiples órdenes, a la humanidad./ Con mi gratitud le envío, Dr. Ruiz, mis felicitaciones por tan valioso trabajo. Luis-Antonio Calderón R. (Manizales, 02.II.2025)

- “En referencia al artículo [“No solo fue el terror: los nazis ganaron la batalla cultural en un año casi sin críticas”, por Mar Padilla; El País de España, 12.III.2025] hice un poco de memoria sobre la clase que tomé del modernismo hispanoamericano dirigido por José

Emilio Pacheco (JEP) en la Universidad de Maryland en el año 1988. Ese mismo año conocí a nuestro Rafael Gutiérrez Girardot quien fue invitado a un coloquio para celebrar el centenario de Azul... de Rubén Darío./ Te comento esto sin pretensiones, porque en aquel curso, JEP nos habló sobre el cisne melancólico de Baudelaire y el de Darío en “Las Prosas Profanas” que representaba por un lado melancolía del francés y por otro el renacimiento y la vida de Darío. Además, JEP trajo a colación el ave del cuadro del pintor holandés Asselijn intitolado “El Cisne Amenazado” (1650). Este último, según JEP, podía entenderse como símbolo de los ataques militares de Francia a Holanda. Y la imagen del cisne plasma la guardia, o defensa que hace de su nido./ Por otra parte, se nos hizo llamativo en aquel curso con JEP que en Los raros (1896) de Rubén Darío como De sobremesa (aparecida póstumamente en 1925) de José Asunción Silva se expresa una doble respuesta al libro de Max Nordau, Entartung (o Degeneración) de 1892. Ya que Nordau en este libro hace una crítica mordaz a artistas del siglo XIX que sirvieron de referente a Darío y Silva: Poe, Verlaine, Huysmans, Baudelairier, entre muchos más, y el austríaco los señala de imbéciles, idiotas, degenerados, locos, peligrosos... En fin, el mismo título Entartung ya daba entender que era un ataque al arte... Y guardando las proporciones aquí vamos de “retro”... Antonio García-Lozada (Valencia, España, 14.III.2025)

- Queridos, laboriosos y admirados Maestros Carlos-E y Livia: / Afectuoso saludo./ Solo pensar y visualizar los ¡60 Años! de la Revista Aleph, en

el 2026, nos llena de emoción, admiración y agradecimientos. Y de ánimos para las celebraciones!!!!/ Como siempre lo hemos considerado, expresado y difundido durante los “módicos” 25 años de NTC ..., la fructífera historia y los trascendentales aportes de ALEPH han sido ejemplares y dignos de todos los reconocimientos. Lo mismo que la monumental, dedicada y brillante gran labor de Ustedes dos para dar Vida, Permanencia y Consolidación a la Re-

vista! // Profundos agradecimientos por su generosa y significativa invitación. Nos honra en sumo grado! / Dentro de nuestras modestas capacidades, trataremos de proponerles algunas alternativas de contribución para el Volumen ¡60 Años! de la Revista *Aleph*, 2026./ De nuevo Gracias por su amistad y cercanía./ Siempre amigos, Gabriel Ruiz-Arbeláez, María-Isabel, NTC... (Cali, 20.III.2025)



Antonio Díaz

Patronato histórico de la Revista. Alfonso Carvajal-Escobar (✉), Marta Traba (✉), José-Félix Patiño R. (✉), Bernardo Trejos-Arcila (✉), Jorge Ramírez-Giraldó (✉), Luciano Mora-Osejo (✉), Valentina Marulanda, (✉) José-Fernando Isaza D., Rubén Sierra-Mejía (✉), Jesús Mejía-Ossa, (✉) Guillermo Botero-Gutiérrez (✉), Mirta Negreira-Lucas (✉), Bernardo Ramírez (✉), Livia González, Matilde Espinosa (✉), Maruja Vieira (✉), Hugo Marulanda-López (✉), Antonio Gallego-Urbe (✉), Santiago Moreno G., Rafael Gutiérrez-Girardot (✉), Ángela-María Botero, Eduardo López-Villegas, Carmelita Millán de Benavides, León Duque-Orrego, Pilar González-Gómez, Pepe Cánovas (✉), Graciela Maturo (✉), Rodrigo Ramírez-Cardona (✉), Norma Velásquez-Garcés (✉), Luis Eduardo Mora-Osejo (✉), Carmenza Isaza D., Antanas Mockus S., Darío Valencia-Restrepo, Guillermo Páramo-Rocha, Moisés Wasserman L., Carlos Gaviria-Díaz (✉), Humberto Mora-Osejo (✉), Adela Londoño-Carvajal, Fernando Mejía-Fernández, Álvaro Gutiérrez A., Juan-Luis Mejía A., Marta-Elena Bravo de H., Ninfá Muñoz R., Amanda García M., Martha-Lucía Londoño de Maldonado, Jorge-Eduardo Salazar T., Jaime Pinzón A., Luz-Marina Amézquita, Guillermo Rendón G., Anielka Gelemur-Rendón (✉), Mario Spaggiari-Jaramillo (✉), Jorge-Eduardo Hurtado G., Heriberto Santacruz-Ibarra, Mónica Jaramillo, Fabio Rincón-Cardona., Gonzalo Duque-Escobar, Alberto Marulanda L., Daniel-Alberto Arias T., José-Oscar Jaramillo J., Omar-Darío Cardona A., Jorge Maldonado (✉), Maria-Leonor Villada S. (✉), Maria-Elena Villegas L., Constanza Montoya R., Elsie Duque de Ramírez, Rafael Zambrano (✉), José-Gregorio Rodríguez, Martha-Helena Barco V., Jesús Gómez L., Pedro Zapata P., Ángela García M., David Puerta Z., Ignacio Ramírez (✉), Georges Lomné, Nelson Vallejo-Gómez, Antonio García-Lozada, María-Dolores Jaramillo, Farid Numa-Hernández, Albio Martínez-Simanca, Jorge Consuegra-Afanador, (✉) Consuelo Triviño-Anzola, Alba-Inés Arias F., Alejandro Dávila A.



Antonio Díaz

Colaboradores

Vicente Pérez-Silva (n. 1929). Abogado Laboralista, investigador, escritor. Académico de la Lengua. Entre sus treinta libros publicados están: Don Quijote en la poesía colombiana; Dante en la literatura colombiana; José-Eustasio Rivera polemista; Raíces históricas de La vorágine; La picaresca judicial en Colombia; Aurelio Arturo en el corazón de las palabras; Garra y perfil de los Leopardos. Su conferencia sobre La vorágine en la Academia Colombiana de la Lengua (15.VII.2024), puede apreciarse en el video con el siguiente enlace: <https://www.youtube.com/watch?v=myIXs26R4qU>

J. Antonio Díaz-Rodríguez. Arquitecto y artista visual. Profesor de Diseño en la Escuela de Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales. Diseñó arquitectónico de algunas edificaciones significativas en la ciudad. Autor de estudio sobre vitrales en iglesias de Manizales. Ganador de uno de los salones de pintura regionales.

Adriana Villegas-Botero. Periodista y abogada. Doctora en literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira. Profesora de la Escuela de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. Narradora y columnista de prensa. Varias veces ha recibido el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar.

Fernando-Alonso Ramírez. Periodista y abogado. Editor de noticias del diario La Patria. Magister en Diseño de ambientes de aprendizajes innovadores. Profesor de la Escuela de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales.

Andrés Hurtado-García (n. 1941). Educador, excursionista por el mundo, en especial por todos los lugares de Colombia; Promotor ambiental, montañista; doctor en Literatura de la Universidad Complutense de Madrid. Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar y más de treinta premios recibidos. Fotógrafo de gran calidad. Entre sus libros publicados están: Colombia secreta; Caminando Colombia; Parques nacionales de Colombia; Paraísos de Colombia; Mis pies olorosos a caminos (relatos de viajes); Cartas del camino. Sus fotografías han sido acogidas en múltiples publicaciones.

Darío Valencia-Restrepo. Ingeniero, matemático, humanista. Dispone de todos los honores de la Universidad Nacional de Colombia. La Revista Aleph dedicó un mo-

nográfico para exaltar su vida y su obra (Edición No. 206, 2023). Su amplia y meritoria hoja de vida, al igual que su importante obra publicada, pueden consultarse en el siguiente enlace: <https://valenciad.com/>

Rafael Saavedra-Hernández. Doctor en Literatura Latinoamericana siglo XX, Universidad del Estado de Nueva York en Albany 1991. Profesor de literatura en la Universidad del Estado de Nueva York en New Paltz, profesor de literatura en la Universidad Industrial de Santander (UIS) de 2007-2017. Autor de novelas, cuentos, poemas, artículos y ensayos.

Farid Numa-Hernández. Arquitecto UN; magister en Semiótica; Especialista en Derecho Urbano y en Planificación y Desarrollo Regional. Profesor universitario y conferencista. Con su novela *Un café al amanecer* ganó primer premio UIS en 2018. Autor de artículos y ensayos sobre temas históricos, literarios y filosóficos. En 2024 publica su nueva novela *El aroma de la acacia* (Editorial Planeta), referida en esta edición.

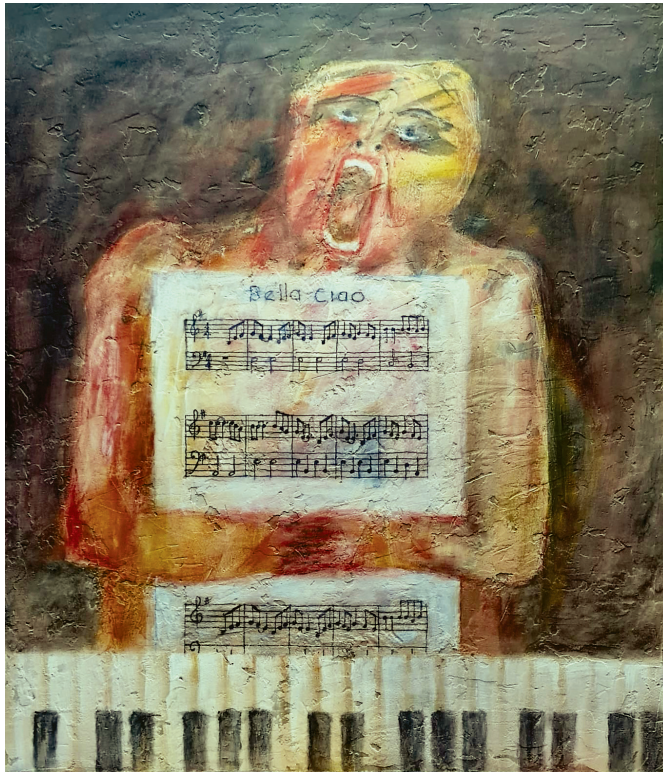
Neil Doherty. Doctorado en el Instituto de Tecnología de Cranfield. Profesor emérito y de seguros y gestión de riesgos, y economía empresarial y políticas públicas, en la Wharton School (USA). Su principal área de investigación es la Gestión de riesgos corporativos, con base en estrategias financieras.

Albio Martínez-Simanca (Montería, Colombia, 1946). Licenciado en Ciencias de la Educación de la Universidad de Córdoba, Administrador Público de la Escuela Superior de Administración Pública ESAP, Especialista en Derecho Público Económico de la Universidad Sergio Arboleda, Magister en Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana. Ha publicado: Alejandro Durán: su vida y su música (1999); Simón Latino (Premio Nacional de Ensayo Hernando Téllez, 2004); Entre la tradición y la vanguardia (2011); Estudiantes y cambios generacionales en la sociedad colombiana (2011); Premio Goyo de la Cultura, Secretaría de Cultura Ciudadana (2008); Adolfo Pacheco Juglar de los Montes de María (2014); Cinturón de Orión: génesis de la ciencia ficción en Colombia 1928-1936 (2022).

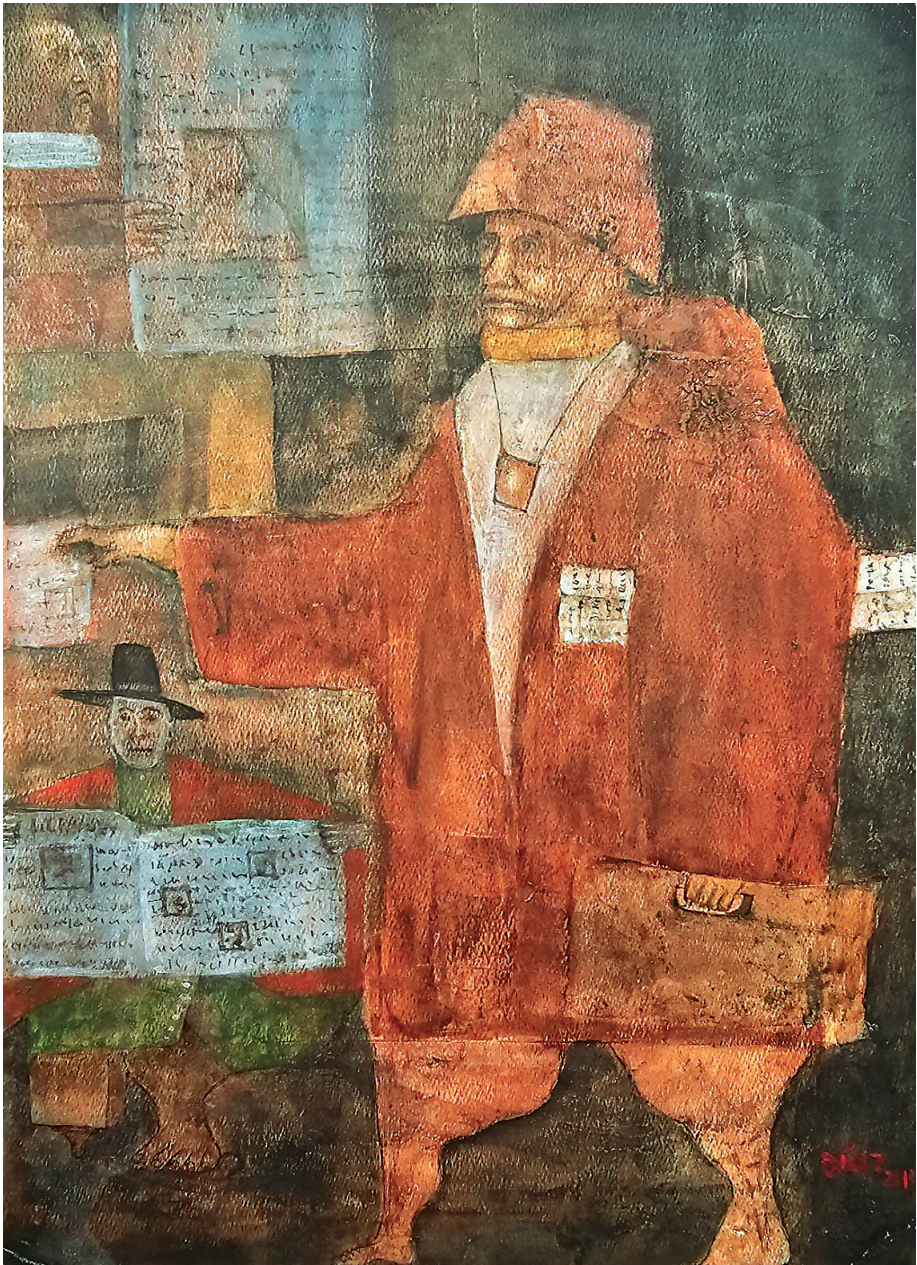
Adolfo-León Grisales V. Doctor en Filosofía. Profesor/Investigador en la Escuela de Filosofía de la Universidad de Caldas. Sus áreas de trabajo: Teorías del Arte, Epistemología, Hermenéutica, Filosofía Contemporánea. Ha publicado los siguientes libros: El arte como horizonte; Arte y religión en la cultura occidental contemporánea; Artesanía, arte y diseño; Una indagación filosófica sobre el saber práctico; El olvido de la cotidianidad; Artesanía, arte y territorio.

Luis-Germán Naranjo. Biólogo, Magister en Ecología Animal, PhD en Ecología Evolutiva. Fue profesor e investigador en la Universidad del Valle durante veinte años, donde llevó a cabo numerosos proyectos sobre la historia natural y la ecología en comunidades de aves residentes y migratorias en desiertos templados. Fue Director de los Programas Internacionales de American Bird Conservancy; Coordinador del Programa Ecorregional para los Andes del Norte, en WWF, y Director de Conservación para Colombia. Ha publicado más de cien artículos científicos y libros. Miembro de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Dispone del blog: “Naturalista del Antropoceno – Reflexiones, ensayos y apuntes de viaje”: <https://naturalista-del-antropoceno.com/>

Juan Grajales es un escritor manizaleño y activista político. Es autor de los libros *Fallsville* (2015), *La cuarta bestia* (2017), *Pinos* (2019), *La luna en un suspiro* (2019) y *Lo que la noche nos dejó* (2021). Actualmente, estudia en la Universidad de Oslo y es activista y defensor de los derechos humanos en la ONG Skeiv Verden, así como activista y editor en la revista de la ONG Latin-Amerika Gruppene i Norge.



Antonio Díaz



Antonio Díaz

“Aleph, una revista de excelencia”. Manuscrito autógrafo <i>/Vicente Pérez-Silva/</i>	1
José-Eustasio Rivera autobiográfico, cauchero y soñador <i>/Vicente Pérez-Silva/</i>	3
Cien años del incendio del siglo en Manizales <i>/Adriana Villegas-Botero; Fernando-Alonso Ramírez/</i>	18
El noble oficio de la arriería <i>/Andrés Hurtado-García/</i>	31
José-Félix Patiño, un intelectual humanista <i>/Darío Valencia-Restrepo/</i>	36
El aroma literario de La Acacia <i>/Rafael Saavedra-Hernández/</i>	47
Un rey de mármol (Cap. XXIII de la novela “El aroma de la acacia”) <i>/Farid Numa-Hernández/</i>	57
Gregor Mendel, demasiado bueno para ser verdad <i>/Neil Doherty/ /Versión de Antonio García-Lozada/</i>	69
Osadía de pensar un humanoide con capacidad de amor y comprensión – Homenaje a José-Félix Fuenmayor- <i>/Albio Martínez-Simanca/</i>	72
El olvido de la cotidianidad: artesanía, arte y territorio <i>/Adolfo León-Grisales/</i>	79
Escritos de naturalista: El Antropoceno o la reinención de la naturaleza; El guácharo y la cronología no lineal de Humboldt; Una libreta olvidada en un avión. <i>/Luis-Germán Naranjo/</i>	94
NOTAS	103
En memoria de Fernando Gil-Cruz, IC-UN (<i>por Roberto Torres</i>)/ Unas consideraciones sobre Noruega (<i>por Juan Grajales</i>)/ Nos escriben.../	
Patronato histórico de la Revista	108
Colaboradores	109

